

LECCION POÉTICA

SÁTIRA

CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS EN LA POESÍA CASTELLANA

Apénas (1), Fabio, lo que dices creo,
Y leyendo tu carta cada día,
Mas me confunde cuanto mas la leo.

(1) *Apénas, Fabio, lo que dices creo.* Esta sátira, que publicó la Academia española en el año de 1782, y reimprimió despues en la coleccion de obras premiadas, ha sido posteriormente corregida per el autor para darla de nuevo á la prensa.

Dividese en ella la poesia en sus tres géneros principales : lírico, épico y dramático, prescindiendo de los demas en que estos pueden subdividirse. Así logró el autor hacer mas metódico y perceptible el plan de su obra, reduciéndole á lo que el poeta canta en la exaltacion de su fantasía y de sus afectos ; á lo que refiere, celebrando los héroes y los grandes sucesos que le dicta la historia, y á lo que enseña, poniendo en el teatro una imágen de la vida, copiando los vicios ridículos ó terribles, para inspirar en el ánimo el amor á la verdad y á la virtud.

En la lírica, despues de hablar de los argumentos triviales y de ningun interes, censura los vicios de estilo, las metáforas violentas, la exageracion, la redundancia, los conceptos falsos, los juegos de palabra, los equívocos y retruécanos. Culpa la perjudicial manía de componer de repente, y la de solicitar el aplauso del vulgo con bufonadas y chistes groseros, que desacreditan á su autor y á quien los celebra. Desaprueba en los poetas antiguos el uso destemplado de voces y frases latinas, de que resulta un estilo afectado y pedantesco : aludiendo particularmente á las obras de Góngora, Villamediana y Silveira ; y en los modernos la mezcla absurda de los arcaísmos con palabras, acepciones y locuciones francesas, que alterando la sintáxis de nuestro idioma, destruyen por consiguiente su pureza y su peculiar elegancia.

En la épica se hace cargo de dos defectos muy considerables : falta y exceso de ficcion. Del primero resultan epopeyas lánguidas, ó mas bien historias en verso, sin artificio alguno poético, y por consecuencia sin interes, ni deleite. Por el segundo,

¿Piensas que esto que llaman poesía,
Cuyos primores se encarecen tanto,
Es cosa de juguete ó fruslería?

la fábula épica se confunde en una multitud de incidentes episódicos, que alteran la unidad, turban el progreso del poema, y cuando en ellos se abusa de lo maravilloso, hacen su narracion increíble. Por las indicaciones que da el autor en esta materia se infiere que consideró como faltos de invencion los poemas de *la Araucana* de Ercilla, *la Mejicana* de Gabriel Laso, *la Nueva Méjico* de Villagran, y *la Austriada* de Juan Rufo; y de imperfectos, por el extremo contrario, *el Bernardo* de Valbuena, y *las Lágrimas de Angélica* de Luis Barahona de Soto. Extiende su crítica á las menudencias pueriles que degradan la sublimidad de la epopeya; á las imágenes repugnantes en las descripciones de las batallas, á los extravíos de la fantasía, y á la inoportuna erudicion. Reprueba los gigantes, vestiglos, dragones, estatuas que hablan (y en esto se censuró el autor á sí mismo), carros aéreos, globos y espejos encantados, y otras invenciones derivadas de los libros cabellerescos, que ya no sufre la filosofia de nuestra edad, y exceden los límites de toda licencia poética.

En la dramática acusa el autor á nuestros antiguos poetas de haber confundido los dos géneros trágico y cómico, de la inobservancia de las unidades, de la ignorancia de usos y costumbres, de haber aplicado al teatro los argumentos épicos, de no haber dado á sus fábulas un objeto moral ó de instruccion, adulando los vicios groseros del vulgo, ó recomendando los de otra clase mas elevada como acciones positivamente laudables. No olvida tampoco las impertinentes chocarrerías de los llamados *grac. osos*, el culteranismo de damas y galanes, los puñales fatídicos, apariciones de espectros, princesas desfloradas, rondas, escondites, cuchilladas, falso pundonor, lances (mil y mil veces repetidos) de la cinta, de la flor, del retrato, que dan ocasion á tan alambicados conceptos; y el voluntario y trivial desenlace con que finalizan aquellas enmarañadas fábulas. Las comedias de magia, de santos y diablo, y las de asuntos y personajes mitológicos (último exceso del error), merecieron tambien la desaprobacion del poeta.

Al leer la presente composicion debe considerarse que la Academia sólo pidió á los aspirantes al premio una sátira, no un riguroso poema didáctico. Juan de la Cueva escribió en verso (con poco método, redundancia, desaliño, y no segura crítica) una compilacion de preceptos relativos al arte de componer en poesía. Los franceses tienen en su lengua la excelente poética de Boileau; nos falta en España un poema semejante, y mientras no aparece, sólo la *Leccion poética* puede suplirle.

¿Ó qué puede adquirirse el númen santo
Del Dios de Delo á modo de escalada,
Ó por combinacion ó por encanto?

Si en las escuelas no aprendiste nada,
Si en poder de aquel dómine pedante
Tu banda siempre fué la desgraciada,

¿Por qué seguir procuras adelante?
Un arado, una azada, un escardillo
Para quien eres tú, fuera bastante.

De cólera te pones amarillo :
Las verdades te amargan : ya lo advierto,
No quieres consultor franco y sencillo.

Pues hablemos en paz ; que es desacierto
Desengañar al que el error desea :
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.

Dígame, en fin, que es admirable idea
En tu edad cana acariciar las Musas,
Y trepar á la fuente Pegaséa.

Pues si el aceite y la labor no excusas,
Y prosigues intrépido y constante,
En ti sus gracias lloverán infusas.

Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero el consonante.

¡Qué romances harás y qué canciones !
¡Y qué asuntos tan lindos me prometo
Que para tus opúsculos dispones !

¡Qué gracioso ha de estar, y qué discreto,
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalon de Inés otro soneto !

Una dama tendrás, cosa es precisa :
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamarásla Filis ó Marfisa.

Díla que es nieve cuando mas te irrite ;
Nieve que todo el corazon te abrasa,
Y el fuego de tu : mor no la derrite.

Y si tal vez en el afecto escasa,
Pronuncia con desden sonoro hielo (1);
 Breve disgusto, que incomoda y pasa :

Dirás que el encendido Mongibelo
 De tu pecho, entre llamas y cenizas,
 Corusca crepitante y llega al cielo.

Si tu pasión amante solemnizas,
 No olvides redes, lazos y prisiones,
 En donde voluntario te esclavizas.

Pues si el cabello á celebrar te pones,
 Mas que los rayos de Titan hermoso,
 ¡Qué mérito hallarás, qué perfecciones!

Díla que el alma, ajena de reposo,
Nada golfos de luz ardiente y pura,
En cressa tempestad del oro undoso (2).

Llama á su frente espléndida llanura,
 Corvo luto sus cejas, ó suaves
 Arcos, que flecha te clavaron dura.

Cuando las luces de su Olimpo alabes,
 Apura, por tu vida, en el asunto
 Las travesuras métricas que sabes.

Dí que su cielo, del cenit trasunto,
 Dos soles ostentó por darte en ojos,
 Que si se ponen, quedarás difunto.

Y al aumentar tu vida sus despojos,
Se leva el corazon; y el agua arroja
Por les tersos balcones de los ojos (3).

Y tu amor, que en el llanto se remoja,
 En él se anega, y sufre inusitados
 Males muriendo, y líquida congoja.

Dí que es pensil su vulto de mezclados
 Clavel y azahar, y abeja revolante
 Tú, que libas sus cálices pintados.

(1) Quevedo.

(2) Idem.

(3) Gerardo Lobo.

La boca celestial, que enciende amante
Relámpagos de risa carmesies (1),
 Alto asunto al poeta que la cante,

Hará que en su alabanza desvaríes,
 Llamándola de amor ponzoña breve,
 Ó madreperla hermosa de rubíes.

Al pecho, inquieta desazon de nieve,
 Blanco, porque Cupido el blanco puso
 En él, y en blanco te dejó el aleve.

Y dí que venga un literato al uso,
 Con su Luzan y el viejo Estagirita,
 Llamándote ridículo y confuso :

Que yo sabré con férula erudita
 Hacerle que enmudezca arrepentido,
 Por sectario de escuela tan maldita.

Asi tambien hubiéramos vencido
 El venusto rigor de esa tirana :
 Tigre, de rosa y alhelí vestido.

Mas quiero suponer que la inhumana
 Rasgó tus ovillejos y canciones,
 Y todas las tiró por la ventana :

No importa, así va bien. Luego compones
 Diez ó doce lloronas elegias,
 Llenándola de oprobios y baldones.

No te puedo prestar ningunas mias ;
 Pero tres me dará cierto poeta,
 Largas, eternas, y sin arte y frias.

Dirás que tanto la pasion te aprieta,
 Que mueres infeliz y desdeñado.
 ¡Inexorable amor! fatal saeta!

El cuerpo dejarás al verde prado,
 El alma al cielo de tu dama hermosa,
 Y serás en su olvido sepultado,

Y en lugar de escribir : « Aquí reposa
 Fabio, que se murió de mal de amores,
 Culpa de una muchacha melindrosa, »

(1) Quevedo.

Detendrás á las ninfas y pastores,
Para que una razon prolija lean
De todas tus angustias y dolores.

Bien que los sabios, si adquirir desean
Fama y nombre inmortal, no solamente
En un sugeto su labor emplean.

Olvida, amigo, esa pasion doliente :
Hartas quejas oyó, que murmuraba
Con lengua de cristal pícara fuente.

No siempre el alma ha de gemir esclava :
Déjate ya de celos y rigores,
Y el grave empeño que elegiste acaba.

Que ya te ofrecen mil aparadores,
Trasformadas las salas en bodega,
Espíritus, aceites y licores.

Suena algazara : cada cual despega
Un frasco y otro : la embriagada gente
Empieza á improvisar... ¿Y quién se niega?

¿Qué vale componer divinamente
Con largo estudio en retirada estancia,
Si delirar no sabes de repente?

Cruzan las copas, y entre la abundancia
De los bríndis alegres de Lieo,
Se espera de tu musa la elegancia.

Mira á Camilo, desgreñado y feo,
Ronca la voz, la ropa desceñida,
Lleno de vino y de furor pimpleo,

Como anima el festin, y la avenida
De coplas suyas con estruendo suena,
De todos los oyentes aplaudida.

La quintilla acabó : los vasos llena
Fiel asistente de licor precioso :
Vuelve á beber, y á desatar la vena.

« Bomba, bomba, » repite el bullicioso
Concurso, y cuatro décimas vomita
Con pié forzado el bacanal furioso.

Y qué, ¿tú callarás? ¿Nada te excita
 Á mostrar de tu númen la afluencia,
 Cuando la turba improvisante grita?

¿Temes? Vano temor. La competencia
 No te desmaye, y las profundas tazas
 Desocupa y escurre con frecuencia.

Ya te miro suspenso, ya adelgazas
 El ingenio, y buscando consonante,
 En hallarle adecuado te embarazas.

¿Á qué fin? Con medir en un instante,
 Aunque no digan nada, cuatro versos
 Mezclados entre sí, será bastante.

¿Juzgas acaso que saldrán diversos
 De los que dieron á Camilo fama,
 Ó mas duros tal vez, ó mas perversos?

No porque alguno Píndaro le llama,
 Oyendo su incesante taravilla,
 Pienses que númen superior le inflama.

Los muchachos le siguen en cuadrilla,
 Pues su musa pedestre y juguetera
 Es entretenimiento de la villa.

Si arrebatarle quisieras la corona
 Y hacer que calle, escucha mis ideas,
 Y estimarás al doble tu persona.

Chocarrero y bufon quiero que seas,
 Cantor de cascabel y de botarga :
 Verás que aplauso en Avapies granjeas.

Con tal autoridad, luego descarga
 Retruécanos, equívocos, bajezas,
 Y en ellas mezclarás sátira amarga.

Refranes usarás y sutilezas
 En tus versillos, bufonadas frias,
 Y mil profanaciones y torpezas.

Y esta compilacion de boberfias
 Al público darás, de tomo en tomo,
 Que ansioso comprará lo que le envías.

Porque el ingenio mas agreste y romo
 Con obras de esta especie se recrea,
 Como tú con las gracias de Geromo.

Mas si tu orgullo oscurecer desea
 Al lírico famoso venusino,
 Con quien tu preceptista me marea,

Aparta de sus huellas el camino,
 Huye su estilo atado de pedante,
 Que inimitable llaman y divino.

Canta en idioma enfático-crispante
 De las deidades chismes celebrados,
 Sin perdonar la barba del Tonante.

Pinta en Fenicia los alegres prados,
 La niña de Agenor y sus doncellas
 Los nítidos cabellos destrenzados,

Que, dando flores al abril sus huellas,
 La orilla que de líquido circunda
 Argentó Doris, van pisando bellas :

Al motor de la máquina rotunda,
 Que enamorado paca entre el armento
 La yerba, de que opaca selva abunda.

La ninfa al verle, ajena de espavento,
 Orna los cuernos y la espalda preme,
 Sin recelar lascivo tradimento.

Ya los recibe el mar : la vírgen treme,
 Y al juvenco los álgidos, undosos
 Piélagos hace duro amor que reme.

Ella, los astros ambos lacrimosos,
Reciprocando aspectos cintilantes (1),
 Prorumpc en ululatos dolorosos ;

Cuyas quejas en torno redundantes,
De flébiles ancilas repetidas (2),
 Los antros duplicaron circunstantes.

(1) Silveira.

(2) Villamediana.

Mas Creta ofrece playas extendidas,
Prónuba al dulce amplexo apetecido,
Pudicicias inermes ya vencidas.

Huye gozoso amor, y agradecido
Jove fecunda sóbole promete,
Que imperio ha de regir muy extendido.

Apolo, antojadizo mozalbate,
Asunto digno de tu canto sea,
Cuando tras Dafne intrépido arremete.

La locura tambien faetontea
Celebrarás, y el piélagó combusto,
Que en flagrantes incendios centellea.

Y muera de livor el Zoilo adusto,
Al notar de estas obras los primores,
La dición bella, el delicado gusto;

Al ver llamar estrellas á las flores,
Líquido plectro á la risueña fuente,
Y á los jilgueros prados voladores;

Vegetal esmeralda floreciente
Al fresco valle, y al undoso río
Sierpe sonora de cristal luciente.

Pero si has de llamarte alumno mio,
Despreciando de Laso la cultura,
Con ceño magistral y agrio desvío,

Habla erizada jerigonza oscura,
Y en gálica sintáxis mezcla voces
De añeja y desusada catadura,

Copiando de las obras que conoces
Aquella molestísima reata
De frases y metáforas feroces.

Con ella se confunde y desbarata
La hispana lengua, rica y elegante,
Y á Benengeli el mas cerril maltrata.

Cualquiera escritorcillo petulante
Licencia tiene, sin saber el nuestro,
De inventar un idioma á su talante,

Que él solo entiende; y ensartando diestro
 Sílabas, ya es autor y gran poeta
 Y de alumnos estúpidos maestro.

Mas ya te llama el son de la trompeta,
 De nuestros Cides los heroicos hechos,
 Tanta nacion á su valor sujeta.

Rompe, amigo, los vínculos estrechos,
 Las duras reglas atropella osado,
 Vencidos sus estorbos y deshechos.

Y el númen lleno de furor sagrado,
 « Canto, dirás, el héroe furibundo,
 Á dominar imperios enseñado,!

Que, dando ley al báratro profundo
 Su fuerte brazo, sujetó invencible
 La dilatada redondez del mundo. »

Principio tan altisono y horrible,
 Proposicion tan hueca y espantosa,
 Que deje de agradar es imposible.

No como aquel que dijo : *Canta, Diosa,*
La cólera de Aquiles de Peleo,
A infinitos aquivos dolorosa ;

Porque el estilo inflado y giganteo,
 Dejando á los lectores atronados,
 Causa mudo estupor, llena el deseo.

Dos caminos te ofrezco, practicados
 Ya por algunos admirablemente :
 Escoge, que los dos son estremados.

Sigue la historia religiosamente,
 Y conociendo á la verdad por guia,
 Cosa no has de decir que ella no cuente.

No finjas, no, que es grande picardía :
 Refiere sin doblez lo que ha pasado,
 Con nimiedad escrupulosa y pia.

Y en todo cuanto escribas ten cuidado
 De no olvidar las fechas y las datas ;
 Que así lo debe hacer un hombre honrado.

Si el canto frigidísimo rematas,
Despedirás del lector prudente
Que te sufrió, con expresiones gratas,

Para que de tu libro se contente,
Y aguarde el fin del lánguido suceso,
De canto en canto, el mísero paciente.

Mas no imagines, Fabio, que por eso
Te aplaudirán tus versos desdichados :
Crítica sufrirán, zurra y proceso.

Dirán que los asuntos adornados
Con episodios y ficción divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.

Que es una historia insípida y mezquina,
Sin interés, sin fábula, sin arte ;
Que el ménos entendido la abomina.

Pero yo sé un ardid para salvarte,
Dejándolos á todos aturdidos :
Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.

Después que entre centellas y estampidos
Feroz descargues tempestad sonora,
Y anuncies hechos ciertos ó fingidos,

Exagera el volcán que te devora,
Que ceñirse del alma no consiente,
É invoca á una deidad tu protectora.

Luego amontonarás confusamente
Cuanto pueda hacinar tu fantasía,
En concebir delirios eminente.

Botánica, blason, cosmogonía,
Náutica, bellas artes, oratoria,
Y toda la gentil mitología ;

Sacra, profana, universal historia,
Y en esto, amigo, no andarás escaso,
Fatigando al lector vista y memoria.

Batallas pintarás á cada paso
Entre despechadísimos guerreros
Que iamas de la vida hicieron caso.

Mandobles ha de haber y golpes fieros,
 Tripas colgando, sesos palpitantes,
 Y muchos derrengados caballeros ;

Desaforadas mazas de gigantes,
 Deshechas puentes, armas encantadas,
 Amazonas bellisimas errantes.

A espuestas verterás, á carretadas
 Descripciones de todo lo criado,
 Inútiles, continuas y pesadas.

¡Oh cómo espero que mi alumno amado
 Ha de lucir el singular talento,
 Febo, que á tu pesar ha cultivado !

¡Cuánta aventura, y cuánto encantamento !
 ¡Cuántos enamorados campeones !
 ¡Cuánto jardin y alcázar opulento !

Pondrás los episodios á millones,
 Y el héroe miserable no parece,
 Que no le encontrarán ni con hurones.

Pero ¡cómo ha de ser, si le acontece
 Que un mago en una nube le arrebatá
 Y con él por los aires desaparece ?

En un valle oscurísimo remata
 El viejo endemoniado su carrera,
 Y al huésped á cumplidos le maltrata.

Baja á una gruta inhabitable y fiera,
Sepulcro de los tiempos que han pasado (1),
 Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.

¡Cuánta vasija y unto preparado
 Tiene ! ¡Cuánto ingrediente venenoso,
 Que al triste que lo ve deja admirado !

Allí le enseña en un artificioso
 Cristal la descendencia dilatada
 Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso.

Y mira una ficcion muy adecuada ;
 Pues aunque algun censor la culpá
 De impertinente, absurda y dislocada,

(1) Quevedo.

Siempre logras con esta fechoría
El linaje ensalzar de tu Mecénas,
Que no te faltará, por vida mia.

Y si tales patrañas son ajenas
De su alcurnia, ¿ qué importa? Si conviene,
Con Héctor el troyano la encadenas;

Porque un poeta facultades tiene
Sin límite ni cotos, escribiendo
Todo cuanto á la pluma se le viene.

Pero ya me parece que estoy viendo
Sobre un carro de fuego remontados
Los dos amigos que la van corriendo.

¡ Válgame Dios, y qué regocijados,
Gentes, ciudades, reinos populosos
Examinan, y climas ignorados!

De Libia los desiertos arenosos,
El hondo mar que hinchado se alborota,
Móntes nevados, prados olorosos.

De la septentrional playa remota,
Al cabo que dobló Vasco de Gama,
El sabio Tragasmon registra y nota.

Vuelve despues donde la ardiente llama
Del sol se oculta, al espirar el dia,
Dándole Tétis hospedaje y cama.

Y en su precipitada correría
Al huésped volador hace patente
Cuanto de Europa el ancho mar desvía.

Muda el auriga hácia el rosado oriente
El rumbo, y á los reinos de la aurora
Los lleva el carro de piropo ardiente...

Pero de un criticon me acuerdo ahora,
Grave, tenaz, ridículo, pedante,
Que vierte hiel su lengua detractora.

¡ Cómo salta de cólera al instante
Con estas invenciones! ¡ Cuál blasfema!
Si se llega á irritar, no hay quien le aguante.

No quiere que haya encantos ; linda tema !
 Ni vestiglos, ni estatuas habladoras,
 Y el libro en que lo halló desgarrar y quemar.

Si al héroe por acaso le enamoras
 De una beldad que yace encastillada,
 Guardándola un dragon á todas horas,

Y el caballero de una cuchillada
 Al escamoso culebron degüella,
 Mi crítico infernal luego se enfada.

Ni hay que decirle que la tal doncella
 Es hermana del sabio Malambruno,
 El cual su doncellez así atropella;

Que á dura cárcel, soledad y ayuno
 Por un chisme no mas la ha reducido,
 Sin que sepa sus lástimas ninguno.

No, señor, nada basta : enfurecido,
 Contra el mísero autor se despepita,
 Y en nada el inocente le ha ofendido.

« ; Abundancia infeliz ! vena maldita !
 Dice en horrenda voz ; que impetuosa
 Como turbio raudal se precipita.

El gusto y la razon, en verso, en prosa,
 La invencion rectifiquen ; que sin esto,
 Jamas se acertará ninguna cosa.

Mi patria llora el ejemplar funesto :
 Su teatro en errores sepultado,
 Á la verdad y á la belleza opuesto,

Muestra lo que produce el estragado
 Talento que sin luz se descamina,
 De la docta eleccion abandonado.

Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina
 La hispana musa, y desdeñó arrogante
 La humilde sencillez griega y latina

Dió á la comedia estilo retumbante,
 Figurado, sutil ó tenebroso,
 De la debida propiedad distante.

Halló en la escena el vulgo clamoroso
Pintadas y aplaudidas las acciones
A que le inclina su vivir vicioso.

Y en vez de dar un freno á sus pasiones
En la enseñanza de verdades puras,
Mezcladas entre honestas invenciones,

Oye sólo mentiras y locuras,
Celebra y paga enormes desaciertos,
Y de juicio y moral se queda á oscuras.

¡ Qué es ver saltar entre hacinados muertos,
Hecha la escena campo de batalla,
Á un paladin, enderezando tuertos!

¡ Qué es ver, cubierta de loriga y malla,
Blandir el asta á una mujer guerrera,
Y hacer estragos en la infiel canalla!

Á cada instante hay duelos y quimeras,
Sueños terribles que se ven cumplidos,
Fatídico puñal, fantasma fiera,

Desfloradas princesas, aturdidos
Enamorados, ronda, galanteo,
Jardin, escala y celos repetidos;

Esclava fiel, astuta en el empleo
De enredar una trama delincuente,
Y conducir amantes al careo.

Allí se ven salir confusamente
Damas, emperadores, cardenales,
Y algun bufon pesado é insolente.

Y aunque son á su estado desiguales,
Con todos trata, le celebran todos,
Y se mezcla en asuntos principales.

Allí se ven nuestros abuelos godos,
Sus costumbres, su heroica bizarría
Desfiguradas de diversos modos.

Todo arrogancia y falsa valentía;
Todos jaques, ninguno caballero
Como mi patria los miró algun dia.

No es mas que un mentecato pendenciero
 El gran Cortés, y el hijo de Jimena
 Un baladron de charpas y gifero.

Cinco siglos y mas, y una docena
 De acciones junta el númen ignorante
 Que á tanto delirar se desenfrena.

Ya veis los muros de Florencia ó Gante :
 Ya el son del pito los trasforma al punto
 En los desiertos que corona Atlante.

Luego aparece amontonado y junto
 (Así lo quiere mágico embolismo)
 Dublin y Aténas, Ménfis y Sagunto.

Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo
 Se ven patentes las eternas penas,
 Y el ignorado centro del abismo,

Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,
 Repitiéndose mísero lamento
 Por las estancias de dolores llenas?

¡ Oh qué abominacion! » Dice el sangriento
 Censor injusto; y dando manotadas,
 Se levanta furioso del asiento.

Estas críticas, Fabio, son dictadas
 Por envidia y no mas, si bien lo miras,
 Y no deben de ti ser escuchadas.

Las que repasas sin cesar y admiras
 Insignes obras, á pesar de ingratos,
 Te llevarán al término á que aspiras.

Mas te prometo; los alegres ratos
 Que te visite el apolíneo coro,
 No los has de vender nada baratos.

Pues aunque el tema popular no ignoro,
 De que Cintio corona los poetas
 De verde lauro, y no de perlas y oro,

Las mas descabelladas é indiscretas
 Farsas te llenarán de patacones
 Los desollados cofres y gavetas.

Sí, Fabio: las obrillas que dispones
 Las hemos de vender todas al peso;
 Y algo me tocará por mis lecciones.

Tu vena redundante hasta el exceso,
 Que no conoce reglas ni camino,
 Es lo que se requiere para eso.

Suelta toda la presa del molino:
 Haz comedias sin número, te ruego,
 Y vaya en cada frase un desatino.

Escribe dos, y luego siete, y luego
 Imprime quince, y trama diez y nueve,
 Y á tu musa venal no des sosiego.

Harás que horrendos fabulones lleve
 Cada comedia y casos prodigiosos;
 Que así el humano corazon se mueve.

Salga el carro del sol, y los fogosos
 Flegon y Etonte; salga Citerea
 Mayando en estribillos enfadosos.

Diversa accion cada jornada sea,
 Con su galan, su dama, y un criado
 Que en dislates insípidos se emplea.

Echa vanos escrúpulos á un lado,
 Llena de anacronismos y mentiras
 El suceso que nadie habrá ignorado.

Y si á agradar al auditorio aspiras,
 Y que sonando alegres risotadas
 Él te celebre cuando tú deliras,

Del muro arrojen á las estacadas
 Moros de paja, si el asalto ordenas,
 Y en ellos el gracioso dé lanzadas.

Si del todo la pluma desenfrenas,
 Date á la magia, forja encantamientos,
 Y salgan los diablillos á docénas.

Aquí un palacio vuela por los vientos,
 Allí un vejete se trasforme en rana:
 Todo asombro ha de ser, todo portentoso.

De la historia oriental, griega y romana
Copiarás los varones celebrados,
Que el pueblo admitirá de buena gana.

Héctor, Ciro, Caton, y los soldados
Fuertes de Aníbal, con su jefe adusto,
Todos los pintarás enamorados.

Verás qué diversion, verás qué gusto,
Cuando lloren de Fátima el desvío
Tarif, ó Muza, ó Alcaman robusto,

Que ciegos de amoroso desvarío,
La llamen en octavas y tercetos
Mi bien, mi vida, encanto dulce mio.

Tus galanes serán todos discretos;
Y la dama, no ménos bachillera,
Metáforas derrame y epítetos.

¡ Qué gracia, verla hablar como si fuera
Un doctor *in utroque!* Ciertamente
Que esto es un pasmo, es una borrachera.

Ni busques lo moral y lo decente
Para tus dramas, ni tras ello sudas;
Que allí todo se pasa y se consiente.

Todo se desfigura : no lo dudes;
Allí es heroicidad la altanería,
Y las debilidades son virtudes.

Y lo que Poncio alguna vez decia,
De que el pudor se ofende y el recato...!
Pero, qué! si es aquella su manía.

Mil lances ha de haber por un retrato,
Una banda, una joya, un ramillete;
Con lo de infiel, traidor, aleve, ingrato.

La dama ha de esconder en su retrete
Á dos ó tres galanes rondadores,
Preciado cada cual de matasiete.

Riñen, y salta por los corredores
El uno de ellos al jardin vecino;
Y encuentra allí peligros no menores.

El padre oyendo cuchilladas, vino ;
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,
Traga el enredo que Chichon previno.

Pero un primo frenético y celoso
Lo vuelve á trabucar, de tal manera,
Que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos allí fuera :
La dama escoge el suyo, y la segunda
Se casa de rondon con un cualquiera.

¡ Oh vena sin igual, rara y fecunda,
La que tales primores recopila,
Y en lances tan recónditos abunda !

Esto debes hacer, esto se estila ;
Y váyase Terencio á los orates,
Con Baquis, Menedemo y Antifila :

Que por él y otros pocos botarates,
Cobra la osada juventud espanto,
Y se malogran furibundos vates.

Tú, dichoso mortal, prepara en tanto,
Para ser celebérrimo poeta,
El númen y las sílabas al canto

La cítara sonante, la trompeta,
Y la cómica máscara bufona,
Llena de variedad y chanzoneta,

Te alzarán á la cumbre de Helicon,
Donde cercado de las nueve hermanas
Luces despide el hijo de Latona.

Mas cuando con sus manos soberanas
De laurel te corone, ten sabido,
Fabio, á quien debes el honor que ganas,
Y agradécelo á mí que te he instruido.

EPÍSTOLAS

A DON SIMON RODRÍGUEZ LASO

Rector del colegio de San Clemente de Bolonia.

Laso, el instante que llamamos vida,
¿ Es poco breve, di, que el hombre deba
Su fin apresurar? Ó los que al mundo
Naturaleza dió males crueles,
¿ Tan pocos fueron, que el error disculpen
Con que aspiramos á acrecer la suma?

¿ Ves afanarse en modos mil, buscando
Riquezas, fama, autoridad y honores,
La humana multitud ciega y perdida?
Oye el lamento universal. Ninguno
Verás que á la Deidad con atrevidos
Votos no canse y otra suerte envidie.
Todos, desde la choza mal cubierta
De rudos troncos, al robusto alcázar
De los tiranos donde truena el bronce,
Infelices se llaman. Ay! y acaso
Todos lo son : que de un afecto en otro,
De una esperanza y otra y mil creídos,
Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.
Así buscando el navegante astuto
La playa austral que en vano solicita,
Si ve, muriendo el sol, nube distante,
Allá dirige las hinchadas lonas.
Su error conoce al fin ; pero distingue
Monte de hielo entre la niebla oscura,
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña ;
Hasta que horrible tempestad le cerca,
Braman las ondas, y aquilon sañudo

El frágil leño en remolinos hunde,
Ó yerto escollo de coral le rompe.

La paz del corazon, única y sola
Delicia del mortal, no la consigue
Sin que el furor de su ambicion reprima,
Sin que del vicio la coyunda logre
Intrépido romper. Ni hallarle espere
En la estrechez de sórdida pobreza,
Que las pálidas fiebres acompañan,
La desesperacion y los delitos,
Ni los metales que á mi Rey tributa
Lima opulenta poseyendo. El vulgo
Vano, sin luz, de la fortuna adora
El ídolo engañoso : la prudente
Moderacion es la virtud del sabio.

Feliz aquel que en áurea medianía,
Ambos extremos evitando, abraza
Ignorada quietud. Ni el bien ajeno
Su paz turbó, ni de insolente orgullo
Las iras teme, ni el favor procura :
Suenan en su labio la verdad, detesta
Al vicio, aunque del orbe el cetro empuño
Y envilecida multitud le adore.
Libre, inocente, oscuro, alegre vive,
Á nadie superior, de nadie esclavo.

Pero ¿cuál frenesí la mente ocupa
Del hombre, y llena su existencia breve
De angustias y dolor? Tú, si en las horas
De largo estudio el corazon humano
Supiste conocer, ó en los famosos
Palacios donde la opulencia habita,
La astucia y corrupcion, ¿hallaste alguno
De los que el aura del favor sustenta,
Y martiriza áspera sed de imperio,
Que un placer guste, que una vez descansen?
¡Y cómo burla su esperanza, y postra
La suerte su ambicion! Los sube en alto,
Para que al suelo con mayor ruina
Se precipiten. Como en noche oscura
Centella artificial los aires rompe;

La plebe admira el esplendor mentido
De su rápida luz : retumba y muere.

¿ Ves, adornado con diamantes y oro,
De vestiduras séricas cubierto
Y púrpuras del Sur que arrastra y pisa,
Al poderoso audaz? ¿ La numerosa
Turba no ves que le saluda humilde,
Ocupando los pórticos sonoros
De la fábrica inmensa, que olvidado
De morir, ya decrepito levanta?
Ay! no le envidies, que en su pecho anidan
Tristes afaes. La brillante pompa,
Esclavitud magnífica, los humos
De adulacion servil, las militares
Puntas que en torno á defenderle asisten,
Ni los tesoros que avariento oculta,
Ni cien provincias á su ley sujetas,
Alivio le darán. Y en vano al sueño
Invoca en pavorosa y luenga noche;
Busca reposo en vano, y por las altas
Bóvedas de marfil vuela el suspiro.
¡ Oh tú, del Arlas vagaroso humilde
Orilla, rica de la mies de Céres,
De pámpanos y olivos! ¡ Verde prado
Que pasta mudo el ganadillo errante,
Aspero monte, opaca selva y fria!
¿ Cuándo será que habitador dichoso
De cómodo, rural, pequeño albergue,
Templo de la Amistad y de las Musas,
Al cielo grato y á los hombres, vea
En deliciosa paz los años mios
Volar fugaces? Parca mesa, ameno
Jardin, de frutos abundante y flores,
Que de la altura al valle se deslicen,
Que yo cultivaré, sonoras aguas
Y lentas formen trasparente lago
Á los cisnes de Vénus, escondida
Gruta de musgo y de laurel cubierta,
Aves canoras, revolando alegres
Y libres como yo, rumor suave
Que en torno zumbe del panal hibleo,

Y leves auras espirando olores ;
 Esto á mi corazon le basta... Y cuando
 Llegue el silencio de la noche eterna,
 Descansaré, sombra feliz, si algunas
 Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

Á DON GASPAR DE JOVELLIÁNOS.

Sí : la pura amistad, que en dulce nudo (1)
 Nuestras almas unió, durable existe,
 Jovino ilustre ; y ni la ausencia larga,
 Ni la distancia, ni interpuestos móntes
 Y proceloso mar que suena ronco,
 De mi memoria apartarán tu idea.

Duro silencio á mi cariño impuso
 El son de Marte, que suspende ahora

(1) *Sí : la pura amistad, que en dulce nudo.* Don Gaspar Melchor de Jovellános, uno de los mas distinguidos españoles que ilustraron los reinados de Cárlos III y Cárlos IV, literato, anticuario, economista, jurisconsulto, magistrado, buen poeta, orador elocuente, unió á estas prendas la amabilidad de su trato, hija de su virtud tolerante y benéfica. A este hombre célebre debió Moratin una cordial estimacion, que ni la ausencia, ni el tiempo, ni las violencias y alteraciones políticas pudieron extinguir ni debilitar. No se omite en el recuerdo de un varon tan ilustre el mayor elogio que puede dársele : sus ideas y su conducta no eran acomodadas á la edad de corrupcion en que vivia, ni al palacio, que nunca hubiera debido conocer. No es mucho pues que el autor de *el Delincuente honrado* padeciese destierros y cárceles, sin que ningun tribunal tuviese noticia de su delito.

Agitada despues la nacion en el conflicto de una invasion extranjera, su rey ausente, precisada á formar un gobierno para su conservacion, y un ejército que la defendiese, volvió Jovellános á ocupar el puesto que le pertenecia ; y á poco tiempo la envidia, la ambicion, los privados intereses, el furor de los malvados, le arrojaron de él : que en tales agitaciones y desórdenes nunca es el mando recompensa de la virtud, sino del atrevimiento. Insultado, proscrito, fugitivo de una á otra parte, anciano y enfermo, evitando á un tiempo el encuentro de las armas enemigas y la injusticia de su patria, apénas halló el benemérito escritor de *la Ley agraria* un asilo remoto en que poder espirar. Añádase este borron á los muchos que afean la historia de nuestra literatura.

La paz, la dulce paz. Sé que en oscura,
 Deliciosa quietud, contento vives :
 Siempre animado de incansable celo
 Por el público bien, de las virtudes
 Y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,
 No castigados de tu docta lima,
 Fáciles versos, la verdad te anuncien
 De mi constante fe ; y el Cielo en tanto
 Vuélvame presto la ocasion de verte
 Y renovar en familiar discurso
 Cuanto á mi vista presentó del orbe
 La varia escena. De mi patria orilla
 A las que el Sena turbulento baña,
 Teñido en sangre, del audaz britano
 Dueño del mar al aterido belga,
 Del Rin profundo á las nevadas cumbres
 Del Apenino, y la que en humo ardiente
 Cubre y ceniza á Nápoles canora,
 Pueblos, naciones visitó distintas,
 Útil ciencia adquirí, que nunca enseña
 Docta leccion en retirada estancia,
 Que allí no ves la diferencia suma
 Que el clima, el culto, la opinion, las artes,
 Las leyes causan. Hallarásla solo,
 Si al hombre estudias en el hombre mismo.

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas
 Del Tibre, en sus orillas me detiene,
 De Roma habitador. ¡ Fuésemme dado
 Vagar por ella y de su gloria antigua
 Contigo examinar los admirables
 Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
 Resiste, quiso perdonar ! Alumno
 Tú de las Musas y las artes bellas,
 Oráculo veraz de la alma historia,
 ¡ Cuánta doctrina al afluyente labio
 Dieras, y cuántas, inflamado el númen,
 Imágenes sublimes hallarias
 En los destrozos del mayor imperio !
 Cayó la gran ciudad que las naciones
 Mas belicosas dominó, y con ella

Acabó el nombre y el valor latino ;
 Y la que osada, desde el Nilo al Bétis,
 Sus águilas llevó, prole de Marte,
 Adornando de bárbaros trofeos
 El Capitolio, conduciendo atados
 Al carro de marfil reyes adustos
 Entre el sonido de torcidas trompas
 Y el ronco aplauso de los anchos foros,
 La que dió leyes á la tierra, horrible
 Noche la cubre, pereció. Ni esperes
 Del antiguo valor hallar señales.

Estos desmoronados edificios,
 Informes masas que el arado rompe,
 Circos un tiempo, alcázares, teatros,
 Termas, soberbios arcos y sepulcros,
 Donde (fama es comun) tal vez escucha
 En el silencio de la sombra triste
 Lamento funeral, la gloria acuerdan
 Del pueblo ilustre de Quirino, y solo
 Esto conserva á las futuras gentes
 La señora del mundo, ínclita Roma.
 ¿ Esto, y no mas, de su poder temido,
 De sus artes quedó? Qué ¿ no pudieron
 Ni su virtud, ni su saber, ni unida
 Tanta opulencia mitigar del hado
 La ley tremenda, ó dilatar el golpe ?
 Ay! si todo es mortal, si al tiempo cede
 Como la débil flor los fuertes muros,
 Si los bronces y pórfidos quebranta,
 Y los destruye, y los sepulta en polvo,
 ¿ Para quién guarda su tesoro intacto
 El avaro infeliz? ¿ A quién promete
 Nombre inmortal la adulacion traidora,
 Que la violencia ensalza y los delitos ?
 ¿ Porqué á la tumba presurosa corre
 La humana estirpe, vengativa, airada,
 Envidiosa... ¿ De qué, si cuanto existe
 Y cuanto el hombre ve, todo es ruinas?
 Todo : que á no volver huyen las horas
 Precipitadas, y á su fin conducen
 De los altos imperios de la tierra

El caduco esplendor. Sólo el oculto
 Númen que anima el universo, eterno
 Vive, y él solo es poderoso y grande.

A LA MARQUESA DE VILAFRANCA,

con motivo del nacimiento de su hijo primogénito el conde de Niebla.

Faltó mi anuncio, y generoso el Cielo,
 Mas que yo pude prevenir, destina
 Felicidades á tu casa ilustre,
 Cuando de tu cariño el digno fruto,
 Señora, al mundo das. Juzgué que vieras
 Tu sexo y gracias repetirse, y toda
 Tu hermosura gentil en la querida
 Prenda que dulce ya te mira y rie.
 ¡ Oh vana prediccion! Mayor cuidado
 Merece al Númen que sustenta el orbe
 De los Toledos la prosapia excelsa :
 Premios mas altos la virtud merece,
 El tierno y casto amor, la no manchada
 Pureza conyugal. Mira cumplidos
 Los votos ya de tu feliz esposo,
 Y los tuyos tambien, y los de tantos
 Pueblos que ven en ti señora y madre.
 Ese que aduermes en ebúrnea cuna
 Pequeño infante, es un Guzman ; de aquella
 Estirpe clara sucesor, que un dia
 Fué de la patria impenetrable escudo,
 Y en su defensa derramó inflexible
 La propia sangre. De Tarifa el alto
 Muro, sitiado de agarenas huestes,
 Supo guardar su generoso abuelo.
 Vió de cadenas sin piedad ceñido
 El jóven infeliz, oyó sus voces,
 Y el ruego y llanto de doliente esposa,
 Y supo ser leal. Le ofrece el moro
 Pactos indignos, y amenaza al cuello
 Del inocente, si Guzman resiste ;

Él se descifre la temida espada,
 La tira al campo, y « Si no quieres, dijo,
 La tuya ensangrentar, esa es la mía. »
 ¡ Oh constancia ! oh valor ! Vive, precioso
 Niño, y el claro ejemplo que los tuyos
 Te dan, imita. Vive, si de tanta
 Ilustre accion te ha de inflamar la gloria,
 Que ya del vicio y corrupcion infame
 Harto el estrago se difunde y crece.
 La disciplina militar, el celo
 Por el público bien, costumbres puras
 Faltaron... Vive : que la patria nuestra
 Honor, virtud, Guzmanes necesita.

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ,

dedicándole la comedia de *la Mojigata*.

Esta que me inspiró fácil Talía
 Moral ficcion, y aguarda numeroso
 Pueblo que ocupe la española escena,
 Voz adquiriendo, movimiento y formas,
 Hoy te presento con afecto puro
 De gratitud y amor ; que en vano aspiro
 Por otra senda á la difícil cumbre
 Subir del Pindo, en vano ; y muchas veces
 Lloré burlado el atrevido intento.
 ¡ Cuántas, pulsando las aonias cuerdas
 Quise prender con números suaves
 La esquivia hermosa que en silencio adoro,
 Y la voz imitar y la armonía
 Que un tiempo el eco en la floresta verde
 Repitió del Zurguen ! Quise, animado
 De mas sublime ardor, sonando Clío
 La trompa que marcial ira difunde,
 De España celebrar los altos triunfos,
 Del cuello altivo sacudiendo rota
 La bárbara coyunda ; en las arenas
 De Libia ardiente el vencedor vencido ;
 Numancia satisfecha en el estrago

De la soberbia Roma, abandonada
 Al espantoso militar desórden;
 Dueño Cortés del estandarte de oro
 En los valles de Otumba, y á sus plantas
 El cetro occidental. Pero ofendida
 Culpó mi error la musa de Menandro,
 Y la cítara y flautas pastoriles
 Quitóme airada, y el clarin de Marte.

Sigue, me dijo, por el rumbo solo
 Que te indica mi voz, si honor procuras
 Que á pesar del silencio de la muerte
 Haga tu nombre eterno. Yo amorosa
 Una y mil veces en tu labio infante
 Dulce beso imprimí, y al repetido
 Celeste arrullo que entoné, dormias.
 Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,
 Y en ti los que vertió propicios dones
 Naturaleza, cultivar me plugo.

Ya con festiva aclamacion sonando
 La patria escena, en su alabanza justa
 Tu gloria afirma Sigue, y en la cumbre
 Del sagrado Helicon, que Cintio baña
 Con su luz inmortal, las Musas bellas
 De hiedra y lauros te darán corona.
 No te ofenda, señor, si tan humilde
 Tributo te consagro : ¿ y cuál sería
 De la grandeza de tu nombre digno?
 Limitado es el don, rico el deseo;
 Y no bastando á mas la vena estéril,
 Cuanto puedo te doy. Así postrado
 Ante las aras que levanta rudas,
 Suele el cultor acumular los frutos
 Sencillos de su campo; y los ofrece
 Al alto númen tutelar que adora,
 Y aromas vierte agradecido, y flores.

AL MISMO.

Buscando alivio á mi salud endeble,
 Me vine á guarecer en la aspereza,

De estos peñascos, del ardor estivo
Que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio,
Paz en el alma, soledad queria,
Frescura y sombras. Encerré con llave
Los doctos libros que el talento ilustran,
Y el vigor al estómago destruyen.
Jolgar quise y vivir; y apénas llego
A las orillas que fecunda el Arlas,
Coronada la sien de humildes juncos,
Inesperada pesadumbre altera
Mis honrados propósitos. ¿Adónde
Sabré ocultarme, si habitando ahora
Rústico albergue, defendido en torno
De precipicios y fragosas cumbres,
Aquí me induce á traducir mi estrella?

Pero en vano será. Como sucede
Una vez y otras muchas al cuitado
Que no tiene comercio, hacienda, casa,
Ni oficio, ni pension, ni renta, y vive
Tranquilo; en tanto que la numerosa
Turba á quien debe el aire que respira
Se afana en perseguirle. El escribano
Le cita, el alguacil le acecha y busca,
Manda Marquina que sus deudas pague,
Y no las paga: al Soberano acuden,
Manda que pague, y su pobreza extrema
Privilegio le da seguro y cierto
De no pagar jamas. Yo así, fiado
De la ignorancia que padezco y lloro,
Venerando el precepto que me impone
Mi generoso protector, me eximo
De obedecerle. Si entender pudiese
Lengua que no aprendí, traduciria
En culta frase de Leon y Herrera,
Los garabatos que del Norte frio
Vienen al Tajo mendigando ahora
Glosa y comentador. O si aspirase
A conseguir, sin merecerle, el nombre
De poligloto y helenista insigne,
Amigos tengo, y con ajenas plumas
Me presentara intrépido y soberbio,

Y la alquilada erudicion pudiera
 Valerme aplauso entre la plebe osada
 De los pedantes, cuya ciencia es sólo
 Mentir doctrina, aparentar estudios.

Nunca, señor, de la impostura el arte
 Supe adquirir. Mucho talento anuncia,
 Mucha constancia y direccion prudente,
 El acercarse de Minerva al templo.
 La vida es breve ; el límite se ignora
 Que debió á su Hacedor la siempre vária
 Robusta en producir naturaleza.
 Las artes que la imitan, aspirando
 Á conseguir la perfeccion, desisten
 Á su vista confusas y cobardes
 Del atrevido intento. Un primor solo,
 Una sola verdad, á sus alumnos
 Cuesta prolijo afan, y aquel que logra
 Adelantarse en la dificil via
 Á los que siguen con incierta planta
 El mismo generoso intento, adquiere
 Ilustre honor que en las edades vive.
 Sabio le llama el mundo, porque en una
 Ciencia alcanzó lo que anhelaron muchos ;
 No porque en ella al término llegase,
 Que inaccessible de los hombres huye.
 Sólo el pedante vocinglero, hinchado
 De vanidad y ponzoñosa envidia,
 Todo lo sabe. En el café gobierna
 Los imperios del orbe, y miéntras bebe
 Diez copas de licor, sorprende, asalta,
 Gana de Gibraltar el puerto y muro.
 Consultadle, señor, veréis que pronto
 Cubriendo el mar de naves españolas,
 Sin fatiga, sin gasto. á Irlanda ocupa,
 Y los tesoros de Jamáica os pone
 En la calle Mayor. ¿ Queréis oirle
 Por tres horas no mas? Latin, tudesco,
 Arabe, griego, mejicano y chino,
 Cuantos idiomas hay, cuantos pudiera
 Haber, los sabe Erudicion, historia,
 Náutica, esgrima, metalurgia y leyes,

En todo es superior, único y solo.
 Poco estima á Mozart; nota con ceño
 Que Cimarosa en tal ó tal motivo
 No estuvo muy feliz. Habla y decide
 En materia de escorzos y contrastes,
 Tonos de luz, degradacion de tintas,
 Pliegues y grupos. Convulsion padece
 Con el silabizar de Garcilaso.
 ¡ Tan delicado tímpano es el suyo !
 Las faltas ve de propiedad y estilo
 En que se deslizó la mal tajada
 Péñola de Cervántes... Vive, insigne
 Honor y gloria de la edad presente,
 Para instruccion comun : esplendorosa
 Lámpara, no te apagues. Yo, que admiro
 La vasta enciclopédica doctrina
 Que ostentas en banquetes clamorosos,
 No te la sé envidiar, y si consigo
 Que alguna vez mi rudo verso escuche
 Aquel que alivia el grave peso á Cárlos
 En la dominacion de tanto imperio,
 Á mas no aspira mi talento humilde.

AL MISMO, EN LENGUAJE Y VERSO ANTIGUO.

Á vos el apuesto complido garzon (1),
 Asmándovos grato la péñola mia,
 Vos faz omildosa la su cortesía

(1) *Á vos el apuesto, complido garzon.* Los inteligentes dirán cuál sea el mérito de esta composicion. Baste asegurar que una obra escrita en el lenguaje que hablaron en Castilla nuestros abuelos, cuatro siglos hace, en la cual no sólo las palabras, sino las frases, el giro poético, la versificacion y las ideas, han de suponer la antigüedad que el autor quiso darla, es un esfuerzo muy difícil.

En ella celebró el poeta el casamiento del príncipe de la Paz con una nieta de Felipe V, y no será la única, de las que escribió para el príncipe, que ocupe un lugar en esta coleccion.

Miéntas aquel personaje mereció la predileccion del soberano, y dispuso á su voluntad de los destinos de la monarquía, los literados y los artífices solicitaron su favor, como los preladados,

Con metros polidos vulgares en son :
 Cá non era suyo latino sermon
 Trobar, é con ese decirvos loores :
 Calonges é prestes, que son sabidores,
 La parla vos fablen de Tulio y Maron .

Por ende, si tanto la suerte me da,
 Maguer que vos diga roman paladino,
 Fiducia me viene que lueñe é vecino
 La gen acuciosa mi carta verá :
 E vuestas haciendas que luego dirá
 Gravedosa estoria por modo sutil,
 Serán de Castilla mil eras é mil
 Membranza placiente que non finirá.

É tanto merece falagos é amor
 Aquel que alegroso nos dió bienandanza,
 É al comun conorte la mucha amistanza,
 Ovo de don Cárlos, el nueso señor.

los magistrados, los caudillos, los ministros, los embajadores, los grandes. Árbitro de la fortuna, y aun de la existencia de muchos de ellos, ninguno desconoció la necesidad de complacerle; todos frecuentaron sus antesalas, su gabinete y su caballeriza. Distinguió á Moratin entre los humanistas que florecian entónces, y continuamente le estimulaba á escribir. Si algo valen las comedias originales de este autor, á él se le deben, y á la preferencia que daba á sus composiciones, entre las muchas que á porfia le presentaban los demas. Error sin duda, pero no el mas grande de los que pudo cometer durante su gobierno.

Ni fué su amigo Moratin, ni su consejero, ni su criado; pero fué su hechura; y aunque existe una filosofía cómoda que enseña á recibir y no agradecer, y que obrando segun las circunstancias, paga con injurias las mercedes recibidas y solicitadas, Moratin estimaba en mucho su opinion para incurrir en tan infames procedimientos. Entónces trató de complacer á su protector por medios honestos, y entónces y ahora le deseó felicidad y se la desea. Todo el esfuerzo de las pasiones poco generosas, que llegaron despues á trastornar el órden público, habrá sido bastante para despojar á este literado español de cuanto recibió del príncipe de la Paz; pero no habiéndole privado de su apellido y su honor, miéntras los conserve, será agradecido. Esta virtud, que para los malvados es un peso insufrible que sacuden á la primera ocasion que se les presenta, en los hombres de bien es una obligacion de que nunca saben olvidarse.

« Sepades, le dijo, buen alcanzador,
 Que en todo el mi regno vos fago imperante •
 Á tal que del sceptro dorado, pesante,
 La grave fadiga semeje menor.

Catad que mis hijos demandan de mí
 De ser aducidos en sancta equidad ;
 Á non acuitallos las mientes parad ;
 En algos abonden é pan otrosí ;
 É cuando mis tierras (que tal non creí)
 Mesnadas de allende osaren correr,
 Faced á los míos punar é vencer,
 Cá siempre ganosos de liza los ví.

É ved non fallezcan á tal ocasion
 Lorigas, paveses é todo lo al,
 É mucho trotero ardido é leal
 De los mas preciados que en Córdoba son,
 É fustas con luengo ferrado espolon,
 Guarnidas de tiros que lancen pelotas ;
 Non cuide aviltarnos, mandando sus flotas
 Al nueso lindero la escura Albion.

É guay, non aduzga mintrosa la paz
 Al valor nativo dañinos placeres,
 Nin seyan sofridos los vanos saberes
 Que al mundo mancillas le dieron asaz.
 Allí do pregonan olganza é solaz,
 Allí rudo vulgo é sandio declina,
 Divaga sañoso, virtud abomina ;
 Que tanto en él vale locuela sagaz.

Empero non yaga de error circuido ;
 La sciencia le amuestre su puro claror,
 Non cure atristado ventura mayor,
 En buen regimiento guardado é punido :
 Así el caballero ruando lucido,
 Acucia ó detiene la alfana que monta,
 É parte, al agudo estímulo pronta,
 Ó párase dócil, el freno sentido. »

Á tal platicaba la su señoría,
 É cedo el magnate repuso á don Rey :
 Non fuera nascido de alcuña de ley

Se al vueso talante non obedescia.
 Solene homenaje fago é pleitesia
 (É dijol tomando la cruz del espada)
 Que finque la vuesa merced acatada,
 É España recabde su prez é valia.

De entonce colmalla de bienes cuidó :
 La paz se posara á su lado yocunda,
 La cuita fenesce, de frutos abunda
 El suelo que en sangre la guerra alagó,
 La su dulcedumbre temores quitó
 Del home entorpidado que yaz en tristura,
 É quisto de buenos la su derechura
 Le fiz, é al inico sañoso aterró.

É vímosle á guisa de diestro adalid,
 Faciendo reseña la hueste real,
 Mandar sus hileras, é á son de atabal
 Poner á los ojos la marcha é la lid :
 Así de los muros miró de Madrid
 La plebe agarena venir á cercalla,
 Desnuda tizona, en tren de batalla,
 Al bravo cabdillo que dijeron Cid.

¡ Oh! fuérale dado seguir el pendon
 Que bordan castillos, cruces é leones,
 Romper azañoso por los escuadrones
 Bárbaros, de sangre teñido el troton !
 Timidos fuyeran ginete é peon,
 En llama aburando sus siendas caidas ;
 É á la funerea matanza é feridas,
 Cuidaran que fuese Jacobo el patron.

Devédalo empero la pro comunal,
 É del alto alcázar do tiene su silla,
 Segundo en potencia le acata Castilla ;
 Sotil palaciano, sirviente leal :
 Largosa, por ende, la mano Real
 Quisiera abastalle de dones subidos,
 Cual nunca de alguno non fueron habidos,
 Siquier home bueno, siquier principal.

É ved de cual arte ser quito pensó
 El Rey, que sesudo catara sus fechos :

Ayúntale dende con nudos estrechos
 Al mesmo avolorio de donde nació ;
 É luego é de si voceros mandó
 Que cedo á la rica Toledo se vayan,
 É aquesa manceba garrida le trayan,
 Fija del infante que Dios perdonó.

La flor de lindeza, donaire é mesura
 En ella se adunan, la bien paresciente :
 De rojos corales su boca riente,
 Sobrando á la nieve su tez en albura,
 La luz de sus ojos espléndida é pura,
 La voz falagosa, gentil su ademan :
 Florinda, la causa del nueso desman,
 Non ovo tal gesto, nin tal apostura.

¡ Oh! vivan entramos en plácida union,
 No nunca empescida de fado siniestro,
 Seyendo en el siglo crimoso nuestro
 De virtud ecelsa dechado é blason :
 La fama, do quiera, con alto pregon,
 Su prole ventura perínclita cante,
 É aquisten ilustre memoria durante
 Su nome, sus fechos, su clara nacion.

A UN MINISTRO, SOBRE LA UTILIDAD
 DE LA HISTORIA.

Ya el invierno, de nubes coronado,
 Detuvo en hielos su corriente al rio ;
 Brama el Bóreas. Felices
 Campos, á Dios ; y tú, valle sombrío,
 Á los placeres del amor sagrado,
 Vènus hoy te abandona y los amores.
 Y el sol, cercano al capricornio frio,
 De la noche los términos dilata.

No toleremos, no, que voladora
 Así pase la edad, si los mejores
 Instantes que arrebatá,
 Negamos del estudio á las tareas.



Por él, mi dulce amigo,
 La razon conducida,
 Recibe del saber altas ideas.
 En la carrera incierta de la vida
 Dirigir puede al hombre, y enemigo
 Del ocio torpe y la ignorancia oscura,
 Ó le presta consuelo
 En la adversa ócasion, ó le asegura
 El favor de la suerte :
 Justa obediencia, y justo imperio enseña.
 Si á ti benigno el Cielo
 Miró al nacer y hoy colma de favores,
 Pues no á las letras proteger desdeña
 Tu mano generosa,
 Ellas su auxilio deben ofrecerte.
 Que no siempre de flores
 La senda peligrosa
 De la fortuna encontrarás cubierta :
 Ni el timon abandona el marinero,
 Por mas que el viento igual, propicio espire.

Docta la historia ejemplo verdadero
 Á tu razon presente,
 De lo que habrá de ser, en lo que ha sido.
 Mira en ella los pueblos mas famosos
 Que redimen sus fastos del olvido,
 Si políticos ya, si belicosos
 Á tanta gloria, á tal poder llegaron ;
 Si en ellos se admiraron
 Justicia, humanidad, costumbres puras ;
 Si fué de la virtud asilo el trono ;
 Si la ignorancia, las venganzas duras,
 El ocio corruptor, el abandono,
 Dieron causa á su estrago.

Ya no existis, naciones poderosas ;
 Vues'ra gloria acabó. Tiro opulenta,
 Persépolis, y tú, fiera Cartago,
 Enemiga del pueblo de Quirino,
 Ya no existis. Dudoso el caminante
 En hórrido desierto
 Os busca, y el bramido
 De as fieras le aparta. La corriente

Sigue al Eufrates que tronando suena,
 Y el lugar desconoce
 Donde la Asiria Babilonia estuvo,
 Que al héroe macedon miró triunfante.
 Hoy cenagosos lagos, corrompido
 Vapor, caliente arena,
 Áspera selva, inculta, engendradora
 De monstruos ponzoñosos,
 Encuentra sólo; y la ciudad que pudo
 Del vencedor romano
 El yugo sacudir, Palmira ilustre,
 Yace desierta ahora :
 Sus arcos y obeliscos suntuosos,
 Móntes son ya de trastornadas piedras,
 Sus muros son ruinas.
 Hundió del tiempo la invisible mano
 Entre arbustos estériles y hiedras
 Los pórticos del foro
 En columnas de Paro sostenidos,
 Basas robustas y techumbres de oro
 Donde el arte expresó formas divinas...
 ¡Memorias de dolor! Allí apacienta
 Su ganado el zagal, y absorto admira
 Como repite el eco sus acentos,
 Por las concavidades retumbando.

De tal desolacion la causa mira,
 No tanto en los opuestos elementos
 Embravecidos, cuando
 Al austro oscuro el aquilon compite,
 Y Jove en alto carro conducido
 Fulmina á los alcázares centellas ;
 Ó cuando en las cavernas oprimido
 Del centro de la tierra, el fuego brama
 Con rumor espantoso,
 Y en su reventazon muda los móntes,
 Ciudades arruina,
 Hierve el mar proceloso,
 Y arde en sus ondas la violenta llama.
 Que el hombre, el hombre mismo,
 Si á la maldad declina,

Desconociendo términos, excede
 las iras del cielo y del abismo.

Triunfó insolente la impiedad, faltaron
 Las leyes, el pudor, y los robustos
 Imperios de la tierra
 Debilitó cobarde tiranía.

Las delicias funestas enervaron
 El amor de la patria, el ardimiento,
 La disciplina militar, y el dia
 Llegó terrible de discordia y guerra,
 Que al orgullo mortal previno el hado
 Para ejemplo á los siglos espantoso.

Y como desatado

Suele el torrente de la yerta cumbre
 Bajar al valle, y resonando lleva,
 Roto el márgen con ímpetu violento,
 Árboles, chozas y peñascos duros,
 Rápido quebrantando y espumoso
 De los puentes la grave pesadumbre,
 Y la riqueza de los campos quita,
 Y soberbio en el mar se precipita ;
 Así bárbaras gentes, descendiendo
 Del Norte helado en multitud inmensa
 Contra la invicta Roma, estrago horrendo,
 Muerte y esclavitud la destinaron,
 Y al orbe que oprimió dieron venganza,

Así, en edad distinta,

Osado el trace, sin hallar defensa,
 Excediendo el suceso á la esperanza
 Trastornó los imperios del Oriente,
 El trono de los Césares, la augusta
 Ciudad de Constantino.

Grecia humilló su frente ;

El Araxes y el Tigris proceloso,

Con el Jordan divino

Que al mar niega el tributo,

Las Arabias y Egipto fabuloso,

En servidumbre dura

Cayeron y opresion. Gimió vencida

La tierra que llenó de espanto y luto

De sus vagos ejércitos impíos
La furia poderosa.

Mas, como suele en los despojos frios
Que al sepulcro voraz lleva la muerte,
Buscar alivios á la frágil vida
La física estudiosa,
Tú así, en la edad pasada examinando
De tantos pueblos la voluble suerte,
Las causas de su gloria y su ruina,
Propio escarmiento harás la culpa ajena,
Experiencia el aviso,
Y natural talento la doctrina.
Verás entónces que el que sabe impera,
Y en medio de las dichas preparando
El ánimo robusto
Contra la adversidad, ó la modera,
Ó la resiste intrépido. Que el mando
Es delicioso, si templado y justo
La union social mantiene,
Los intereses públicos procura,
La ley se cumple, y ceden las pasiones.
Que el poder, no en violencia se asegura,
Ni el horror del suplicio le sostiene,
Ni armados escuadrones;
Pues donde amor faltó, la fuerza es vana.
Tú lo sabes, señor, y en tus acciones
Ejemplo das. Tú la virtud oscura,
Tú la inocencia amparas. Si olvidado
El mérito se vió, tú le coronas :
Las letras á tu sombra florecieron,
El zelo aplaudes, el error perdonas,
Y el premio á tus aciertos recibiste
En placer interior que el alma siente.

¡ Oh ! pues tan altos dones mereciste
Al Númen bienhechor, que generoso
Igualó con tus prendas tu fortuna,
Roba instantes al tiempo presuroso,
Ilustrando la mente
Con nuevas luces, si te falta alguna.

Á ANDRÉS.

¿Quieres casarte, Andrés (1)? ¿Ó te propones
 Á mi dictámen acceder sumiso?

¿Tan dócil es tu amor? ¿Ó tan dudoso

El mérito será de tu futura

Doña Gregoria, que el quererla mucho

Ó no quererla de mi voz depende?

En fin, si mi opinion saber deseas,

(1) ¿Quieres casarte, Andrés? ¿Ó te propones... Para manifestar los defectos de lenguaje y estilo en que han incurrido algunos poetas modernos, imaginó el autor, que el medio mas breve era componer un centon de muchas de sus frases y versos, y presentársele al lector imparcial, para que juzgue lo que su buena razon le dicte. Pudo recoger sus materiales con abundancia entre varios autores; pero le pareció que, reduciéndose á cuatro de ellos no mas, facilitaria el cotejo de los pasajes del centon con sus mismos originales. Esta precaucion, y la de no haber añadido nada de su parte, le proporcionaron el desempeño de su objeto con toda la exactitud que en estos casos se requiere.

No intentó desacreditar en esta composicion el mérito de algunos coetáneos, cuyos aciertos reconoce y admira; quiso únicamente rectificar una equivocacion, de las muchas que padeció don José Luis Munarriz en sus adiciones á las lecciones de Hugo Blair. Allí se dice que *no se ha de aprender en Garcilaso, Jau-regui, Rioja, Arquillo, Lope de Vega, Quevedo, ni en ninguno de cuantos versificaron en su tiempo, ni en todos nuestros ingenios, hasta el tiempo de Meléndez; porque no castigaron sus poesías, en las cuales comunmente se observa incorreccion y desaliño. Por consecuencia, recomendó como exentas de estos defectos las obras de Meléndez, y las de otros escritores que á ejemplo suyo pulan, corrijan y perfeccionen sus poesías.*

En tanto pues que llega el caso de que nuestra juventud, des-caminada por tan falsa crítica, desprecie y abandone la lectura de los antiguos poetas españoles, creyendo hallar sólo en los modernos las perfecciones que debe imitar, no será enteramente inútil la epístola dirigida á Andrés. Tal vez en ella se echará de ver que Munarriz se equivocó lastimosamente en lo que dijo, y que si deben leerse con precaucion los poetas antiguos, lo mismo debe practicarse con los muy modernos, y que si aquellos fueron incorrectos y desaliñados, algo hay en estos todavía que se pudiera limar, castigar y perfeccionar.

Te la diré ; pero el asunto es grave
 Y toca en la moral filosofía ;
 No se diga de mí que en delicadas
 Materias uso de pedestre estilo
 Y frase popular. Tú, que las noches
 Pasas leyendo la moderna solfa
 De nuestros cisnes, y por ella olvidas
 De Lope y Laso la dición, escucha,
 Que en la misiva que á copiarla empiezo,
 Mi dictámen te doy, no te conjuro.

Si tus abriles, bonancibles años,
 Que meció cuna en menear dormido,
 Del bostezante sueñecito umbrátil
 Huyen, y huyendo, amigo Andrés, no tornan;
 ¿ Qué nube de esperanzas y deseos
 Te halaga en derredor? ¡ Ay! teme, teme
 Letargoso placer, velar cargoso
 Y rugosa inquietud que á par te cercan.
 Entra, amigo, en ti mismo, ó si te place
 Huye dentro de ti : consulta un rato
 La sensatez en lóbrego silencio,
 Y hondamente exclamante ella te aleje
 De la deshermandad desamistada,
 Que los cuidados cárdenos profusa.
 Presto será que el pestilente soplo
 Del ejemplo mortal de un mundo infecto,
 Arideciendo el alma infructuosa,
 Sin esperanza la semilla ahogue
 Que natura plantó : ni el freno triste,
 Ni el helado compas de la prudencia,
 Su vividor hervir harán que cese.

« Todo al tiempo sucumbe : el cedro añoso,
 La dócil caña en gratitud riendo
 Dulce, como de leve niebla umbría
 El insensato orgullo. Infortunado
 Clima aridece ya con sus heladas,
 Crujientes pesadumbres y fraguras
 El númen invernal : llegan las horas
 De hielo y luto, y se empavesa el cielo.
 Salud, lúgubres días, horrorosos

Aquilones, salud; que ya se cubre
 Selvosa soledad de nieve fria,
 Y el alto sol mirándola se embebe.
 Ábrego silbador, cierzo bramante
 Ya la tormenta excitan borrascosa;
 Soplan el soplo de venganza, y nubes
 Oscuras en los vientos cabalgando
 Bañan y abisman los tranquilos surcos.

« Empero ley primaveral que vuelve
 Dócil se presta al oreante soplo
 Del aura matinal; cuanto es so el cielo
 Todo anuncia placer; la etérea playa
 Velada en esplendor, colma la selva
 De profusion fragante, los soplillos
 Del favonio y el *bee* de las simplillas
 Corderas, que yerbilla pastan verde
 ¡ Oh coronilla! á ti tambien te veo
 Y la sien de la espiga, aunque levante
 El abrojo su frente ignominiosa.
 Las fuentes, los arroyos saltadores,
 Sierpes de nácar, con albores giran;
 Forman torcidas calles, y jugando
 Con las flores se van. Canta el pardillo
 Y ledo mira al sol, vuela y se posa,
 Ó al vislumbrar de la modesta luna,
 Le responde la Eco solitaria.

« La estacion estival en pos se sigue,
 Y el agosto abrasado ahoga las flores
 Con ardor descollante. Palidece
 El musgoso verdor, oigo quejarse
 En seco son el vértigo del polvo,
 Y lo que por do quier bañado en vida
 El céfito halagaba, extinto yace.
 El sol en su hosquedad desjuga el suelo,
 Y mientras amiga la espigosa Cérés
 Con la pecha del trigo desuraña
 Al cultor fatigado, los umbrosos
 Frescores el postrer aliento rien.
 Luego con sus guirnaldas pampanosas
 Octubre empampanado, en calma frente,

La alegría otoñal nos da que vuelva :
 Á la esperanza la corona el goce,
 Y la balanza justa al sol voluble
 Ya la aprisiona en sus palacios freseos.
 Cefirillo, tal vez enamorado
 De alguna poma, bate el ala, y llega,
 Y la besa, y la deja, y torna, y mece
 Las hojitas, y bulle, y gira, y pára,
 Y huye, y torna á mecer... Dejad que ciña
 La temulenta sien, ¡ oh ninfas blondas !
 Mil veces Evohé... Cien copas pido,
 Y en pos, y á par, y cabe mí colmadras,
 Y otras ciento me dad... Así natura,
 Las leyes no exorables acatando,
 Próvida el perenal destino sigue,
 Engranando los séres con los séres;
 Que unos de otros en pos, en rauda marcha,
 Crecen, y llegan, y los tragan y huyen.

« ¡ Ay, amigo hermanal ! Cauto desoye
 Luengos trasportes y cobarde miedo,
 Que á la infantina juventud apena.
 Se alejan ya los intornables días,
 Tremolando el terror. Ocia, si es dado;
 No quieras zozobrar en el arroyo,
 Con los reveses reluchando indócil.
 ¿ Ves la rueda insociable de fortuna
 Resaltar vacilante, en richinido
 Y agudo retiñir ? ¿ y cómo torva
 La insaciabilidad del oro insomne
 La avaricia clavó dentro del pecho ?
 ¿ Ves la envidia voraz ? ¿ Ves la perfidia,
 Riendo muertes, profusar protervias,
 Y el puñal del desprecio, la ponzoña
 De la doblez, los hielos del olvido,
 Que la alma fuente del sentir cegaron ?
 Héme en fin junto á ti ; que ya te tiendo
 Un brazo de salud. ¡ Ay ! no disociés
 Á la fiel confianza de tu frente.
 Con el destino escuda la dureza,
 Y flecha tu interior con las memorias.
 No el díscolo interes, soplando estéril,

Impida de tu pecho al golfo umbrío
Que en claridad lumbrosa se desnuble.

« El hombre es sólo quien guarnece al hombre,
Mi buen Andrés. No marques en oprobio
Tu vivir breve; al sexual cariño
El brutal apetito rinda el cetro,
Y cubre con tu mano tu deshonra.
Que en cuanto vieres navegar los astros,
Verás, ay! ay! ay! ay! que es llanto el gozo;
Que las pasiones para siempre yacen,
Yacen, sí, yacen; á la tumba lleva
El frio del no ser, entre horfandades
Pasea en espectáculo profundo
La muerte el carro, y propiciar no puede
Mas al mortal que suspirar deseos. »
¿ Me has entendido, Andrés? Si reconoces
Que de tan inhumana jerigonza
Nada se entiende, y te quedaste á oscuras,
Quema tus libros y renuncia al pacto,
Y hasta que aprecies el hablar castizo
De tus abuelos, solteron te queda;
Y que doña Gregoria determine
Lo que la esté mejor. Si mi discurso
Enfático-dogmático-trifauce
Te ha parecido bien, y en él admiras
Repetido el primor de tus modelos,
No te detengas: cástate esta noche,
Y larga sucesion te den las Furias.

Á CLAUDIO.

El Filosofastro.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,
Locuaz declamador, á verme vino
En punto de las diez. Si de él te acuerdas,
Sabrás que no tan sólo es importuno,
Presumido, embrollon, sino que á tantas
Gracias añade la de ser goloso,

Mas que el perro de Filis. No te puedo
 Decir con cuántas indirectas frases,
 Y tropos elegantes y floridos,
 Me pidió de almorzar. Cedió al encanto
 De su elocuencia, y vieras conducido
 Del rústico gallego que me sirve,
 Ancha bandeja con tazon chinesco
 Rebosando de hirviente chocolate
 (Á tres pajes hambrientos y golosos
 Racion cumplida), y en cristal luciente,
 Agua que serenó barro de Andújar;
 Tierno y sabroso pan, mucha abundancia
 De leves tortas y bizcochos duros,
 Que toda absorben la pocion suave
 De Soconusco, y su dureza pierden.
 No con tanto placer el lobo hambriento
 Mira la enferma res que en solitario
 Bosque perdió el pastor, como el ayuno
 Huésped el don que le presento opimo.

Ántes de comenzar el gran destrozo,
 Altos elogios hizo del fragante
 Aroma que la taza despedia,
 Del esponjoso pan, de los dorados
 Bollos, del plato, del mantel, del agua;
 Y empieza á devorar. Mas no presumas
 Que por eso calló : diserta y come,
 Engulle y grita, fatigando á un tiempo
 Estómago y pulmon. ¡ Qué cosas dijo !
 ¡ Cuánta doctrina acumuló, citando,
 Vengan al caso ó no, godos y etruscos
 Al fin en ronca voz : « ¡ Oh edad nefanda
 ¡ Vicios abominables ! ¡ Oh costumbres !
 ¡ Oh corrupcion ! » exclama; y de camino
 Dos tortas se tragó. « ¡ Que á tanto llegue
 Nuestra depravacion, y un placer solo
 Tantos afanes y dolor produzca
 Á la oprimida humanidad ! Por este
 Sorbo llenamos de miseria y luto
 La América infeliz; por él Europa,
 La culta Europa en el Oriente usurpa
 Vastas regiones, porque puso en ellas

Naturaleza el cinamomo ardiente :
 Y para que mas grato el gusto adule
 Este licor, en duros eslabones
 Hace gemir al atezado pueblo,
 Que en África compró, simple y desnudo.
 Oh! que abominacion! » Dijo; y llorando
 Lágrimas de dolor, se echó de un golpe
 Cuanto en el hondo cangilon quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa
 Llanto causa tambien, de mármol eres :
 Que es mucha erudicion, celo muy puro,
 Mucho prurito de censura estoica
 El de mi huésped; y este celo, y esta
 Comezon docta, es general locura
 Del filosofador siglo presente.
 Mas dificiles somos y atrevidos
 Que nuestros padres, mas innovadores,
 Pero mejores no. Mucha doctrina,
 Poca virtud. No hay picaron tramposo,
 Venal, entremetido, disoluto,
 Infame delator, amigo falso,
 Que ya no ejerza autoridad censoria
 En la puerta del Sol, y allí gobierne
 Los estados del mundo, las costumbres,
 Los ritos y las leyes mude y quite.
 Próculo, que se viste y calza y come
 De calumniar y de mentir, publica
 Centones de moral. Névio, que puso
 Pleito á su madre y la encerró por loca,
 Dice que ya la autoridad paterna
 Ni apoyos tiene ni vigor, y nace
 La corrupcion de aquí. Zenon, que trata
 De no pagar á su pupila el dote,
 Habiéndola comido el patrimonio
 Que en su mano rapaz la ley le entrega,
 Dice que no hay justicia, y se condeue
 De que la probidad es nombre vano.
 Rufino, que vendió por precio infame
 Las gracias de su esposa, solicita
 Una insignia de honor. Camilo apunta
 Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,

ODAS

A LA VÍRGEN NUESTRA SEÑORA

Con motivo de la fiesta secular celebrada en Lendinara (Estado veneciano)
el año de 1795.

Ya los felices campos que corona (1)
Profundo el Pó, y el Atesis fecunda,
Oigo sonar con voces de alegría
Que repiten los ecos.

Llena de pueblo, Lendinara humilde,
Hoy los altares religiosa adorna

(1) *Ya los felices campos que corona.* Esta oda se escribió á nombre de doña Sabina Conti, natural de Madrid, esposa de don Juan Bautista Conti. Se imprimió en Lendinara con otras poesías italianas y latinas, compuestas al mismo asunto, en el año de 1755.

En el año de 1799, un autor vergonzante publicó en Barcelona la misma oda, callando prudentemente de dónde le habia venido la inspiracion poética; aplicó á la festividad del Córpus el argumento, y añadió y quitó lo que le pareció suficiente para hacerla suya. Véase una prueba de su trabajo.

Ya las calles y plazas que corona
Marcial cordon, y la piedad ocupa,
Oigo sonar con voces de alegría,
Que repiten los ecos.
Llena de pueblo Barcelona humilde,
Hoy los altares religiosa adorna
Al Rey triunfador, á cuya planta
Yace el hereje impío, etc.

Así prosiguió con su obra, la cual efectivamente ni puede llamarse original, ni imitacion ni copia. Con esta misma delicadeza y acierto le han imitado á Moratin varias veces en las composiciones dramáticas, á la manera del dibujante inepto que pasa al trasluz una figura estropeando todos sus contornos. Entre los varios métodos que se han descubierto, para saber sin estudiar, este es el mas breve.

De la tierna Doncella, á cuya planta
Yace el dragon temido.

Mármoles y oro que su templo visten
Fúlgidos brillan, y á los corvos techos,
Que el pincel abultó de formas bellas,
Sube el incienso en humo.

Al venerado simulacro en torno
Votos ofrecen : dulce melodía
Hiere los aires, y en acordes himnos
Alto Númen adoran.

Madre piadosa, que el lamento humano
Calma, y el brazo vengador suspende,
Cuando al castigo se levanta y tiembla
De su amago el Olimpo ;

Ella su pueblo cariñosa guarda :
Ella disipa los acerbos males
Que al mundo cercan, y á su imperio prontos
Los elementos ceden.

Basta su voz á conturbar los senos
Donde cercado de tiniebla eterna
Reina el tirano aborrecido, origen
De la primera culpa.

Basta su voz á serenar del hondo
Mar, que los vientos rápidos agitan,
Las crespas olas, y romper las nubes
Donde retumba el trueno.

Ó ya la tierra con rumor confuso
Suene, y el fuego que su centro oculta
Haga los montes vacilar, cayendo
Los alcázares altos ;

Ó ya, sus alas sacudiendo negras,
El austro aliento venenoso esparza,
Y á las naciones populosas lleve
Desolacion horrible ;

Ella invocada, de el sublime asiento
Desde donde á sus piés ve las estrellas,

Queitan impone al mundo, y los estragos
Cesan, y huye la muerte.

¡ Oh! celebradla ; y el dichoso día,
Que nos detuvo perezoso el tiempo,
De fe, de gratitud, ejemplo sea
Á los futuros siglos.

Y si no es dado que mi lengua alterne
En ritmo ausonio y sus elogios cante,
Ella comprende, aunque de voz carezca,
El idioma del alma.

Sí : tú me inspira, y en amor divino
Arda por ti mi corazón, y anhele
Sólo adorarte, como los eternos
Espíritus te adoran :

Que nada estorba para serte grato,
Virgen hermosa, que en hispano verso
Rudo, sin arte, humilde te celebre
Si religion le dicta.

En él te invoca de esperanza llena
Mi madre España, que á tu culto santo,
Hasta el vencido antípoda remoto
Áras dedica y templos.

A LA MUERTE DE CÁRLOS III, Y ADVENIMIENTO DE CÁRLOS IV AL TRONO.

Robó con dura mano
La parca el alto honor del patrio suelo,
Y su espacio llenó de asombro y pena :
Y al golpe absorta, procurando en vano
Á su afliccion consuelo,
La madre España con la faz llorosa,
Pálida y triste, la region serena
Y el mar turbó con lúgubre gemido,
De el África arenosa
Ál cántabro feroz nunca vencido.

Parténope su llanto
 Acompañó con ecos funerales,
 Que oyó doliente la ciudad de Flora.
 Atras volvió sus ondas con espanto
 El Tajo, y los reales
 Alcázares huyó de la opulenta
 Corte de Luso, y turbulento ahora
 Ve por los anchos términos que baña
 Cuánto, ¡oh muerte violenta!
 Cuánto quitaste á la infeliz España.

Pero el Cielo concede
 Límite á su dolor, que nunca pudo
 Al linaje mortal durar eterno
 El lloro ni el placer. Así sucede
 Al Diciembre desnudo
 La estacion bella que el Abril repite
 Y el valle que cubrió rígido invierno
 De nieve y hielos, produciendo flores,
 Nuevo placer permite
 Á la madre de amor y á los amores.

Huyó con rauda vuelo
 De Cárlos el espíritu dichoso
 Adonde se ciñó mejor corona.
 Númen es tutelar que desde el Cielo
 Asiste poderoso
 Á la Nacion. Ni pudo con su vida
 Su favor acabar : no la abandona,
 Vive á la tierra, y de su imperio justo
 La gloria repetida
 Verá, reinando el heredero agosto.

Sí : que alumno constante
 Del arte de reinar, oyó á su lado
 Dictar al mundo las sagradas leyes
 Que adora y cumple, y vió por él triunfante
 La patria, y humillado
 El vicio y el error. Que así se alcanza
 Honor digno y sublime entre los reyes.
 No hay gloria sin virtud. El abandono,
 La impiedad, la venganza,
 Tal vez convierten en afrenta el trono.

Tal vez la incorruptible
 Posteridad con brazo prepotente

Los ídolos trastorna que adoraba
 Sacrilego el temor, y aborrecible
 Vuela de gente en gente
 La memoria de un Príncipe tirano.
 Irrita al Cielo, y su poder se acaba,
 No la abominacion de sus acciones,
 Que vive el inhumano
 Para ejemplo y horror de las naciones.

No así tú, que has sabido
 Imitar las virtudes gloriosas
 De un padre ilustre. ¡Oh Cárlos! ¡Cuánto espera
 De ti la patria! Oh! cuánto ha concedido
 Con manos generosas
 El Cielo á tu nacion! Ya se engrandece
 Por ti, tu nombre aplaude y le venera,
 Y alzando los pendones de Castilla,
 Hoy el cetro te ofrece
 De un mundo y otro, que á tu pié se humilla.

El cetro que heredaste
 Le mereces tambien. La paz festiva
 Entre las ciencias y las artes bellas,
 Que desde tu niñez remuneraste,
 Ciñe de verde oliva
 Tu diadema Real. Edad dichosa
 Darás al mundo, si prosperan ellas :
 Que la ignorancia torpe en vituperio
 Y ruina lastimosa
 Muda la pompa del mayor imperio.

No, no acerquéis la planta
 Al solio de mi Rey, abominados
 Monstruos que el vicio de las córtes cria;
 Calumnia atroz que la inocencia santa
 Pisas, y á los malvados,
 Indignos de vivir, de honores llenas;
 Fanatismo cruel, licencia impía
 Y tú, nacida para oprobio eterno
 Del orbe que envenenas,
 Pérfida adulacion, huye al Averno.

Huye, que la justicia,
 La prudencia, el valor apoyo ofrecen
 Y larga duracion al cetro hispano.
 Ya del nuevo esplendor fueron primicia

Acciones que merecen
 Alabanza inmortal; y... oh! nunca osada
 La discordia vertiendo de su mano
 Escándalos, horror, luto á la tierra,
 De víboras crinada,
 Las puertas rompa al templo de la guerra.

Que el estruendo espantoso
 De Mavorte, y las trágicas victorias
 En los excesos del furor violentos
 Gratos no son á un ánimo piadoso.
 A mas ilustres glorias
 Aspira, ¡ oh Cárlos! Mas si acaso intentan
 Violando los sagrados juramentos,
 Enemigas potencias ofenderte,
 Fulmina el rayo, y sientan
 Juntos amago y golpe ruina y muerte.

Que así verás temido
 Tu nombre excelso. La malicia humana
 Tal escarmiento á sus violencias pide.
 Y depuesto el rigor, y engrandecido
 De la corona hispana
 El honor y el poder, si al mundo hicieres
 Que el hijo de la guerra te apellide,
 Haz que despues benéfico te vea
 Cuando á tu reino dieres
 El áureo siglo de Saturno y Rea.

Oh! cuánto el Dios de Cinto
 Me inspira! ¡ Oh cuánto su furor me inflama!
 Ya de los años el girar futuro
 Á mi vista pasó. Miro distinto
 Del templo de la Fama
 El alto techo y arquitrabes de oro
 Que en cien columnas de diamante duro
 Cargan, y escucho el gran rumor, suspenso
 Que el cóncavo sonoro
 Vuelve, temblando el edificio inmenso.
 Allí tu nombre suena,
 Allí abultada en mármoles se ofrece
 La serie de los ínclitos varones,
 Cuya fama inmortal dos mundos llena.
 Sacro laurel guarnece
 Las lises de Borbon, las quinas santas,

El águila imperial y tus leones ;
 Y viendo allí entre todas eminente
 Tu imagen, á sus plantas
 Me postro humilde en pasmo reverente.

Y aquella te acompaña
 Alta deidad, que en su feliz ribera
 Vió nacer el Eridano sonante
 Á ser delicias de tu dulce España,
 Que en ella considera
 El don mayor que ha merecido al Cielo.
 Oh ! ¡ cómo la bondad en su semblante
 Muestra y el claro ingenio peregrino,
 Blason de nuestro suelo,
 Y esfuerzo acaso del poder divino !

Festiva la rodea
 Su prole hermosa, y suenan los acentos
 Del pequeñuelo Carlos y Fernando :
 Fernando, en cuya vida el Cielo emplea
 Repetidos portentos,
 Porque ha de ser en los futuros días
 De Hesperia honor, las prendas imitando
 De los suyos... ¡ Oh Dios omnipotente
 Que tantas alegrías
 Permites hoy á la española gente !

Oh ! señor, si á tu oído
 El ruego humano es grato, si piadoso
 Miras á la nacion que fiel te adora,
 Carlos viva feliz, y su extendido
 Imperio haga dichoso
 Émulo de tal padre y tal maestro !
 Viva de tanto bien merecedora
 La Augusta, y aplaudir su nombre vea
 Mientras el orbe nuestro,
 En torno gire de la luz febea.

Mas ya el rumor se extiende,
 Y el júbilo comun por todas partes
 El suspirado instante nos avisa :
 El son de Marte las esferas hiende :
 Á Carlos y Luisa
 Madrid aclama, tremolando al viento
 Por su nuevo Señor los estandartes,
 Y ya empuñando su clarin canoro

Con presto movimiento
 La Fama dilató las plumas de oro.
 Vos, ciñendo de flores
 La docta frente y de laurel divino,
 Pulsad la acorde cítara, poetas,
 Y divulgad al mundo sus loores.
 Pues si el hado previno
 Honor durable al metro numeroso,
 Que ¡ oh tiempo raudo! en tu furor respetas,
 Si el vuestro ensalza de mi Rey la gloria,
 Nunca mas venturoso
 Objeto tuvo el verso ni la historia.
 ¡ Oh si mi voz pudiera
 Al asunto bastar! ¡ Oh si mi canto
 Fuese tal como es grande mi deseo!
 Yo al son del plectro conmovier hiciera
 Los reinos del espanto,
 Y del ardor fatídico encendido
 Que ya en mi mente derramó Timbreo,
 Prosperidad al orbe anunciaria,
 Y el sármata aterido
 Y el nómida feroz me escucharía.
 Mas no, mi dulce musa,
 No te enajene el atrevido intento;
 Que no es dado á la ronca humilde lira,
 Entre el aplauso popular confusa,
 Alzar al firmamento
 Con digno estilo y elocuente pompa
 Los semidioses que la tierra admira.
 Otro los cante, y de la heroica Clio
 Suene á su voz la trompa,
 Que no es tan grande atrevimiento el mio.

Á LA MEMORIA DE DON NICOLÁS FERNÁNDEZ
 DE MORATIN.

Flumisbo, el celebrado (1)
 Cantor de Termodonte,

(1) *Flumisbo, el celebrado*. Don Nicolas Fernández de Moratin nació en Madrid en el año de 1737, y murió en el de 1780.

Por quien grato á las musas
Fué de Dorisa el nombre.

Ya las sombras habita
De los elisios bosques :
Llora, Vénus hermosa,
Llorad, dulces amores.

Suelta la crencha de oro
Que el viento descompone.
La rica vestidura
Desceñida sin orden,

Erato, que suave
Le colmó de favores,
Sobre la tumba fria
Hoy se reclina inmóvil.

Del seno de su madre
El niño de los dioses
Batió veloz las alas,
Fugitivo se esconde.

Deshecho el arco inútil,
La venda airado rompe :

Cultivó con acierto varios géneros de poesía. En sus romances hay pinturas felicísimas, que anuncian la fecunda imaginación del poeta, y el estudio que había hecho de nuestra historia y antiguas costumbres. El canto épico de *las Naves de Cortés* se considera como lo mas perfecto que tenemos en este género. En sus composiciones amorosas imitó con maestría al Petrarca; en la lírica sublime rivalizó con nuestros buenos poetas antiguos. La pureza de lenguaje y la armonía de la versificación son comunes á todas sus obras. Méno apto su talento para la imitación dramática, dió á luz una comedia y dos tragedias, que aunque muy superiores á todo lo que entónces se admiraba en nuestra escena, no llegan todavía á aquella difícil perfección que se exige en esta clase de composiciones. Durante su vida combatió con éxito feliz los extravíos del mal gusto, sostuvo los buenos principios, y facilitó con su ejemplo el camino á los que le siguieron despues. Las noticias críticas é históricas de su vida, publicadas pocos años hace al frente de sus *Obras póstumas*, darán á conocer cuán benemérito fué este poeta de la celebridad que adquirió en su tiempo, y aun conserva en el aprecio de los inteligentes.

Ardió la corva aljaba
Y duros pasadores.

Es fama que en la selva,
Por donde lento corre
El Arlas, coronado
De olivo, hiedra y flores,

Sonó lamento ronco
De mal formadas voces,
Que en ecos repitieron
Las grutas de los montes.

Ninfas, la queja es vana,
Si dió la parca el golpe :
Ni vuelve lo que usurpa
El avaro Aqueronte.

Alzad un monumento
Con mirtos de Dio ne,
Ornado de laureles,
Guirnaldas y festones,

Entrelazando en ellos
La trompa de Mavorte
Y la cítara dulce
Del teyo Anacreonte,

Las coronas de Clio,
De Amor venda y arpones,
Y las aves de Vénus
El obelisco adornen.

Que si al asunto digno
Mi verso corresponde,
Si da lugar el llanto
Á números acordes,

De la region que tiene
Por su cenit al Norte,
Á la que esterilizan
Rayos abrasadores,

Flumisbo en memoria
 Durará de los hombres,
 Sin que fugaz el tiempo
 Su duracion estorbe.

A DON GASPAR DE JOVELLÁNOS.

Id en las alas del raudo céfiro (1),
 Humildes versos, de las floridas
 Vegas que diáfano fecunda el Arlas,
 Adonde lento mi patrio rio
 Ve los alcázares de Mantua excelsa.
 Id, y al ilustre Jovino, tanto
 De vos amigo, caro á las musas,
 Para mí siempre númen benévolo,
 Id, rudos versos, y veneradle,
 Que nunca, ó rápidas las horas vuelen,
 Ó en larga ausencia viva remoto,
 Olvida méritos suyos Inarco.

(1) *Id en las alas del raudo céfiro.* Sin abandonar el uso de la rima, tan autorizado ya en todas las naciones de Europa, puede la nuestra variar sus composiciones poéticas, adoptando en parte la versificación de los griegos y latinos, en que no se necesita la consonancia. Es cierto que la prosodia de aquellos no es aplicable á las lenguas vivas; pero para juzgar el mérito de la aproximación (ya que la identidad es cosa imposible), basta un oído acostumbrado á conocer y á comparar las combinaciones de la armonía. No todas las clases de versos que fueron comunes á Grecia y Roma pudieran admitirse, puesto que en algunos ya no sabemos percibir el número, y nos parecen prosa: defecto que no está en ellos seguramente, sino en nosotros; pero eligiendo para la imitación aquellos en que no hay este inconveniente, se lograria dar á la versificación castellana mucha riqueza y variedad.

Jerónimo Bermúdez fué el primero que lo practicó en los coros de sus tragedias. Don Estéban de Villégas, en su traducción de Anacreonte, y en sus exámetros, sáficos y adónicos, repitió el mismo laudable atrevimiento, que debiera haber tenido mas imitadores. Aun quedan muchas cuerdas que añadir á la lira española.

No, que mil veces su nombre presta
 Voz á mi cítara, materia al verso,
 Y al númen tímido llama celeste.
 Yo le celebro, y al son armónico
 Toda enmudece la selva umbría,
 Por donde el Tajo plácidas ondas
 Vierte, del árbol sacro á Minerva
 La sien ceñida, flores y pámpanos.
 Tal vez sus ninfas, girando en torno,
 Sonora espuma cándida rompen,
 Del cuello apartan las hebras húmidas,
 Y el pecho alzando de formas bellas,
 Conmigo al ínclito varon aplauden,
 Dando á los aires coros alegres,
 Que el eco en grutas repite cóncavas.

Á LOS COLEGIALES DE SAN CLEMENTE DE BOLONIA.

¿ Por qué con falsa risa
 Me preguntáis, amigos,
 El número de lustros que cumplí ?
 ¿ Y en la duda indecisa,
 Citáis para testigos
 Los que huyeron aprisa
 Crespos cabellos que en mi frente vi ?

Pues no los años fueron
 Los que con mano dura
 Me los llevaron, ni doliente ardor ;
 Parte al afan cedieron
 Que el estudio procura,
 Parte despojos dieron
 Á tus victorias, ceguezuelo amor.

¿ Veis que en mi rostro imprima
 El tiempo sus pisadas,
 La lengua turbe, ó debilite el pié ?
 ¿ Veis que mi espalda oprima ?
 ¿ O de brillar cansadas,

La actividad reprima
De entrambas luces con que siempre hablé?

Pues si el ardiente brio,
Que la edad deteriora
on su fuga veloz existe en mí,
¿No es vano desvarío
Vuestra demanda ahora?
Si alegre canto y rio,
Soy jóven fuerte, como jóven fui.

Lo soy, y vigoroso
Siento que late y vive
Propenso á la virtud mi corazon;
Y en placer delicioso
Afectos mil recibe:
Movimiento dichoso
Del alma, si lo templa la razon.

Tal vez Febo me envía
Entusiasmo divino,
Que á la helada vejez repugna dar;
Y la nueva armonía
De idioma peregrino,
Las náyades que cria
El Reno humilde, salen á escuchar.

Seguidme, y al umbroso
Bosque, mansion de Flora,
Que el templo cerca del Amor, venid.
Dadme, dadme oloroso
Incienso y la sonora
Citara, y de frondoso
Mirto mis sienes cándidas ceñid.

Mancebos y doncellas
Cantan el himno sacro,
Y la pompa solemne comenzó.
¿Veis que llegaron ellas,
Y en torno al simulacro
Esparcen flores bellas,
Y el coro de los jóvenes siguió?

Yo con estos unido
 Presentaré mis dones,
 ndo postrados ante el ara estên.
 Del certero Cupido
 Sintieron los arpones...
 Ay! que en vano he querido
 Burlar sus tiros, y me hirió también.

Á NÍSIDA.

¿ Ves cuán acelerados,
 Nísida, corren á su fin los días?
 ¿ Y los tiempos pasados,
 Cuando jóven reías,
 Ves que no vuelven, y en amar porfias?

Huyó la delicada
 Tez, y el color purísimo de rosa,
 La voz y la preciada
 Melena de oro undosa :
 Todo la edad se lo llevó envidiosa.

¡ Ay, Nísida! ¿ y procuras
 Ver á tus piés un amador constante
 Y de otras hermosuras
 El divino semblante
 Censuras ó desprecias arrogante?

En vano es el adorno
 Artificioso, y la oriental riqueza
 Que repartida en torno
 Corona tu cabeza,
 Si falta juventud, gracia y belleza.

Ni digas indignada
 Que es indomable corazon el mio
 Do amor no hizo morada,
 Si á tus halagos frio,
 Del ruego que me cansa me desvío.

Que Cupidillo ciego,
 Hijo de Vénus, fiero me encadena :

Isaura, con el fuego
De su vista serena,
Todo me abrasa en agradable pena.

Ni permite que cante
Los lauros que Gradivo en sangre baña,
América triunfante
Con una y otra hazaña,
Y el muro de Magon abierto á España.

Amor las cuerdas de oro
Me dió y el plectro, porque cante en ellas
Á la que firme adoro
Dulcísimas querellas,
Su espíritu gentil, sus formas bellas.

¡ Qué amable, si el oído
Presta suspensa á mi pasion doliente !
¡ Ó el beso apetecido
Evita brevemente
El labio muy hermoso y elocuente !

Ay ! si benigna un día
(Tú lo puedes hacer, madre de amores)
Cede la ninfa mia
Los últimos favores,
Tus aras cubriré de mirto y flores.

Á ROSINDA HISTRIONISA.

Cupido no permite (1)
Que mi canto celebre

(1) *Cupido no permite.* Bajo el nombre de Rosinda, celebró el autor en esta oda á María del Rosario Fernández, á quien llamaron *la Tirana*. Empezó á representar en Sevilla su patria; pasó despues á la compañía de los Sitios, y de allí, en el año de 1781, á la que dirigia en Madrid Manuel Martínez. Fué primera dama en ella, y obtuvo los aplausos del público por las bellas prendas naturales que la adornaban, su constante aplica-

Los héroes, que la fama
Coronó de laureles.

Él me inspira dulzuras
Y amores inocentes,
Olvidando de Marte
Los horrores crueles.

Tú, hermosa, si á mi verso
Agradecida vuelves
Esos ojos, incendio
De los Dioses celestes,

Premio darás que baste
Á que mi voz se aliente,
Y á que sólo en tu aplauso
Mi cítara se temple.

No por tal hermosura,
En armados bajeles,
Llevó la Grecia á Troya
Desolacion y muertes.

¿ Qué mucho que á tu vista
Rendido se confiese
El corazón, que en vano
Su libertad defiende ?

Si cuando te presentas
En años florecientes

cion al estudio, y el celo infatigable con que procuraba sostener la celebridad y los intereses de su compañía. Sobresalió particularmente en las comedias antiguas, en las cuales, si no imitó la verdad de la naturaleza (que no siempre es fácil á un actor descubrirla en aquellas composiciones), supo á lo ménos sustituir en su lugar un estilo fantástico, expresivo, rápido y armonioso, con el cual obligó al auditorio á que muchas veces aplaudiese lo que no es posible entender. Su juventud, su gentil disposicion, la nobleza de sus actitudes, su animado semblante, el incendio de sus ojos andaluces, su buen gusto y magnificencia, trajes y adornos, la hicieron grata á la multitud, y precisaron á los inteligentes á mirar con indulgencia sus defectos. Murió, retirada ya del teatro, en el año de 1803, á los cuarenta y ocho de su edad.

Ante el callado vulgo,
Que de tu labio pende,

Con mágico embeleso
El ánimo mas fuerte,
Ó en tu placer se goza,
Ó en tu dolor padece.

Ya la vivaz Talía
Sus fábulas te preste,
Cuando el vicio censura
Con máscaras alegres :

¡ Qué honesta, si declaras
La pasión que te vence,
Ó imaginados celos
Tu risa desvanece !

¡ Qué airada, qué terrible,
Cuando en acentos breves
Al atrevido amante
Su desatino adviertes !

La multitud escucha,
Y absorta duda y teme ;
Que son, aunque fingidos,
Temidos tuz desdenes.

Mas en el drama triste
Que dictó Melpomene,
Todo es angustia y lloro,
Todo afanes crueles.

¿ Qué espíritu te agita ?
¿ Qué deidad te conmueve ?
¿ Quién con serenos ojos
Pudo escucharte y verte ?

Si alguno dudar quiso
Cuánta ilusion adquieren
En el ancho teatro
Ficciones aparentes,

Oiga tu voz, y mire
Las lágrimas que viertes,

Y á tus piés humillado
Te dirá lo que pueden.

Vosotros, que inspirados
De las hermanas nueve,
Dais á la sien corona
De hiedras y laureles,

Si dirigís el paso
Á la cumbre eminente,
Por la difícil senda
Perdida tantas veces;

Si el númen vuestro aplausos
Y eternidad pretende,
Los hechos admirables
De la patria celebre.

Trágico verso imite
Pasiones delincuentes,
Fortunas infelices
De naciones y reyes.

Que si la niña bella
Por quien el hondo Bétis
En Hispális soberbio
Baña su campo fértil,

Presta su voz, y anima
Los mudos caractéres,
Y lo que el arte inspira
En viva accion lo vuelve,

Veréis como por ella
El orbe os engrandece,
Y la fama poeta
Os aclama celestes.

Feliz la suerte mia,
Si merecer pudiese
Que en sus labios de rosa
Mis números resuenen.

Yo viera mis fatigas
Premiadas dignamente;

¿ Ni galardón mas alto
 Quién pudo merecerle ?

Pero el vendado niño
 Que tirano me vence,
 Me permite que sólo
 La adore reverente.

¡ Oh amor ! libra mi pecho
 Del afán que padece ;
 Ni contra mí tus viras
 Voladoras aprestes.

Basta que en ella admire
 Las dotes excelentes
 Con que á la patria escena
 Sublima y enriquece,

Sin que la suma larga
 De sus triunfos aumente,
 Sin que á sus ojos muera,
 Sin que muriendo pene.

Que si de sus hechizos
 Libertarme pudieras,
 Y el tiro que destinas
 Al flechero le vuelves,

Por mí sus alabanzas
 Serán cantadas siempre,
 En acentos suaves
 De cítara doliente.

Y cisnes mas sonoros
 Ensalcen y celebren
 Los héroes que la fama
 Coronó de laureles.

LOS DIAS.

¡ No es completa desgracia,
 Que por ser hoy mis días,
 He de verme sitiado
 De incómodas visitas !

Cierra la puerta, mozo,
Que sube la vecina,
Su cuñada y sus yernos
Por la escalera arriba.

Pero qué!... No la cierres :
Si es menester abrirla
Si ya vienen chillando
Doña Tecla y sus hijas.

El coche que ha parado
Segun lo que rechina,
Es el de don Venancio,
¡ Famoso petardista !

Oh ! ya está aquí don Lucas
Haciendo cortesías,
Y don Mauro el abate,
Opositor á mitras,

Don Genaro, don Zoilo,
Y doña Basilisa,
Con una lechigada
De niños y de niñas.

¡ Qué necios cumplimientos !
¡ Qué frases repetidas !
Al monte de Torzos
Me fuera por no oirlas.

Ya todos se preparan
(Y no bastan las sillas)
Á engullirme bizcochos,
Y dulces y bebidas.

Llénanse de mujeres
Comedor y cocina,
Y de los molinillos
No cesa la armonía.

Ellas haciendo dengues
Allí y aquí pellizcar ;
Todo lo gulusmean,
Y todo las fastidia.

Ellos, los hombronazos,
Piden á toda prisa
Del rancio de Canárias,
De Jerez y Montilla.

Una, dos, tres botellas,
Cinco, nueve se chiflan.
Pues, señor, ¿ hay paciencia
Para tal picardía?

¿ Es esto ser amigos ?
¿ Así el amor se explica,
Dejando mi despensa
Asolada y vacía ?

Y en tanto los chiquillos,
Canalla descreida,
Me aturden con sus golpes,
Llantos y chilladiza.

El uno acosa al gato
Debajo de las sillas ;
El otro se echa á cuestras
Un cangilon de almibar ;

Y al otro, que jugaba
Detras de las cortinas,
Un ojo y las narices
Le aplastó la varilla.

Ya mi baston les sirve
De caballito, y brincan ;
Mi peluca y mis guantes
Al pozo me los tiran.

Mis libros no parecen,
Que todos me los pillan,
Y al patio se los llevan
Para hacer torrecitas.

¡ Demonios ! Yo que paso
La solitaria vida,
En virginal ayuno
Abstinentemente ;

Yo, que del matrimonio
Renuncié las delicias,
Por no verme comido
De tales sabandijas,

¿He de sufrir ahora
Esta algazara y trisca?
Vamos, que mi paciencia
No ha de ser infinita.

Váyanse en horamala,
Salgan todos aprisa ;
Recojan abanicos,
Sombremos y basquiñas.

Gracias por el obsequio
Y la cordial visita,
Gracias ; pero no vuelvan
Jamás á repetirla.

Y pues ya merendaron,
Que es á lo que venian,
Si quieren baile, vayan
Al soto de la villa.

AL NUEVO PLANTÍO QUE MANDÓ HACER EN LA
ALAMEDA DE VALENCIA EL MARISCAL SUCHET,
AÑO DE 1812.

Ya la feliz ribera (1)

Del Edetano rio

Á gozar vuelve su beldad primera,

(1) *Ya la feliz ribera.* Amenazada Valencia por el ejército francés en el año de 1811, el gobierno de ella mandó destruir los edificios exteriores mas inmediatos á sus murallas. La orden se cumplió con funesta prontitud ; y en pocos dias se demolió el convento de la Zaidia, una parte del arrabal de Murviedro, el palacio del Real y los parapetos del rio ; se cortaron sus puentes, y se arrasó la hermosa alameda que coronaba sus ori-

Y los que devastó furor impío
 De Gradivo sangriento,
 Feraces campos gratos á Pomona,
 La amiga paz corona
 Con árboles umbrosos,
 Ya en su nueva pompa bulle el viento.

Oh ! prosperen dichosos !
 Una edad y otra acrecentar los vea
 Tronco robusto y ramas tembladoras ;
 Y cuando el rayo de la luz febea

En las estivas horas
 El aire enciende, asilo den suaves
 Y tálamo fecundo

Al coro lisonjero de las aves.
 Amor, el dulce amor, alma del mundo,
 Aquí tendrá su imperio y monarquía,
 Y los pensiles dejará de Gnido,

La mansion del Olimpo y sus centellas,
 Por gozar atrevido,
 En la que va á crecer floresta umbría,
 Los verdes ojos de sus ninfas bellas.

¿ Quién de sus flechas pudo
 El pecho defender ? Aquí el gemido

llas : todo á fin de facilitar la defensa de la ciudad, y la ciudad no se defendió. Pocos meses despues, el mariscal Suchet, de acuerdo con el benemérito corregidor y ayuntamiento, hizo restablecer el plantío de la alameda, y formar junto á él una copiosa almáciga ; la actividad de los celosos ciudadanos que intervinieron en ello aseguró el acierto de la ejecucion. Esto alaba el poeta (y no mas que esto), persuadido de que plantar una arboleda en España es accion que merece elogio ; y si como fué un frances el que estableció en Valencia un paseo magnífico, hubiera sido un negro bozal de Mandinga, igualmente lo celebrara.

Si en una especie de historia, impresa pocos años há, se aplaude que el populacho de Madrid arrancase los árboles que mandó plantar José Napoleon desde Palacio hasta la puerta de Castilla, el autor habrá tenido sus razones para adular aquel desahogo frenético de la plebe, hijo sólo de su ignorancia. Tales la variedad de los juicios humanos : el poeta celebra al general frances, porque hizo plantar unos árboles, y el historiador se hace panegirista de los manolos, porque los arrancaron. Alguno de los dos se ha equivocado groseramente.

Del amador escuchará la hermosa,
 El corazon herido,
 Y el labio honesto á la respuesta mudo.
 Aquí de su celosa
 Pasion las iras breves

(Que breves han de ser de amor las iras)

Tal vez exhalará con tiernas voces ;
 Y en tanto el son de las acordes liras,
 Llevado de los céfiros veloces,
 Al canto y danza animará festivo,
 Mientras alta Dictina rompe el velo
 Nocturno, en carro de luciente plata,
 Y con él arrebatá

El curso de las horas fugitivo.

Y tú que viste de tu fértil suelo

Alzarse inútil muro,

Abatir la segur antiguos troncos,

De tu corva ribera honor sagrado,

Alcázares arder y humildes techos,

Tronar los bronces de Mavorte roncós,

Envuelta en humo oscuro

Tu ciudad bella, y rotos y deshechos

Ejércitos, y en sangre amancillado

Tu raudal cristalino,

¡ Oh padre Turia ! si difunde el Cielo

Sobre tus campos su favor divino,

De guirnaldas ornándote la frente,

Corre soberbio al mar. En raudó vuelo

Dilatará la fama

El nombre, que veneras reverente,

Del que hoy añade á tu region decoro

Y de apolinea rama

Ciñe el baston y la balanza de oro,

Digno adalid del dueño de la tierra,

De el de Vivar trasunto,

Que en paz te guarda, amenazando guerra,

Y el rayo enciende que vibró en Sagunto.

Á LA MARQUESA DE VILAFRANCA,

Con motivo de la muerte de su hijo el conde de Niebla.

No siempre de las nubes abundante
Lluvia baña los prados,
Ni siempre altera el piélago sonante
Bóreas, ni mueve los robustos pinos
Sobre los móntes de Pirene helados.

Á los acerbos dias
Otros siguen de paz : la luz de Apolo
Cede á las sombras frias,
Al mal sucede el bien ; y en esto sólo
Los aciertos divinos
El hombre ve de aquella mano eterna,
Que en órden admirable,
Todo lo muda y todo lo gobierna.

Y tú, rendida á la afliccion y el llanto,
¿ Durar podrás en luto miserable,
Sensible madre, enamorada esposa ?
¿ Pudo en tu pecho tanto
La pérdida cruel, que á la preciosa
Víctima por la muerte arrebatada,
Otra añadir intentes ?
¿ Y no será que de tu ruego instada,
La prenda que llevó te restituya ?
No, que la esconde en el sepulcro frio.

Esa vida fugaz no toda es tuya :
Es de un esposo, que el afan que sientes
Sufre, y el caso impío
Que de su bien le priva y su esperanza ;
Es de tu prole hermosa,
Que mitigar intenta
Con officioso amor tu amargo lloro,
Si tanto premio su fatiga alcanza.

Sube doliente á las techumbres de oro
El gemido materno,
Y en la callada noche se acrecienta.
La indócil fantasía

Te muestra al hijo tierno,
 Como á tu lado le admiraste un dia,
 Sensible á la amistad y al heredado
 Honor ; modesto en su moral austera ;
 Al ruego de los míseros piadoso ;
 De obediencia filial, de amor fraterno,
 De virtud verdadera
 Ejemplo no comun. Negó al reposo
 Las fugitivas horas,
 Y al estudio las dió : sufrió constante
 Las iras de la suerte,
 Cuando no usada á tolerar cadena,
 La patria alzó sus cruces vencedoras.
 Oh! si en edad mas fuerte
 Se hubiese visto, y del arnes armado
 En la sangrienta arena ;
 Oh! como hubiera dado
 Castigo á la soberbia confianza
 Del invasor injusto,
 Á su nacion laureles,
 Gloria á su estirpe, y á su Rey venganza.
 Tanto anunciaba el ánimo robusto,
 Con que en el lecho de dolor postrado
 Le viste padecer ansias crueles ;
 Cuando inútil el arte
 Cedió y confuso, y le cubrió funesta
 Sombra de muerte en torno. El arco duro
 Armó la inexorable, al tiro presta,
 Y por el viento resonando parte
 La nunca incierta vira.
 Él, de valor, de alta esperanza lleno,
 Preciando en nada el mundo que abandona,
 Reclinado en el seno
 De la inefable religion, espira.
 Ya no es mortal : entre los suyos vive :
 Espléndida corona
 Le circunda la frente.
 El premio de sus méritos recibe
 Ante el solio del Padre omnipotente,
 De espíritus angélicos cercado,
 Que difunden fragancias y armonía

Por el inmenso Olimpo, luminoso.
 Debajo de sus piés parece oscuro
 El gran planeta que preside al día.
 Ve el giro dilatado
 Que dan los orbes por el éter puro,
 En rápidos ó tardos movimientos;
 Verá los siglos sucederse lentos;
 Y él, en quietud segura,
 Gozará venturoso
 Del sumo bien que para siempre dura.

EN NOMBRE DE UNAS NINAS

Á los días de la duquesa de Wervick y Alba.

Admite benigna,
 Duquesa excelente,
 Ofrenda que ausente
 Tus siervas te dan.
 Hoy alzan humildes
 Sus ojos al Cielo :
 Su amor y su celo
 No vanos serán.

La voz inocente
 Al Númen agrada,
 Que vuela inspirada
 De puro candor.
 Oh ! llegue á su oído
 La súplica nuestra :
 Prodigue su diestra
 En ti su favor.

Dilate tu vida
 En prósperos años ;
 Ni sienta los daños
 Del tiempo cruel,
 Cual árbol robusto
 Que dura creciendo,
 El aura moviendo
 Las flores en él.

Amante y esposo,
 Ocupe tu lado
 Aquel fortunado
 Mancebo gentil.
 Coronen su frente
 Laureles de gloria :
 Fatigue á la historia
 Mil años y mil.

Cercada te mires
 De prole fecunda :
 En ella se funda
 La dicha de amor.
 En ella hermanarse
 Verás fortaleza,
 Cordura, belleza,
 Virtud y valor.

Que al nombre heredado
 De ilustres abuelos
 Conceden los Cielos
 Honor inmortal.
 Conceden, que al mundo
 Viviendo famosos,
 Tus hijos dichosos
 Le adquieran igual.

Por ellos un dia
 Intrépida España
 Sabrá en la campaña
 Lidar y vencer.
 Y alzando ofendida,
 Cruzados pendones,
 De osadas naciones
 Domar el poder.

A LA MUERTE DE DON JOSÉ ANTONIO CONDE

docto anticuario, historiador y humanista.

¡ Te vas, mi dulce amigo (1),
 La luz huyendo al día !

(1) *Te vas, mi dulce amigo.* Es sensible que á la *Historia de la*

¡ Te vas, y no conmigo !
 ¡ Y de la tumba fria
 En el estrecho límite,
 Mudo tu cuerpo está !

Y á mí, que débil siento
 El peso de los años,
 Y al Cielo me lamento
 De ingratitude y engaños,
 Para llorarte ¡ mísero !
 Largo vivir me da.

Ó fuéramos unidos
 Al seno delicioso,
 Que en sus bosques floridos
 Guarda eterno reposo
 Á aquellas almas inclitas,
 Del mundo admiracion :

Ó á mí sólo llevara
 La muerte presurosa,
 Y tu virtud gozara
 Modesta, ruborosa,
 Y tan ilustres méritos
 Ufana tu nacion.

Al estudio ofreciste
 Los años fugitivos,

dominacion de los árabes en España, escrita por don José Antonio Conde, no acompañen algunas noticias relativas á la vida del autor. Bien pudiera haberlo hecho uno de sus mejores amigos, encargado despues de su muerte de concluir la edicion de dicha historia; pero tal vez se le debe agradecer su silencio. ¿ Cómo hubiera podido hablar de los últimos años de aquel literato virtuoso y modesto, sin llenarse de indignacion al considerarle fugitivo, expatriado, perdidos sus empleos, destituido por sus compañeros de la silla académica, y robado, y vuelto á robar por auto de juez, y á nombre de la patria? Bien hizo el editor de aquella obra en no escribir su vida. Si el mérito de Conde pudo envanecernos, su suerte nos avergüenza. Bueno es callar las aficciones que tuvo que sufrir; bueno es que se ignore que un sabio español, en el ilustrado siglo xix, debió á la sensibilidad de sus amigos los últimos auxilios de la medicina y los honores del sepulcro.

Y joven conociste
 Cuánto le son nocivos
 Al generoso espíritu
 El ocio y el placer.

Veloz en la carrera,
 Al templo te adelantas
 Donde Témis severa
 Dicta sus leyes santas,
 Y en ellas digno intérprete
 Llegaste á florecer.

Ciñeronte corona
 De lauros inmortales
 Las nueve de Helicon; ;
 Sus diáfanos cristales
 Te dieron, y benévolas
 Su lira de marfil.

Con ella, renovando
 La voz de Anacreonte,
 Eco amoroso y blando
 Sonó de Pindo el monte,
 Y te cedió Teócrito
 La caña pastoril.

Febo te dió la ciencia
 De idiomas diferentes.
 El ritmo y affluencia
 Que usaron elocuentes
 Arabia, Roma y Ática,
 Supiste declarar.

Y el cántico festivo,
 Que en bélica armonía
 El pueblo fugitivo
 Al Númen dirigía,
 Cuando al feroz ejército
 Hundió en su centro el mar.

La historia, alzando el velo
 Que lo pasado oculta,
 Entregó á tu desvelo
 Bronces que el arte abulta,
 Y códices y mármoles
 Amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido
Ciudades poderosas,
De cuantas dió al olvido
Acciones generosas
La edad que vuela rápida,
Memorias te dictó.

Desde que el Cielo airado
Llevó á Jerez su saña,
Y al suelo derribado
Cayó el poder de España,
Subiendo al trono gótico
La prole de Ismael ;

Hasta que rotas fueron
Las últimas cadenas,
Y tremoladas vieron
De Alhambra en las almenas
Los ya vencidos árabes
Las cruces de Isabel :

Á ti fué concedido
Eternizar la gloria
De los que ha distinguido
La paz ó la victoria,
En dilatadas épocas
Que el mundo vió pasar.

Y á ti de dos naciones
Ilustres enemigas,
Referir los blasones,
Hazañas y fatigas.
Y de candor histórico
Dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
De tu saber el fruto,
Y ofrecerle esperaba
En aplausos tributo,
La nueva de tu pérdida
Debe primero oír.

La parca inexorable
Te arrebató á la tumba.

En eco lamentable
 La bóveda retumba,
 Y allá en su centro lóbrego
 Sonó ronco gemir.

¡ Ay! perdona, ofendido
 Espíritu, perdona.
 Si en la region de olvido
 Ciñes áurea corona,
 Y tus virtudes sólidas
 Tienen ya galardón.

No de una madre ingrata
 El duro ceño acuerdes;
 Que nunca se dilata
 La existencia que pierdes,
 Sin que la turben pérfidas
 Envidia y ambición

TRADUCCIONES DE HORACIO

Á VÉNUS. (Lib. I, oda 30.)

Deja tu Chipre amada (1),
 Vénus, reina de Páfos y de Gnido,
 Que Glicera adornada
 Estancia ha prevenido,
 Y te invoca con humos que ha esparcido.

Trae al muchacho ardiente
 Y las gracias, la ropa desceñida,
 Y á Mercurio elocuente,
 Y de ninfas seguida
 La juventud, sin ti no apetecida.

(1) *Deja tu Chipre amada.* El autor estudiaba á Horacio traduciéndole. No hay medio mas seguro de conocer hasta dónde llega el mérito de aquel poeta, y la superioridad del idioma en que escribió, comparado con los modernos. En las traducciones que contiene esta coleccion se verá el deseo laudable de acertar, y la dificultad de conseguirlo.

A LEUCÓNOE. (I, 11.)

No pretendas saber (que es imposible)
 Cuál fin el Cielo á ti y á mí destina,
 Leucónoe, ni los números caldeos
 Consultes, no; que en dulce paz cualquiera
 Suerte podrás sufrir. Ó ya el tonante
 Muchos inviernos á tu vida otorgue,
 Ó ya postrero fuese el que hoy quebranta
 En los peñascos las tirrenas ondas,
 Tú, si prudente fueres, no rehuyas
 Los bríndis y el placer. Reduce á breve
 Término tu esperanza. La edad nuestra
 Mientras hablamos envidiosa corre.
 ¡ Ay! goza del presente, y nunca fies,
 Crédula, del futuro incierto dia.

A ICCIO. (I, 29.)

¿ Qué, al fin las riquezas
 De la Arabia envidias,
 Iccio, y á los Reyes,
 No vencidos ántes,
 De Sabá preparas
 Guerra luctuosa,
 Y al medo terrible
 Pesadas cadenas?
 ¿ Cuál servirte puede
 Bárbara cautiva,
 Que llore á tus manos
 Su esposo difunto?
 ¿ Cuál en regio alcázar
 Llenará tus copas,
 Ungido el cabello
 De aromas suaves,
 Mancebo ministro,
 Enseñado sólo
 Á tirar saetas
 Séricas, doblando
 El arco pater

¿Quién ya dudaría
 Poder los arroyos
 Subir á las cumbres,
 Y el rápido Tibre
 Volver á su fuente,
 Si tu de Panecio
 Las preciadas obra
 Y las que produjo
 Socrática escuela
 (No á costa de leve
 Afan adquiridas)
 Dar quieres en cambio
 De arneses iberos?
 ¡ Tú, que prometiste
 Virtudes mayores!

Á LICINO. (II, 10.)

Rumbo mejor, Licino,
 Seguirás no engolfándote en la altura,
 Ni aproximando el pino
 Á playa mal segura,
 Por evitar la tempestad oscura.

El que la medianía
 Preciosa amó, del techo quebrantado
 Y pobre se desvía,
 Como del envidiado
 Alcázar de oro y púrpuras labrado.

Muchas veces el viento
 Árboles altos rompe : levantadas
 Torres con mas violento
 Golpe caen arruinadas :
 Hiere el rayo las cumbres elevadas.

No en la dicha confía
 El varon fuerte ; en la afliccion espera
 Mas favorable dia :
 Jove la estacion fiera
 Del hielo vuelve en grata primavera.

Si mal sucede ahora,
 No siempre mal será. Tal vez no excusa
 Con cítara sonora
 Febo animar la musa;
 Tal vez el arco por los bosques usa.

En la desgracia sabe
 Mostrar al riesgo el corazón valiente;
 Y si el viento tu nave
 Sopla serenamente,
 La hinchada vela cogerás prudente.

QUE LA VIRTUD NADA TEME. (III, 3.)

El que inocente
 La vida pasa,
 No necesita
 Morisca lanza,
 Fusco, ni corvos
 Arcos; ni aljaba
 Llena de flechas
 Envenenadas,
 Ó á las regiones
 Que Hidaspe baña,
 Ó por las Sirtes
 Muy abrasadas,
 Ó por el yermo
 Cáucaso vaya.

Yo la sabina
 Selva cruzaba,
 Cantando amores
 Á mí adorada
 Lálage, libre
 De afan el alma,
 Por muy remoto
 Sitio, sin armas;
 Y un lobo fiero
 Me ve y se aparta.
 Monstruo igual suyo
 No tiene Dáunia

En montes llenos
 De encinas altas,
 Ni los desiertos
 De Mauritania,
 Donde leones
 Y tigres braman.
 Ponme en los yertos
 Campos, do el aura
 No goza estiva
 Ninguna planta,
 Lado del mundo,
 Region helada
 Que infestan vientos
 Y nubes pardas;
 Ó en la que al rayo
 Del sol cercana,
 De habitaciones
 Carece y aguas :
 Lálage siempre
 Será mi amada,
 Dulce si rie,
 Dulce si canta.

Á PÓSTUMO. (II, 14.)

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,
 Póstumo, caro Póstumo, los años!
 Ni la santa virtud el paso estorba
 De la vejez rugosa que se acerca,
 Ni de la dura, inevitable muerte.
 Y aunque á su templo des tres hecatombes
 En cada aurora, sacrificio y ruego
 Pluton desprecia, á tu lamento sordo
 Él al triforme Gerion y á Ticio
 Guarda, y los ciñe con estigias ondas,
 Que han de pasar cuantos la tierra habitan,
 Pobres y reyes. Y es en vano el crudo
 Trance evitar de Marte sanguinoso,
 Y las olas que en Ádria el viento rompe

Con sordo estruendo ; y vano, en el maligno
 Otoño el cuerpo defender del Austro
 Que al fin las torpes aguas del oscuro
 Cócito hemos de ver, y las infames
 Bélides, y de Sísifo infelice
 El tormento sin fin que le castiga.
 Tu habitacion, tus campos, tu amorosa
 Consorte dejarás. ¡ Ay! y de cuantos
 Árboles hoy cultivas, para breve
 Tiempo gozarlos, el cipres funesto
 Sólo te ha de seguir. Otro mas digno
 Sucesor brindará del que guardaste
 Con cien candados cécubo oloroso,
 Bañando el suelo de licor, que nunca
 Otro igual los pontífices gustaron
 En áureas tazas de opulenta cena.

Á AUGUSTO. (I, 12.)

¿ De cuál varon ó semidios el canto
 Previenes, alma Clio,
 En corva lira ó flauta resonante ?
 ¿ De cuál deidad ? ¿ á cuyo nombre santo
 Eco responda alegre, en el umbrío
 Helicon, ó el Pindo, ó en la altura
 Del Hemo helada, en que se vió vagante
 Selva seguir del tracio la dulzura,
 Que el curso detenía
 De los torrentes rápidos, usando
 Maternas artes, y al sonoro acento
 De sus cuerdas los árboles movia,
 Y el ímpetu veloz paró del viento ?
 ¿ Á quién primero ensalzaré cantando,
 Sino al gran padre, que la estirpe humana
 Y la celeste rige, el mar, la tierra,
 Y al variar continuo
 Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra ?
 Él es primero y solo, igual no tiene
 Su esencia soberana ;
 Si bien segunda en el honor divino,

Inmediato lugar Pálas obtiene.
 Ni á ti, Baco, en batallas animoso
 Callaré, ni á la Virgen cazadora,
 Ni á Febo luminoso,
 Diestro en herir con flecha voladora.

Tambien los triunfos cantaré de Alcides,
 Y á los hijos de Leda, celebrado.
 Jinete el uno, y en dudosas lides
 El otro vencedor; cuya luz clara,
 Luego que al navegante resplandece,
 Precipita del risco levantado
 La espuma resonante,
 El raudo viento pára,
 La negra tempestad desaparece,
 Y á su influjo, del mar en breve instante
 Calma el furor terrible.

Dudo si aplauda al fundador Quirino
 Despues de aquellos, del prudente Numa
 El gobierno apacible.
 Las haces justicieras de Tarquino,
 Ó de Caton la muerte generosa,
 Los Escauros, y Régulo constante,
 Ó si de Emilio cante,
 Pródigo de la vida,
 La palma por Aníbal obtenida.
 Curio, la cabellera mal compuesta,
 Fabricio, el gran Camilo, victorioso
 Adalid á quien dieron sus abuelos
 Hacienda escasa y parca, la molesta
 Pobreza toleró. Crece frondoso
 Con una y otra edad árbol robusto;
 Así la fama crece de Marcelo;
 Y vemos ya en el cielo
 Brillar de Julio la divina estrella,
 Cual suelè entre menores
 Lumbres Dictina aparecerse bella.
 Jove Saturnio, tú de los mortales
 Amparo y padre, á quien cedió el destino
 La proteccion de Augusto,
 Tú reina, y él á ti segundo sea.

Ó ya sobre los Partos desleales,
 Que amenazan el término latino,
 Adquiera triunfo justo ;
 Ó en las últimas playas del Oriente
 Indos y Seres humillados vea :
 Él, inferior á ti, dé soberano
 Leyes al mundo ; tú, de Olimpo ardiente
 En grave carro oprime las alturas,
 Y el rayo vengador tu fuerte mano
 Vibre, las selvas abrasando impuras.

PROFECÍA DE NEREO. (I, 15.)

Llevando por el mar el fementido
 Pastor á Helena en sus idálias naves,
 Nereo de los aires la violenta
 Furia contuvo apénas, y anunciando
 Hados terribles : « En mal hora, exclama,
 Llevas á tu ciudad á la que un día
 Ha de buscar con numerosas huestes
 Grecia, obstinada en deshacer tus bodas,
 Y de tus padres el antiguo imperio.
 ¡ Cuánto al caballo y caballero espera
 Sudor y afan ! ¡ Oh cuánto á la dardania
 Gente vas á causar estrago y luto !
 Ya, ya previene Pálas iracunda
 El almete y el égida sonante
 Y el carro volador ; y aunque soberbio
 Con el favor de Vénus la olorosa
 Melena trences, y en acorde lira,
 Grato á las damas, cantes amoroso
 Verso, nunca será que las agudas
 Flechas de Creta y las herradas lanzas,
 Funestas á tu amor, huyendo evites ;
 Ni el militar estrépito, ni al duro
 Ajax, ligero en el alcance. Tarde
 Será tal vez, pero ha de ser, que en polvo
 Tu cabello gentil todo se cubra.
 ¡ Ay ! ¿ No miras al hijo de Laértés
 Y Nestor el de Pilos, á los tuyos

Uno y otro fatal? ¿No ves que osados
 Ya te persiguen, Teucro en Salamina
 Príncipe, y el que vence las batallas
 Y diestro auriga á su placer gobierna
 Los caballos, lidiando, Esteneleo?
 Tiempo será que á Terion conozcas
 Y á Diomédes, mas fuerte que su padre.
 ¿Le ves, que ardiendo en cólera te busca,
 Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele
 Si al lobo advierte en la vecina cumbre,
 El pasto abandonar, así cobarde
 Y sin aliento evitarás su golpe :
 Y no, no fueron tales las promesas
 Que á tu señora hiciste. La indignada
 Gente que lleva Aquiles, el funesto
 Hado de Troya y sus matronas puede
 Un tiempo dilatar ; pero cumplidos
 Breves inviernos, las soberbias torres
 Arderá de Ilión llama argiva. »

CONTRA EL LUJO Y AVARICIA DE SU TIEMPO. (II, 18.)

No de mi casa en altos artesones
 Brilla el marfil ni el oro,
 Ni columnas, que corta en sus regiones
 Apartadas el moro,
 Sostienen traves áticas. Ni intruso
 Sucesor, el alcázar opulento
 De Pérgamo ocupé. Nunca labraron
 Púrpuras de Laconia para el uso
 De su señor mis siervas ;
 Pero vivo contento
 De que jamas faltaron
 En mí virtud y númen afluente.
 Soy pobre ; pero el rico á mí se inclina.
 Ni pido mas á la bondad divina,
 Ni para que mis fondos acreciente
 Importuno al amigo generoso :
 Harto soy venturoso
 Con mis campos sabinos.

Una y otra despues arrebatadas
 Huyen las horas, y de igual manera
 Las nuevas lunas á morir caminan.
 Tú, cercano á la muerte,
 De mármol edificas levantadas
 Fábricas, olvidado de la tumba;
 Y estrecho en la ribera
 De Báyas, donde el piélago retumba
 Buscas en él cimientó.
 ¡Qué mucho si los términos vecinos
 Alteras avariento,
 Usurpando á tus súbditos la tierra!
 Por ásperos caminos
 Tímidos huyen la mujer y esposo,
 Ambos al seno puestos
 Sus dioses y sus hijos mal compuestos.
 Pues no, no tiene el hombre poderoso
 Palacio mas seguro
 Que la mansion del Aqueronte avara:
 Ella le espera habitador futuro.
 ¿Para qué anhelas mas? ¿si al que mendiga,
 Hambriento y desvalido,
 Y al sucesor del trono, igual prepara
 La tierra sepultura;
 Ni el audaz Prometeo el aura pura
 Volvió á gozar, con dádivas vencido
 El que guarda las puertas del Averno?
 Él aprisiona á Tántalo, y la estirpe
 De Tántalo famosa:
 Él de quien sufre angustia dolorosa,
 (Invocado tal vez, ó aborrecido)
 El llanto acalla en el horror eterno.

SONETOS

Á LA CAPILLA DEL PILAR DE ZARAGOZA.

Estos que levantó de mármol duro
Sacros altares la ciudad famosa,
Á quien del Ebro la corriente undosa
Baña los campos y el soberbio muro,

Serán asombro en el girar futuro
De los siglos; basílica dichosa
Donde el Señor en majestad reposa,
Y el culto admite reverente y puro.

Don que la fe dictó, y erige eterno
Religiosa nacion á la divina
Madre, que adora en simulacro santo.

Por él, vencido el odio del Averno,
Gloria inmortal el Cielo la destina,
Que tan alta piedad merece tanto.

Á DON JUAN BAUTISTA CONTI.

Febo desde la tierna infancia mia (1)
Quiso que el plectro de marfil pulsara,

(1) *Febo desde la tierna infancia mia.* Don Juan Bautista Conti, literato italiano, vivió largas temporadas en Madrid durante los reinados de Carlos III y Carlos IV. Su carácter amabilísimo y su exquisito gusto en la poesía le facilitaron el trato y amistad de los sujetos mas instruidos de la corte, y entre ellos la de Moratin el padre. Muerto este, le debió su hijo un cariño constante, y con él los mas acertados consejos acerca del estudio de las buenas letras, y la eleccion é imitacion de los mejores modelos, de los cuales le enseñaba á percibir los aciertos y á notar los errores. Las traducciones que hizo Conti de nues-

Y en las alturas de Helicon gozara
Sus verdes bosques y su fuente fria.

Mas dudosa la mente desconfia,
Conti, aspirar al premio que prepara
Á solo el que mostró, con union rara,
Talento y arte en docta poesia.

Pero si tú, mi amigo generoso,
La cumbre me señalas eminente,
Y el paso incierto dirigir no excusas,

Imitando tu verso numeroso,
Veré de lauros coronar mi frente
Suspenso al canto el coro de las Musas.

tros mas acreditados poetas, y las notas con que las ilustró, manifiestan cuán útil pudo ser su trato á un jóven que empezaba entónces la carrera poética sin los auxilios que hubiera podido hallar en su padre, cuya celebridad aumentaba su temor y su desconfianza.

Entre las muchas poesías de Conti, que han quedado manuscritas, no será indiferente á los lectores españoles un elegio que hizo del conde de Floridablanca, reduciéndole al siguiente soneto :

Fra i cari suoi, vanta la gloria un figlio,
Che vivrai pria nel senato ibero
Sparse d'alta dottrina e di consiglio;
Poi dove han trono i sucesor di Piero.

Ei, fra lire di Marte, e nel periglio
Resse lo stato, e freno l'anglo altero :

Tolse la patria all'africano artiglio,
E dell'Egeo le vie schiusse al nochierno.

Per lui Pallade ha tempio : e la, di quante
Natura erbe creó chiostra verdeggia :

Per lui piano é il cammin su gli ardui scogli.

Yom, non di fregi e d'or ch'offre la reggia ;

Ma de suoi re, ma di sua patria amante...
Deh ! si gran dono, ó ciel, tardi vitogli.

Á FLÉRIDA POETISA.

Basta, Cupido, ya, que á la divina (1)

Ninfa del Turia reverente adoro :

Ni espero libertad, ni alivio imploro,

Y cedo alegre al astro que me inclina.

(1) *Basta, Cupido, ya, que á la divina.* El soneto se ha considerado siempre como la mas difícil de las composiciones cortas. Boileau siguió esta opinion, asegurando que apénas entre mil sonetos franceses se hallarian dos ó tres dignos de estimacion. Lo mismo puede decirse de los que se han escrito hasta ahora en Italia y España ; pocos hay que puedan contarse por excelentes, entre la multitud innumerable de ellos. Es evidente la dificultad del acierto ; pero no debe sacarse la consecuencia que algunos críticos modernos han querido establecer como principio, afirmando que la perfeccion de un soneto, cuando llega á lograrse, no vale el trabajo que cuesta ; y que por consiguiente es un género que sería bueno abandonar. Nada de esto es cierto. Los buenos sonetos, vencida la dificultad que se ofrece al hacerlos, premian sobradamente la fatiga de su autor, y si no han de cultivarse en la poesía otros géneros que los muy fáciles, poca estimacion merecerán los que se dediquen á ella. Los Argensólas, Góngora, Luis de Leon, Francisco de la Torre, Arguijo, Lope, Jáuregui, Herrera y otros escribieron algunos sonetos iguales en mérito á sus estimadas obras ; y si las dificultades que presenta su composicion les hubiesen retraido de hacerlos, aunque es verdad que no se hubieran escrito algunos millares de sonetos conocidamente malos, tambien lo es que no tendríamos una porcion de ellos que pueden competir con los mejores de Italia. No se extravíe á la juventud con falsos racionios ; no atajemos las sendas que dirigen á la inmortalidad ; y si carecemos del talento y gusto necesarios para sobresalir en tales ó tales géneros, no nos empeñemos en desacreditarlos, esterilizando la fantasía de los demas con la propagacion de doctrinas absurdas.

Es difícil hacer un buen soneto ; luego no se deben escribir sonetos. Tampoco es fácil componer un poema épico, una tragedia, una comedia, una oda ; luego no debe cultivarse ninguno de estos ramos de la poesía. Si lo que es difícil no ha de intentarse, ¿ que podrá escribirse ? Nada, sino alguna compilacion indigesta de preceptos impertinentes, aplicados á la teoría de las artes que no hayamos practicado jamas.

¿ Qué nuevas armas tu rigor destina
 Contra mi vida, si defensa ignoro?
 Sí, ya la admiro entre el castalio coro
 La cítara pulsar griega y latina.

Ya, coronada del laurel febeo,
 En altos versos llenos de dulzura,
 Oigo su voz, su número elegante.

Para tanto poder débil trofeo
 Adquieres tú, si sola su hermosura
 Bastó á rendir mi corazon amante.

LAS MUSAS.

Sábía Polimnia en razonar sonoro
 Verdades dicta, disipando errores:
 Mide Urania los cercos superiores
 De los planetas y el luciente coro:

Une en la historia al interes decoro
 Clio, y Euterpe canta los pastores:
 Mudanzas de la suerte y sus rigores
 Melpómene feroz, bañada en lloro:

Calliope victorias: danzas guia
 Tersícore gentil: Erato en rosas
 Cubre las flechas del amor y el arco:

Pinta vicios ridículos Talía
 En fábulas que anima deleitosas;
 Y esta le inspira al español Inarco.

JUNIO BRUTO.

Suena confuso y misero lamento
 Por la ciudad: corre la plebe al foro,
 Y entre las faces que le dan decoro
 Ve al gran senado en el sublime asiento.

Los cónsules allí. Ya el instrumente
De Marte llama la atención sonora :
Arde el incienso en los altares de oro,
Y leve el humo se difunde al viento.

Valerio alza la diestra : en ese instante
Al uno y otro jóven infelice
Hiere el lictor, y sus cabezas toma.

Mudo terror al vulgo circunstante
Ocupa. Bruto se levanta y dice :
« Gracias, Jove inmortal : ya es libre Roma. »

RODRIGO.

Cesa en la octava noche el ronco estruendo
De la sangrienta militar porfía :
El campo godo destrozado ardia
Con llama, que descubre estrago horrendo.

Rodrigo en tanto, su peligro viendo,
Por ignorada senda se desvía,
Y muerto Orelío, entre la sombra fría,
Herido y débil se acelera huyendo.

En vano el Lete con raudal undoso
El paso estorba al Príncipe, á quien ciega
De cadena ó suplicio el justo espanto.

Surca las aguas. Cede al poderoso
Impetu, espira el infeliz, y entrega
El cuerpo al fondo, á la corriente el manto.

CUENTAS DE ELIODORA, SALTATRIZ.

Siete duros al mes de peluquero :
Para calzarme nueve : las criadas,
Que necesito dos, no están pagadas,
Si no les doy cien reales en dinero.

Diez duros al bribon de mi casero :
Telas, plumas, caireles, arracadas,
Blondas, médias, hechuras y puntadas
De madama Bulet y del platero,

Noventa duros, poco mas. — Noventa,
Diez, siete, nueve, cinco... ¿Y la comida?
— Yo la quiero pagar, y somos cuatro.

— ¿Y esto en un mes? — Si á usted no le contenta...

— Sí, calla. Bien. ¡ Hermosa de mi vida!..

¡ Ay del que tiene amor en el teatro !

LA NOCHE DE MONTIEL.

¿ Adónde, adónde está, dice el Infante,
Ese feroz tirano de Castilla?
Pedro al verle desnuda la cuchilla,
Y se presenta á su rival delante,

Cierra con él, y en lucha vacilante
Le postra y pone al pecho la rodilla :
Beltran (aunque sus glorias amancilla)
Trueca á los hados el temido instante.

Herido el Rey por la fraterna mano,
Jóven espira con horrenda muerte,
Y el trono y los rencores abandona.

No aguarde premios en el mundo vano
La inocente virtud, si da la suerte
Por un delito atroz una corona.

Á CLORI HISTRIONISA, EN COCHE SIMON.

Esa que veis llegar máquina lenta,
De fatigados brutos arrastrada,
Que en vano, de rigor la diestra armada,
Vinoso auriga acelerar intenta,

No ménos va dichosa y opulenta,
Que la de cisnes cándidos tirada
Concha de Vénus, cuando en la morada
Celeste al padre ufana se presenta.

Clori es esta, mirad las poderosas
Luces, el seno de alabastro, el breve
Labio que aromas del Oriente espira.

Flores al viento esparcen las hermosas
Gracias, y el vírgen coro de las nueve,
Y en torno de ella Amor vuela y suspira.

Á CLORI, DECLAMANDO EN FÁBULA TRÁGICA.

¿ Qué acento de dolor el alma vino
Á herir? ¿ Qué funeral adorno es este?
¿ Qué hay en el orbe que á tus luces cueste
El llanto que las turba cristalino?

¿ Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino
Así ofender su espíritu celeste?...
¿ Ó es todo engaño? ¿ y quiere amor que preste
Á su labio y su accion poder divino?

Quiere, que exenta del pesar que inspira,
Silencio imponga al vulgo clamoroso,
Y dócil á su voz se angustie y lllore :

Que el tierno amante que la atiende y mira,
Entre el aplauso y el temor dudoso,
Tan alta perfeccion absorto adore.

PARA EL RETRATO DE FELIPE BLANCO,

primer gracioso del teatro de Barcelona.

¿ Me veis que serio estoy? Pues no os espante
La adusta gravedad de mi persona,
Que adentro tengo el alma juguetona :
Diverso de mi genio es mi semblante.

Prosa ó verso me dicten elegante
 Los que suben al cerro de Helicon,
 Mis gracias asegura su corona
 Cuando animo la sátira picante.

Los que quieren gemir y dar suspiros,
 Y sus lágrimas compran con dinero,
 Lloren, oyendo heroicidades tristes :

Mas si quereis vosotros divertiros,
 Venid á mí, que el amargo severo
 De la verdad os disimulo en chistes.

A LA MEMORIA DE DON JUAN MELÉNDEZ VALDES.

Ninfas, la lira es esta que algun dia
 Pulsó Batilo en la ribera umbrosa
 Del Tórmes, cuya voz armoniosa
 El curso de las ondas detenía.

Quede pendiente en esta selva fria
 Del lauro mismo que la cipria diosa
 Mil veces desnudó, cuando amorosa
 La docta frente á su cantor ceñía.

Intacta y muda entre la pompa verde
 (Sólo en sus fibras resonando el viento)
 El claro nombre de su dueño acuerde;

Ya que la patria, en el comun lamento,
 Feroz ignora la opinion que pierde,
 Negando á sus cenizas monumento.

LA DESPEDIDA.

Nací de honesta madre : dióme el Cielo
 Fácil ingenio en gracias afluyente :
 Dirigir supo el ánimo inocente
 Á la virtud el paternal desvelo.

Con sabio estudio, infatigable anhelo,
 Pude adquirir coronas á mi frente :

La corva escena resonó en frecuente
Aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.

Dócil, veraz, de muchos ofendido,
De ninguno ofensor, las Musas bellas
Mi pasión fueron, el honor mi guía.

Pero si así las leyes atropellas,
Si para ti los méritos han sido
Culpas; á Dios, ingrata patria mía.

A LA EXPOSICION DE LOS PRODUCTOS DE INDUSTRIA
Y ARTES,

hecha en el palacio del Louvre el año de 1819.

Hoy que cerrado el templo de Belona (1)
Abre el suyo benéfica Minerva,
Y á sublimes artífices reserva
De esplendor inmortal áurea corona;

Méritos mas ilustres ambiciona
Galia en el ocio de la paz que observa,

(1) *Hoy que cerrado el templo de Belona.* La exposicion de los productos de la industria francesa sorprendió en el año de 1819 á cuantos la vieron. No era de esperar que aquella nacion, habiendo sostenido por espacio de mas de cinco lustros una guerra sangrieta contra todas las demas de Europa, ya defendiéndose, ya usurpando, ya vencedora, ya vencida, hubiera podido seguir cultivando en sus talleres y sus fábricas las artes industriales, que se han considerado siempre como frutos exclusivos de la paz. Los extranjeros admiraron el progreso de todas ellas; desde los utensilios rurales, á las máquinas mas ingeniosas; desde el barro endurecido al fuego para usos domésticos, ó para la construccion de edificios, hasta las porcelanas y los cristales; curtidos, encajes, lienzo, paños, bordaduras, tapices, muebles, grabados, pinturas, estatuas, joyas, flores, plumas, productos químicos, ediciones, encuadernaciones, péndulos, globos, armas, instrumentos músicos; cuanto es necesario á la vida social, cuanto puede apetecer el gusto mas delicado del hombre opulento, otro tanto se vió reunido en el palacio del Louvre, nunca mas suntuoso que en aquella ocasion.

Que cuando para hacer á Europa sierva,
Al ímpetu de Marte se abandona.

Con tales artes opulenta, fuerte
Y docta, su poder verá temido
En este y el antártico hemisferio ;

Mientras su claro Príncipe convierte
Las leyes santas, pues su don han sido,
Á la estabilidad de tanto imperio.

A LA MUERTE DEL EXCELENTE ACTOR ISIDORO MÁIQUEZ.

Tú solo el arte adivinar supiste (1)
Que los afectos acalora y calma :

(1) *Tú solo el arte adivinar supiste*, Isidoro Máiquez, natural de Cartagena, tejedor de sedas, aficionándose al teatro desde su juventud, empezó á representar en las compañías cómicas de Valencia. Tal es el principio que han tenido casi siempre los actores de España. Hijos de padres humildes, aplicados tal vez á algun ejercicio mecánico, inclinados á ver comedias y representarlas, y resueltos por último á abandonar su oficio por un arte en que es tan difícil acercarse á la perfeccion ; sastres, carpinteros, impresores, zapateros, bordadores, peluqueros, monaguillos, soldados, cocheros, tejedores, confiteros, albañiles, esto han sido en sus primeros años los que con mas ó ménos habilidad han ocupado la escena española, desde Lope de Rueda hasta nuestros dias. Lo que ciertamente debe asombrar es, que entre tales cómicos, hayan sobresalido algunos, no inferiores en su clase á los mas celebrados de los teatros extranjeros. ¡ Qué fuerza de talento natural han necesitado para formarse, cuando les faltaban los auxilios de la educacion, de la instruccion, del trato culto de la sociedad ; en suma, cuando era necesario que cada uno buscasse y hallara los principios de un arte que nadie enseña entre nosotros ! Pero, como sea cierto que los primeros hábitos determinan para en adelante el carácter intelectual y moral de los hombres, toda la habilidad de nuestros mejores cómicos se ha reducido siempre á la imitacion de la ridiculez vulgar, y han sido muy pocos los que hayan sabido acercarse á la delicadeza, á la gracia decorosa, á la urbanidad y elegante expresion de la buena comedia. No llegando á esto, ¿ quién deberia exigir de ellos la

Tú la virtud robustecer del alma,
Que al oro, al hierro, á la opresion resiste.

Inimitable actor, que mereciste
Entre los tuyos la primera palma.
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,
La admiracion del mundo dividiste;

¿ Á quien dejaste sucesor muriendo ?
¿ De quién ha de esperar igual decoro
La escena, que te pierde, y abandonas ?

Así dijo Melpómene, y vertiendo
Lágrimas, en la tumba de Isidoro
Cetros depone y púrpura y coronas.

sublimidad que pide la tragedia en su declamacion robusta, heroica, patética y vehemente ?

Máiquez, despues de haber representado algunos años en Madrid sin aplauso (actor extremadamente frio, que entendia y no expresaba sus papeles, pasó á Francia en el año de 1799; vió en Páris el teatro francés, y no necesitó mas. Estudió á Talma con una atencion reflexiva, de que él solo era capaz. La accion, el gesto, la entonacion, las transiciones, los extremos de dolor, de alegría, de orgullo, de abatimiento, de rencor, de furia, cuantos afectos componen la imitacion trágica, otros tantos observó y retuvo; y como su defecto único era la frialdad, no halló en sí obstáculo ninguno que vencer, ni un solo resabio que destruir. Aun hizo mas. Conoció que no debía copiar, sino imitar los excelentes modelos que veia en el género trágico y cómico; y penetrada la razon del arte, variar, modificar su declamacion, y establecer la línea que debe separar la expresion francesa, de la que puede ser agradable á un auditorio compuesto de españoles.

Cuando volvió á Madrid se dijo, al ver sus primeras representaciones, que copiaba á Talma en las mismas piezas que él repetia, traducidas á nuestra lengua; pero cuando se le vió desempeñar otras, que se habían escrito despues que él vino de Francia, se echó de ver que no era un copiante servil, sino un profesor eminente. Tambien se dijo (¿ qué desaciertos no dice la envidia ?) que en la tragedia era muy buen actor; pero que sólo hacía tragedias, y que persuadido él mismo de su nulidad para los caracteres de nuestras comedias antiguas, siempre se abstendria de representarlas. Herido su orgullo (que era igual á su mérito), conoció la necesidad de sobresalir en todos los géneros, para confundir á la ignorancia, y lo consiguió, representando personajes y afectos de tan diferente naturaleza, que parecia impo-

COPIA DE UN CÉLEBRE CUADRO DE M. GUERIN,

que se conserva en París, en la galería del Luxemburgo.

Insta Dido otra vez, Ana presente,
Al huésped frigio que en silencio adora,
Á que la fuga de Sinon traidora,
Y el incendio de Pérgamo la cuenta.

Él otra vez de la enemiga gente
El falso voto y los ardides llora,
La cólera de Aquiles vengadora,
Héctor sin vida y Hécuba doliente.

Pinta el horror de aquella última y triste
Noche, y en la sidonia alta princesa,
Admiracion, temor, piedad excita.

sible aspirar en todos ellos á la perfeccion; y él supo hallarla. *Fenelon, García del Castañar, el Vano humillado, Otelo, Oréstez, el Pastelero de Madrigal, la Casa en venta, el mejor Alcalde del Rey, la Zaira, el Rico Hombre de Alcalá, el Distraido, Pelayo, el Convidado de piedra, Numancia destruida.* En suma, las tragedias extranjeras, las españolas, las piezas ligeras del teatro frances, las antiguas y modernas del nuestro, hallaron en él un actor que nunca ha tenido semejante.

Ensayaba á sus compañeros en los papeles que habian de hacer con él; pero nunca trató de darles una instruccion metódica del arte, ni les comunicó las máximas que él habia adoptado, como principios seguros para acertar en él. Su habilidad fué un secreto; ni tuvo rivales, ni quiso discípulos; con él empezó la gloria de nuestro teatro en la representacion, y con él acabó.

Su vida fué una continua alternativa de satisfacciones y disgustos. Empeñado y pobre muchas veces, otras opulento; desterrado por el gobierno de José Napoleon, y restituido despues por el mismo á la patria. Cuando esta logró sacudir el yugo extranjero, Máiquez, digno intérprete de las ideas de la libertad, excitó el entusiasmo general con la imitacion de afectos y acciones heroicas, recibiendo en la escena coronas y aplausos; hasta que por último, llegó á verse otra vez odioso á la córte, desterrado, falto de salud y medios, y en edad que no resiste como la juventud á los desaires de la fortuna. En vano la generosa amistad de sus compañeros procuró dilatar su vida, haciéndola ménos infeliz. Murió en Granada en el año de 1820.

Y en tanto Amor, que á su regazo asiste,
Del dedo ebúrneo que anhelante besa,
El anillo nupcial sagaz la quita.

A DON LUIS DE SILVA, MOZIÑO DE ALBUQUERQUE,

autor de las *Geórgicas portuguesas*.

Cantó el de Mantua con sonoro acento
La cultura del campo y los pastores,
Después empresas celebró mayores,
Y á Roma alzó durable monumento.

Tú así, que en el bucólico instrumento
Ensayaste del arte los primores,
Desdeñando las selvas y las flores,
Épica trompa harás sonar al viento.

Sí, que en los fuertes lusitanos dura
El mismo aliento que les dió victoria
En los opuestos límites del mundo.

Y si al valor y á la virtud procura,
Silva, tu verso inextinguible gloria,
De tu patria serás Maron segundo.

Á DOÑA LUISA GÓMEZ CARABANO,

premiada en Madrid con una corona de flores por sus adelantamientos en
la botánica.

Esa guirnalda que enlazó á tu frente,
Premio de docto afán, la linda Flora,
De aplauso no mortal merecedora
Te anuncia á la futura hispana gente.

Lauros le den al adalid valiente,
Que al golpe de su espada vengadora
Triunfa; y su esfuerzo y sus hazañas llora
La humanidad, si el lloro se consiente,

En tanto que á merced de la fortuna,
Cercados de amenazas y temores,
Los reyes ciñen sus coronas de oro.

No la que obtienes hoy cede á ninguna :
Préciala en mucho, y tus humildes flores
Al suelo patrio añadirán decoro.

À LA SEÑORA M. D., BAILARINA DEL TEATRO
DE BÜRDEOS,

haciendo la figura de Cupido en el baile intitulado *Amor en la aldea*.

No es el Amor esa deidad hermosa
Que veis, como los céfiros, alada,
Con puntas de oro y dócil arco armada,
Y ceñida la sien de mirto y rosa.

O en breve sueño su inquietud reposa,
O el aire hiende, la prisión burlada ;
Dulces afectos inspirar la agrada :
Triunfa, y castiga ó premia generosa.

Esa es la ninfa, por quien hoy ufano
Garona ilustra su feliz ribera,
De pámpanos ornándose el cabello.

No es aquel ciego flechador tirano,
Que el mundo turba y la celeste esfera,
No es el Amor ; que no es Amor tan bello.

ROMANCES

Á UN MINISTRO.

AYER salí de mi casa
Muy afeitado y muy puesto
Encaminado á la vuestra,
Como de costumbre tengo,
Para anunciaros felices
Pascuas, salud y contento,
Buen remate de Diciembre,
Y buen principio de Enero.
Pues, señor, hizo Patillas
Que me saliera al encuentro
Un hablador de los muchos
Que hay por desgracia en el pueblo,
De esos que lo saben todo,
Que de todo hacen misterio,
Que almuerzan chismes, y viven
De mentiras y embelecós ;
Infatigable escritor
De arbitrios y de proyectos,
Entremetido estadista
Y, Dios nos libre, coplero.
Él al verme comenzó
Á dar voces desde léjos,
Y á correr y á chichear,
Y en suma no hubo remedio,
Me abrazó, me refregó
Las manos, me dió mil besos,
Y entre los dos empezámos
Este diálogo molesto :
« Moratin, hombre, ¡ qué caro
Se vende usted !... ¿ Qué hay de nuevo ?
Vaya, mejor que el verano
Le trata á usted el invierno.

¿ Con que va bien?... — Lindamente.

— Sí, se conoce; me alegro.

Pero ¿ cómo tan temprano?

— Tengo que hacer. — Ya lo entiendo;

Vaya, el barrio es achacoso,

Usted, un poco travieso.....

Digo, será la andaluza

De ahí abajo. — No por cierto.

— ¿ Con que no?... — ¡ Qué bobería!

Ni la conozco ni quiero;

Ni estoy de humor, ni esta cara

Es cara de galanteos.

— Pues, amigo, linda moza,

Cáspita! Mucho salero

Alta, colorada, fresca,

Boca pequeña, ojos negros,

Petimetrona... La trajeo

De Cádiz don Hemeterio,

Y en un año le ha roído

Cinco barcos de abadejo.

¿ Y qué sucede? Que acaba

De plantarle. — Buen provecho:

Pero á mas ver, porque ahora

Voy de prisa y hace fresco.

— Hombre, para ir á Palacio

Es temprano. — Estoy en eso,

Pero no voy. — No? ¿ Pues qué,

Nunca va usted? — Yo me entiendo.

— Ah! ya caigo; con que siempre.....

Es muy justo... ya lo veo.

Bien, muy bien. El señor Conde

Le estima á usted. — Á lo ménos

Me tolera, disimula,

Como quien es, mis defectos,

Y suple con su bondad

Mi escaso merecimiento.

— Sí, yo sé de buena tinta

Que á usted le estima. Un sugeto

Que va allí mucho... ¿ Y qué tal?

¿ Con que ya no quiere versos?

¿ Es verdad, eh? — No es verdad,

No, señor: si no son buenos

No los quiere, y hace bien :
 Si son fáciles, ligeros,
 Alegres, claros, suaves,
 Y castizos madrileños,
 Le gustan mucho. Los míos
 Suelen tener algo de esto,
 Y por eso los prefiere
 Tal vez entre muchos ellos,
 Que serán casi divinos,
 Pero que le agradan ménos.
 — Ya, ya; pero usted debia
 Mudar de tono... — En efecto.
 Escribir disertaciones
 Sobre puntos de gobierno,
 Enseñar lo que no sé,
 Ni he de practicar, ni quiero ;
 Decirle lo que se ha dicho
 Á todos, darle consejos
 Que no me pide, y á fuerza
 De alambicados conceptos,
 En versos flojos y oscuros,
 Y en lenguaje verdinegro,
 Entre gótico y frances,
 Hacerle dormir despierto :
 No, señor, yo nunca paso
 Los límites del respeto,
 Y entre muchas faltas, s6l
 La de ser audaz no tengo.
 — Bien está; pero ¿ qué diantres
 Se le ha de decir de nuevo,
 Que le pueda contentar?
 ¿ Siempre borrando y temiendo ?
 ¿ Siempre una cosa?... — Una cosa
 Dicha por medios diversos
 Puede agradar, y tal vez
 Anuncia mayor ingenio.
 Siempre le diré que admiro
 Su bondad y su talento ;
 Que no estimo yo las bandas,
 Los bordados, los empleos ;
 Dones que da la fortuna,
 Brillan, pero todo es viento

Sus buenas prendas me inclinan,
 Las aplaudo y las venero,
 Y con ellas nada pueden
 La suerte ciega ni el tiempo.
 Y á Dios que es tarde. — Oiga usted.
 — Que voy de prisa. — Un momento.
 Mire usted... yo... la verdad...
 Tambien... ya se ve... Yo tengo
 Algo de vena; y en fin...
 — ¿ Tiene usted vena? Me alegro.
 ¿ De qué? — Digo que á la veces
 Á mis solas me divierto,
 Y escribo algunas coplillas
 Tales cuales. Yo no quiero
 Darlas á luz, porque... — Bien.
 ¡ Admirable pensamiento!
 — Aquí traigo unas endechas,
 Un romance, dos sonetos,
 Y quiero que usted me diga
 En amistad, sin rodeos,
 Qué tales son. Venga usted
 Á aquel portal. — Nos veremos.
 — Pero un instante. — Otro dia.
 — Y una cancion que he compuesto
 Filosófica. — Al diario.
 — Y una tragedia que pienso
 Acabar hoy. — Á los Caños.
 — Y un arbitrio. — Á los infiernos.
 Esto dicho, le dejé,
 Apresuro el paso y luego
 Y llegué tarde segun
 El informe del portero.
 Renegué del rapalon,
 De su prosa y de sus versos,
 Y de mi estrella, que siempre
 Me depara majaderos.
 ¡ Ay señor! entre las dichas
 Que para vos pido al Cielo,
 La de no conocer nunca
 Á este verdugo os deseo;
 Que si una vez os alcanza,
 Segun es osado y terco,

Por no verle la segunda
Os vais á habitar el yermo.

Á UNA DAMA QUE LE PIDIO VERSOS.

¿ Versos le pedís á un hombre
Tan cerrado de mollera ?
¿ Sabéis que malos los hago,
Y el trabajo que me cuestan ?
¿ Sabéis que para hacer uno
Suelo emporcar una resma,
Y en escribirle y borrarle
Gasto semanas enteras ?
Si fuera un vecino mio
Que hace coplas á docenas,
Y con ellas se extasia,
Se enloquece y se embelesa,
Y baja al portal y á cuantos
Pasan, por ruego ó por fuerza,
Sin respirar les recita
Dos cuadernillos de endechas,
Diez sonetos, veinte y cuatro
Redondillas, tres comedias.
Cien epigramas, y nueve
Planes de nueve poemas ;
Ese sí pudiera daros
Cuantos versos le pidierais,
Ya que la suerte enemiga
Le condenó á ser poeta.
Yo no lo soy, ni lo quiero
Ser, ni nadie lo sospecha,
Ni Dios permita que nunca
A tal tentacion consienta.
Eso no, que esto que llaman
Inspiracion, influencia,
Númen, furor los que envian
A Salanova cuartetos,
No es otra cosa que el diablo
Que los urga y que los ciega :
El los inspira, y así

Son tan diabólicas ellas.
 Y como hay uno encargado
 De los cuñados y suegras
 Alborotador de casas,
 Y amigo de peloterías;
 Otro diablo comilon
 Que corre de mesa en mesa;
 Otro vanidoso y tonto
 Con bordados y veneras;
 Y otro en fin, que es el que temo,
 Jugueton, mala cabeza,
 Que se esconde muchas veces
 Entre dos pestañas negras,
 Y hace con una mirada,
 Con una risa halagüeña,
 Con dos lágrimas traidoras,
 Que todo un hombre se pierda.
 Así tambien, ademas
 De estos diablos que nos cercan,
 Hay otro mas enfadoso,
 Mas insolente y perrera.
 Este es el que inspira tantos
 Versillos de cadeneta,
 Y el que regala al teatro
 Monstruos en vez de comedias.
 Este el que ahorra los postes
 Con cartelones de á tercia,
 Embadurna los diarios,
 Y hace cola en las gacetas.
 Este el que enseña á hacer libros
 En donde todo se enseña,
 Padre adoptivo de tantos,
 Sócrates á la violeta.
 Él apuntó á Valladares
 Sus misiones de cuaresma,
 Y al miserable Moncin
 Sus nefandas Roncalesas,
 Á don Bruno sus tramoyas,
 Á Luciano sus endechas,
 Y á nuestro Plauto moderno
 Sus farsas tripicalleras.
 Por él en ambos corrales

La ruda plebe merienda
 Del gótico don Fermin
 Las mal cocidas menestras.
 Por él Zavala, execrable
 Autor, fatiga las prensas
 Y el rechinante Trigueros
 Aborta sus epopeyas.
 Nifo, ¡ oh pestilente Nifo !
 Gran predicador de tiendas,
 Que desde el año de seis
 Disparatando voceas ;
 Sólo este diablo te pudo
 Turbar así la cabeza,
 Y por divertirse hacerte
 Escritor de callejuela.
 Él solo dicta sus coplas,
 Maldecidas de Minerva,
 Á don Álvaro Guerrero,
 Á don Lucas, á Cacea,
 Y á tanto varon famoso
 Con quien Guarinos espera
 Rebutir el suplemento
 De su infausta Biblioteca.
 Y tú que desde tu silla
 Presides á sus tareas,
 Y en pérfidas impresiones
 Su celebridad aumentas,
 Gran Salanova, que en todo
 Te metes, y en todo yerras,
 ¿ Qué cura te sacará
 El diablo que te atormenta ?
 Si nuestra piadosa madre
 Algun conjuro tuviera,
 Como para las langostas,
 Para los malos poetas,
 Yo te aseguro, infeliz
 Mitólogo de la legua,
 Que á chorros de agua bendita
 Y antifonas y coletas,
 Bien presto libertaria
 De la pícara caterva
 De dioses y semidioses,

Y espectros y ninfas necias
 Esa pobre criatura
 Que sin cesar aporrea
 El enemigo, y á eterno
 Disparatar la condena.
 Pero es en vano : los Cielos,
 Quizá ofendidos, ordenan
 En pago de nuestras culpas
 Tanto castigo á la tierra.
 Y como suele tal vez
 Ocupar una floresta
 Importuna multitud
 De cigarras vocingleras,
 Que aquí y allá chirriando
 El ronco estrépito alternan,
 Cantan que rabian, y nunca,
 Hasta reventarlo dejan,
 En tanto que al son tremendo
 Huyen con alas ligeras
 Las avecillas canoras.
 Dulce hechizo de la selva,
 Vuela de una rama en otra
 Asustada Filomena,
 Ni al aire su voz despide,
 Ni al caro nido se acerca :
 De esta suerte el numeroso
 Enjambre que nos apesta
 De copleros chabacanos,
 Ridícula turba y necia,
 Fastidiosamente aulla,
 Y al run run de sus cencerros
 Las Musas desaparecen,
 Febo y las Gracias con ellas.
 Todo es ignorancia, y todo
 Frivolidad é insolencia,
 Y el Parnaso castellano
 Yace morada desierta.
 Ni ¿ quién osara acallar
 La desapacible orquesta,
 Ni alternar en el solfeo
 Que Salanova gobierna?
 ¿ Y vos, señora, pedís

(Supongo que fué por fiesta)
Versos á quien de los suyos,
Si algunos hace, reniega?
Yo, que no soy embrollon,
Ni pongo mi ingenio en venta,
Ni predico en el café
Donde retumbaba Huerta ;
Yo, cuando en tal ignominia
Está de Apolo la ciencia,
¿ He de escribir, miétras Nifo
Escribe que se las pela ;
Miétras Concha, haciendo ajustes
Con Martínez y Ribera,
Ofrece dar el surtido
Necesario de comedias :
Y Moncin, para quitarle
El aplauso y las pesetas,
Hace rebajas, y el pobre
Don Bruno rabia y patea ?
Miétras el doctor Guarinos
Tanto mamarracho inciensa,
Y á Trigueros le despacha
El título de poeta ;
¿ Yo he de escribir ? No. Primero
Que tal precepto obedezca,
Guerrero y Casal me alaben,
Y á malos sonetos muera.
Tiempo vendrá, si en los hados
No existe cólera eterna,
Que el rayo puro del sol
Disipe oscuras tinieblas,
Y del olvido en que yacen
Resucitadas las letras,
De su perdido esplendor
La edad venturosa vuelva.
Yo entónces, si amor permite
Mi voz á mayor empresa,
Ó han muerto ya de su incendio
Las no apagadas centellas,
Tal vez de la corva lira
Pulsaré doradas cuerdas,
Entre los doctos alumnos

Que Apolo inspira y alienta;
 Y cuando mi patria logre
 La felicidad que espera,
 Su nuevo Augusto hallará
 Marones que le celebran.

AGUINALDO POÉTICO.

Ya, señor, el tiempo llega
 De presentes y regalos :
 Para el que ha de recibir,
 El mas alegre del daño ;
 Para el que da, tiempo triste,
 Mes azaroso é infausto,
 Tanto, que muchos quisieran
 Echarle del calendario.
 Yo, en este mes, como soy
 Tan cumplido y tan exacto,
 He dispuesto remitiros
 Las pascuas y el aguinaldo.
 Ello es verdad que parece
 Muy extravagante y raro
 Que el pobre regale al rico,
 Y al provincial el donado ;
 Pero al fin si yo nací
 De humor generoso y franco,
 ¿ Quién me ha de quitar que tenga
 El alma de un Alejandro?
 Y no hay remedio, os prometo
 Que me he de portar con garbo ;
 Que cuando dan los poetas,
 Dios nos tenga de su mano.
 Tal vez para su traer
 No suelen tener un cuarto,
 Pero para regalar
 El mundo les viene escaso.
 Y no esperéis que os envíe
 Rico café veneciano,
 Salchichones boloñeses,
 Ni vino de Chÿpre en frascos,

Miel de Calabria exquisita,
 De Génova dulces varios,
 Lenguas de Lodi excelentes,
 Bien que no las he probado,
 Enormes quesos de Parma,
 Que dicen que son muy caros,
 Macarrones, tallarines,
 Pasteles napolitanos ;
 No, señor, porque esto al fin
 En las tiendas io encontramos,
 Y si tuviese dinero,
 Fácil me fuera comprarlo.
 La gracia está en invocar
 Á Apolo mi primo hermano,
 Y hacerle venir de un brinco
 Desde el Olimpo á mi cuarto ;
 Y en vez de tanta morcilla,
 Y de tanta grasa y tantos
 Dulces, que sólo producen
 Indigestiones y hartazgos,
 Si queréis cosas gustosas
 Que no os pueden hacer daño,
 Y en su vida las han visto
 Los arrieros maragatos,
 Ahí está el fénix de Arabia,
 Que es un manjar delicado,
 Y los pavones soberbios
 Que tiran de Juno el carro
 Las palomitas de Vénus,
 Piscis, Capricornio y Tauro
 Que pace estrellas, segun
 Dice un autor castellano :
 Las sirenas las pondremos
 En escabeche con caldo,
 Que en quitándolas las colas
 Son estupendo regalo ;
 Los tritones, las arpías,
 Hipógrifos y centauros,
 Unos en jigote, y otros
 Fritos y otros empanados :
 Y en cuanto á vinos... El vino
 Primeramente es muy malo,

Da cólera y convulsiones,
 Y hace en la cabeza estragos :
 El agua es mejor, y el agua
 Que se baja despeñando
 De la fuente Cabalina
 Por las faldas del Parnaso,
 Vale mas que los licores
 De Marsella celebrados,
 Rescoldo liquido ardiente,
 Veneno sabroso y caro.
 Pero si á fin de comida
 Gustáis de beber un trago,
 Yo os daré el néctar que sirv
 A Jove el garzon troyano.
 Este presente, capaz
 De templar el ceño airado
 De un vista, de un relator,
 De un virey americano,
 Sólo para vos le tengo
 Prevenido y arreglado :
 Buen apetito, y picar
 De todo, y muérase el diablo.
 Si ha de ir por tierra, Pluton,
 Cibéles, Céres y Baco
 Me prestarán á porfia
 Cuando los quiera sus carros.
 Si ha de ir por el mar, Neptuno,
 Tétis, Anfítrite y Glauco
 De Génova á Barcelona
 Llegan en dos latigazos.
 Y si queréis que se lleve
 Por el aire, y evitamos
 Registro de los ingleses,
 Que en todo meten el gancho,
 Júpiter, Apolo y Vénus
 Os le llevarán volando ;
 Y á fe que en las aduanas
 No visitarán el cargo.
 Éste, en lugar de cubrirle
 De pañuelos valencianos,
 Ó de conclusiones llenas
 De ineptias y mamarrachos,

Le cubriremos de versos,
 Puesto que siendo el regalo
 Fruta del Pindo, ¿quién pone
 El envoltorio prosaico?
 Versos irán, que las Musas,
 Siendo para vos el canto,
 Con su inspiracion divina
 Agitan mi númen tardo.
 Y veis aquí como quedo
 Lucido y desempeñado,
 Y el mucho favor que os debo
 Á costa de Ovidio os pago

MAS VALE CALLAR.

¿Qué será que habiendo sido (1)
 La Musa que tanto honráis
 En obedeceros pronta
 Con sumisa voluntad,
 Hoy tan perezosa esté,
 Que no me quiere inspirar
 Los versos que me pedís,
 Si cuando pedís, mandáis!

(1) *¿Qué será que habiendo sido.* Hombres hay de tan adusto humor, que no sólo no se rien, sino que se enfadan de que se rian los demas. Si por ellos fuese, no existirian en la república de las letras, ni el asno de Sancho, ni la fruncida Zapaquilla. Suponen que toda composicion festiva y alegre es cosa de ménos valer; como si fuera fácil encubrir la instruccion con el deleite, pintar la deformidad del vicio entre chistes y donaires, y excitar sin torpeza la risa de los hombres de ilustrado talento, la de las matronas y honestas vírgenes. Tal es nuestro orgullo, que no sufrimos la censura, sino disimulada en formas halagüeñas: sólo así pierden su repugnante austeridad los preceptos filosóficos, y nunca se reciben mejor que cuando el poeta sabe hermoinearlos con las pinturas agradables, los conceptos agudos y las gracias de la ironía.

Los errores y defectos humanos excitaron la risa de Horacio y la cólera de Juvenal: uno y otro, proponiéndose un objeto mismo, acertaron á desempeñarle por camino diverso. Cada uno

¿Acaso pudo el deseo
 De complaceros faltar,
 O acabaron los calores
 Con su vena perenal?
 ¿Ó fatigada tal vez
 De traducir y firmar,
 Tiempo la falta y humor
 Para ser original?
 Y en tanto á mí se me acusa
 De indolente y holgazan,
 Ella se abanica y rie,
 Yo me apuro, y vos instáis.
 ¿Qué la cuesta en libres versos
 Maldecir y murmurar,
 Sátiras dictando alegres,
 Llenas de pimienta y sal?
 ¿Acaso la edad presente
 Tan corta materia da?
 ¿Tan leves son nuestros vicios?
 ¿Tan pocas locuras hay?
 Si la mandaran fingir,
 Y con astucia falaz
 Aplaudir los desaciertos,
 Los delitos adorar;
 Yo el primero disculpara
 Su silencio pertinaz :

de ellos siguió su natural inclinacion : sígala tambien el que aspire á sobresalir en cualquiera de las artes imitadoras. No se obstine en ser gracioso el que no debió á la naturaleza las cualidades que se necesitan para serlo ; pero el que las tenga no dude que en la poesía graciosa y ligera cultiva un género de muy difícil ejecucion.

Esta (considerándola en toda la extension que admite), exige un plan poético; una conveniente distribucion de sus partes, proporcion y oportunidad en sus ornatos y episodios, un objeto de utilidad, al cual vayan encaminados todos los medios, imitacion constante de lo verdadero y de lo bello, eleccion y sobriedad en las descripciones, variedad y graduacion en los caractéres, expresion en los afectos, solidez en el racionio, agudeza y decoro en las burlas, inteligencia en el uso del idioma, pureza en el estilo, facilidad y armonía en la versificacion. Cuando en una composicion burlesca lleguen á reunirse estos requisitos indispensables, el que la desprecie merece lástima.

Que es mejor cuando el asunto
 Obliga á mentir, callar.
 Pero si queréis que sólo
 Dicte sátira mordaz,
 ¿ No es decirla claramente
 Musa, dinos la verdad?
 Pues ¿ por qué de la ocasion
 No se debe aprovechar,
 Y dar una felpa á tanto
 Literato charlatan,
 Tantos eruditos hueros,
 Cuyo talento venal
 Nos da en menudo las ciencias,
 Que no supieron jamas ;
 Tanto insípido hablador,
 Tanto traductor audaz,
 Novelistas indecentes,
 Políticos de desvan,
 Disertadores eternos
 De virtud y de moral,
 Que por no tenerla en casa
 La venden á los demas?
 ¿ Y porqué tantos copleros,
 Que en su discorde cantar
 Ranas parecen, que habitan
 Cenagoso charquetal,
 Ha de tolerar mi Musa
 Que metrifiquen en paz,
 Y se metan á escribir
 Por no querer estudiar?
 ¿ Ella no fué la que un dia
 Dió leccion tan magistral
 (Haciendo el ancho teatro
 Púlpito de la verdad),
 Que á todo autorcillo astroso
 Llenó de terrible afan,
 Creyendo cercano el punto
 De su exterminio final?
 ¡ Oh estúpidos ! escribid,
 Imprimid, representad ;
 Que el siglo de la ignorancia
 Largos años durará.

Y miéntas al rudo vulgo
 Embobéis y corrompáis
 Con farsas, que Apolo al verlas
 Padece gota coral,
 Ni faltará quien os dé
 Para vestir y mascar,
 Ni habrá un cristiano que os diga :
 Vencejos, no chilléis mas.
 Seguid, y lluevan abates,
 Moros, pillos de arrabal,
 Arrieros, trongas y diablos
 Con su rabillo detras.
 Y si el público se hastia
 De ver tanta necedad,
 Váyase á dormir tres horas
 A los Caños del Peral.
 Pero, señor, si la Musa
 Se llega á determinar,
 Se anima y os obedece,
 Y tras todos ellos da,
 Y en justa sátira y docta
 Los tonos quiere imitar
 Del siempre festivo Horacio
 O el cáustico Juvenal ;
 ¿ No será de tanto monstruo
 Las cóleras provocar,
 Y exponer á mil estragos
 Su decoro virginal ?
 ¿ No veis que yace el Parnaso
 En triste cautividad,
 Y en él bárbaras catervas
 Atrincheradas están ?
 No, señor : pues siempre ha sido
 Para vos fina y leal
 Mi pobre Musa, y os debe
 Lo que no os puede pagar,
 No la mandéis que de tanto
 Necio se burle jamas,
 Ni les riña en castellano,
 Porque no la entenderán.
 Sátiras no, que producen
 Odio y encono mortal ;

Y entre los tontos, padece
Martirio la ingenuidad.

Á GERONCIO.

Cosas pretenden de mí (1)
Bien opuestas en verdad
Mi médico, mis amigos,
Y los que me quieren mal.
Dice el doctor : « Señor mio,
Si usted ha de pelechar,
Conviene mudar de vida,
Que la que lleva es fatal.
Débiles los nervios, débil
Estómago y vientre está :
¿ Pues qué piensa que resulte
De tanta debilidad ?
Si come, no hay digestion ;
Si ayuna, crece su mal ;
Á la obstruccion sigue el flato,
Y al tiriton el sudar.
Vida nueva, que si en esta

(1) *Cosas pretenden de mí.* En esta obra no hizo el poeta otra cosa que trasladar los diálogos que diariamente se repetían acerca de su persona y sus escritos. Su médico y amigo, don Rafael Costa, le aconsejaba lo que mas convenia al estado de su salud, poco robusta. Algunos de los muchos amigos y apasionados que tenia, deseaban que cada mes compusiera una comedia. Llenábanle de elogios exagerados (que la amistad es á veces tan ciega como el amor), y á vueltas de esto, abundaban en la máxima de que convendría sujetarle á una contribucion poética, lisonjeándose de que, precisado á escribir para medrar, enriquecería la escena española con mas acierto que los Zaválas, Montañas y Valladáres, cuya fecundidad infeliz abominaban todos los hombres de sana razon. Entre tanto sus enemigos (que no eran pocos) decian las mismas ó mayores necedades que el autor les hace decir en este romance. Todo su mérito consiste en la fidelidad de la copia : nada hay de invencion. Hasta el personaje de Geroncio es traslado puntual de uno de los pedantes de aquel tiempo, á quienes incomodaba como ofensa propia la celebridad de Moratin.

Dura dos meses no mas,
Las tres facultades juntas
No le han de saber curar.
No traduzca, no interprete,
No escriba versos jamas.
Miedos y musas le tienen
Hecho un trasgo de hospital;
Y esos papeles y libros,
Que tan mal humor le dan,
Tírelos al pozo, y vayan
Plauto y Moreto detras.
Salga de Madrid, no esté
Metido en su mechinal.
Ni espere á que le derrita
El ardor canicular.
La distraccion, la alegría
Rústica le curarán :
Mucho burro, muchos baños,
Y mucho no trabajar. •
En tanto que esta sentencia
Fulmina la facultad,
Mis amigos me las mullen
En junta particular.
Dicen : « ¡ Oh, si Moratin
No fuese tan haragan,
Si de su modorra eterna
Quisiera resucitar !
Él ha sabido adquirir
La estimacion general ;
Aplauso y envidia excita
Cuanto llega á publicar :
Le murmuran, pero nadie
Camina por donde él va :
Nadie acierta con aquella
Dificil facilidad ;
Y si él quisiera escribir
Tres cuadernillos no mas,
¿ La caterva de pedantes
Adónde fuera á parar ?
¿ Qué se hiciera tanto insulso
Compilador ganapan,
Que de frances en gabacho

Traducen el pliego á real ?
 ¿ Tanto hablador que á su arbitrio
 Méritos rebaja y da,
 Tiranizando las tiendas
 De Pérez y Mayoral ?
 No, señor, quien ha tenido
 La culpa de este desman,
 Si escuchara un buen consejo,
 Lo pudiera remediar.
 Tomasen la providencia
 De meterle en un zaguan,
 Con su candil, su tintero,
 Pluma y papel, y cerrar :
 Y allí, con racion escasa
 De queso, agua fresca y pan,
 Escribiese cada dia
 Lo que fuera regular.
 ¿ Emporcaste un pliego ? Lindo ;
 Almuerza y vuelve al telar :
 Come, si llenaste cuatro :
 Cena, si acabaste ya.
 ¿ Quieres tocino ? Veamos
 Si está corregido el plan.
 ¿ Quieres pesetas ? Pues daca
 El *Drama sentimental*.
 Por cada escena, dos duros
 Y un panecillo te dan,
 Por cada *Pequeña pieza*
 Un *Vale dinero*, y mas.
 Y de este modo, en un año
 Pudiéramos aumentar
 De los cómicos hambrientos
 El exprimido caudal. »
 Esto dicen mis amigos
 (Reniego de su amistad) :
 Mi suegro, si le tuviera,
 No dijera cosa igual.
 Esto dicen, y en un corro
 Siete varas mas allá,
 Don Mauricio, don Senen,
 Don Cristóbal, don Beltran,
 Y otros quince literatos

Que infestan la capital,
 Presumidos, ya se entiende,
 Doctos á no poder mas,
 Dicen : « Moratin cayó,
 Bien le pueden olear :
 No chista ni se rebulle,
 Ya nos ha dejado en paz
 Su *Baron* no vale nada ;
 No hay enredo allí, ni sal,
 Ni caractéres, ni versos,
 Ni lenguaje, ni..... — Es verdad,
 Dice don Tiburcio : ayer
 Me aseguró don Cleofas,
 En casa de la condesa
 Viuda de Madagascar,
 Que es traduccion muy mal hecha
 De un drama antiguo aleman.....
 — Sí, traduccion, traduccion,
 Chillan todos á la par,
 Traduccion..... ¿ Pues él por dónde
 Ha de saber inventar ?
 No, señor, es traduccion.
 Si él no tiene habilidad,
 Si él no sabe, si él no ha sido
 De nuestro corro jamas,
 Si nunca nos ha traído
 Sus piezas á examinar ;
 ¿ Qué ha de saber ? — ¡ Pobre diablo !
 Exclama don Bonifaz :
 Si yo quisiera decir
 Lo que..... pero bueno está.
 — Oiga ! ¿ pues qué ha sido ? Vaya,
 Díganos usté. — No tal,
 No. Yo le estimo, no quiero
 Que por mí le falte el pan.
 Yo soy muy sensible ; soy
 Filósofo, y tengo ya
 Escritos catorce tomos
 Que tratan de humanidad,
 Beneficencia, suaves
 Vínculos de afecto y paz ;
 Todo almíbares, y todo

Deliquios de amor social :
 Pero es cierto que..... Si ustedes
 Me prometieran callar,
 Yo les contara. — Si, diga
 Usted, nadie lo sabrá :
 Diga usted. — Pues bien : el caso
 Es que ese cisne inmortal,
 Ese dramático insigne
 Ni es autor, ni lo será.
 No sabe escribir, no sabe
 Siquiera deletrear :
 Imprime lo que no es suyo,
 Todo es hurtado, y..... ¿ Qué mas ?
 Sus comedias celebradas,
 Que tanta guerra nos dan,
 Son obra de un religioso
 De aquí de la Soledad.
 Dióselas para leerlas
 (Nunca el fraile hiciera tal),
 No se las quiso volver,
 Murióse el fraile, y andar.....
 Digo, ¿ me explico ? — En efecto,
 Grita la turba mordaz,
 Son del fraile. Ratería,
 Hurto, robo, claro está. »
 Geroncio, mira si puede
 Haber confusion igual :
 Ni sé qué hacer, ni confío
 En lo que hiciere acertar.
 Si he de seguir los consejos
 Que mi curador me da.
 Si he de vivir, no conviene
 Que pida á mis nervios mas.
 Confundir á tanto necio
 Vocinglero pertinaz,
 Que en la cartilla del gusto
 No pasó del *crístus*, a ;
 Componer obras, que piden
 Estudio, tranquilidad,
 Robustez, y el corazon
 Libre de todo pesar,
 No es empresa para mí :

Tú, Geroncio, tú me da
Consejo. ¿Cómo supiste
Imponer, aturrullar,
Y adquirir fama de docto
Sin hacer nada jamas?
Tú, maldito de las Musas,
Que lleno de gravedad,
De todo lo que no entiendes
Te pones á disertar;
¿Cómo sin abrir un libro,
Por esas calles te vas
Haciéndote el corifeo
De los grajos del lugar,
Y con ellos tragas, brindas
Y engordas como un bajá,
Y duermes tranquilo, y nadie
Sospecha tu necedad?
Dime si podré adquirir
Ese don particular;
Dame una leccion siquiera
De impostor y charlatan :
Y verás como al instante
Hago con todos la paz,
Y olvido lo que aprendí,
Para lucir y medrar.

EPIGRAMAS

Y COMPOSICIONES DIVERSAS

EPIGRAMAS

PARA UNA ESTATUA DE LA FARMACIA.

Á la ciencia de Hipócrates unida,
Dilata los instantes de la vida.

PARA EL SEPULCRO DE ALMANZOR

No existe ya, pero dejó en el orbe (1)
Tanta memoria de sus altos hechos,

1) *No existe ya, pero dejó en el orbe.* El célebre Muhamet, Ben Abi Amer, llamado Almanzor, floreció en los últimos años del siglo x. Cultivó su talento con buenos estudios de filosofía y literatura, se instruyó en el difícil arte de gobernar á los hombres, y le practicó haciéndose amar y obedecer; pero en aquella edad era poco seguro el mando, si no acompañaban á las prendas políticas el valor, la astucia, la actividad, la constancia, la robustez que pide el ejercicio de la guerra; y todas estas cualidades se reunieron en aquel hombre extraordinario. Nombrado alhagib, dignidad que le hacía segundo jefe del imperio, juró (y lo cumplió) perpétuo aborrecimiento á los cristianos, como Ansbal lo hizo en daño de Roma. Su existencia fué una continua calamidad para sus enemigos, á quienes venció en mas de cincuenta batallas. Barcelona, Atienza, Osma, Simánkas, Astorga, Leon, Santiago y otras ciudades y fortalezas, sitiadas, saqueadas y arruinadas por él, le abrieron el paso á toda la tierra adonde quiso llevar sus pendones. Todos los años volvía á Córdoba lleno de despojos, y precedido de millares de cautivos; y mientras se prevenia para nuevas empresas, fomentaba todos los ramos de la felicidad pública, administraba justicia, favorecia la industria, la agricultura y las artes; asistia á las academias, oia los discursos de aquellos sabios, se complacia con los versos de sus poetas, y los premiaba generosamente. Sola una vez le fué contraria la for-

Que podrás admirado conocerle,
 Cual si le vieras hoy presente y vivo.
 Tal fué, que nunca en sucesion eterna
 Darán los siglos adalid segundo,
 Que así, venciendo en lides, el temido
 Imperio de Ismael acrezca y guarde.

PARA LA CORTINA DE UN TEATRO.

Vicios corrige la vivaz Talía
 Con risa y canto y máscara engañosa,
 Y el nacional adorno que se viste.
 Melpómene, la faz majestuosa
 Bañada en lloro, al corazon envía
 Piedad, terror cuando declama triste.

PARA EL SEPULCRO DE DON FRANCISCO GREGORIO DE SÁLAS.

En esta veneranda tumba, humilde (1),
 Yace Salicio : el ánima celeste,

tuna, y no supo aquella alma terrible sobrevivir á su desgracia. La batalla de Calatañazor fué tan sangrienta, y quedó su ejército tan disminuido de soldados y tan escaso de capitanes, que sólo trató de aprovechar la oscuridad de la noche para retirarse en buena ordenanza. No quiso entrar en Córdoba con la nota de vencido ; negóse á la curacion de sus heridas ; y llevado por los suyos en andas, su despecho le quitó la vida cerca de Medinaceli, á los sesenta y cinco años de edad ; su hijo Abdelmelich le dió sepultura, cubriendo el cadáver con el polvo de sus batallas.

No acuerda la historia de muchos siglos otro alguno que pueda comparársele ; la gloria de nuestro Cid, que floreció pocos años despues, se oscurece al nombre de Almanzor.

(1) *En esta veneranda tumba, humilde.* Don Francisco Gregorio de Sálas, capellan de las Recogidas de Madrid, vivió mucho años en la corte, estimado de cuantos le conocieron, por la amenidad de su ingenio, su facilidad en improvisar, su afable trato y conversacion, su probidad y sus costumbres inocentes. Copió en sus obras á la naturaleza ; pero no la imitó, no supo hermosearla. Entre muchos epigramas que compuso se hallan algunos muy graciosos : el *Observatorio rústico*, la pintura de *La valle de San Anton*, y alguna otra de sus obritas burlescas, merecen leerse. Su persona valia mas que sus escritos.

El príncipe de la Paz quiso varias veces favorecerle, y darle

Roto el nudo mortal, descansa y goza
 Eterno galardón. Vivió en la tierra
 Pastor sencillo, de ambición remoto,
 Á el trato fácil y á la honesta risa,
 Y del pudor y la inocencia amigo.
 Ni envidia conoció ni orgullo insano.
 Su corazón, como su lengua, puro
 Amaba la virtud, amó las selvas.
 Dióle su plectro, y de olorosas flores
 Guirnalda le ciñó, la que preside
 Al canto pastoril, divina Euterpe.

PARA UN RETRATO DEL AUTOR REMITIÉNDOSELE A
 UNA SEÑORA VALENCIANA.

Á la Ninfa del Turia ilustre y bella
 Mi imagen doy, y el corazón con ella.

alguna de las mejores prebendas de España. Sálas se lo agradecía, y le suplicaba que no le sacase de su cuartito de la calle de Hortaleza, ni le apartase de la compañía de sus monjas. Tenía un hermano exento de guardias, y una tarde, subiendo Carlos IV por la calle de Alcalá, el hermano de Sálas, que iba al estribo del rey, le dijo: *Señor, aquel clérigo que se quita el sombrero es mi hermano Paco.* Mandó el rey parar el coche, y que llamasen al capellán, el cual se acercó sin admiración, sin timidez, ni orgullo. Le habló el rey cariñosamente, diciéndole lo mucho que le agradaban sus versos, y el gusto que tenía de leerse los á la reina; le encargó que no dejase de enviarle por medio de su hermano cualquiera cosa que en adelante escribiese. Sálas, agradeciendo el favor de S. M. prometió cumplir el encargo: despidiéronse, y el concurso que rodeaba al buen sacerdote ya le suponía maestresala de Sevilla, arcediano de Alcira ó abad de Santa Leocadia; pero ignoraban todos hasta dónde llegaba su moderación filosófica. Las máximas de honesta pobreza, con que otros versificadores de su tiempo (devorados de envidia y ambición) rebatían fastidiosamente sus opúsculos éticos, él las practicaba sin hipocresía, sin afectación ni soberbia. Los niños corrían á buscarle, cuando le veían de lejos; le rodeaban y acariciaban como á un amigo de toda su confianza; y en efecto, la merecía. Honor á la sencilla virtud, que de esto hay poco.

Á UN NIÑO LLORANDO EN LOS BRAZOS DE SU MADRE.

Traducción del inglés.

Tú que gimes doliente,
 Bañando en lloro de tu madre el seno,
 Mientras que todo en torno es alegrías;
 Oh! vive á la virtud, niño inocente :
 Porque al venir la noche eterna, lleno
 Lo dejes todo de dolor vehemente,
 Y tú contento rias.

Á UN ESCRITOR DESVENTURADO, CUYO LIBRO NADIE QUISO COMPRAR.

En un cartelon lei,
 Que tu obrilla baladí
 La vende Navamorcuende...
 No ha de decir que la vende,
 Sino que la tiene allí.

IRREVOCABLE DESTINO DE UN AUTOR SILBADO.

« Cayó á silbidos mi *Filomena*.
 — Solemne tunda llevaste ayer.
 — Cuando se imprima, verán que es buena.
 — ¿Y qué cristiano la ha de leer ? »

Á LESBIA MODISTA.

Lesbia, tú que á las bonitas
 Añadir adornos puedes,
 Como á todas las escedes,
 De ninguno necesitas.

A LA MISMA DE OTRO MODO.

En la gala y compostura
 Que á nuestras jóvenes das,
 Lesbia, tu invencion se apura
 Si les dieras tu hermosura,
 Nunca te pidieran mas.

Á LA MISMA DE OTRO MODO.

Cuando á nuestras damas bellas
Adorna tu docto afan,
Vénus y el Amor te dan
Mas que te debieron ellas.

A UN COMERCIANTE QUE PUSO EN SU CASA UNA ES- TATUA DE MERCURIO

Si al decorar tus salones,
Fanio, á Mercurio prefieres,
Tienes á fe mil razones;
Que es dios de los mercaderes,
Y tambien de los ladrones.

Á GERONCIO.

Pobre Geroncio, á mi ver
Tu locura es singular:
¿Quién te mete á censurar
Lo que no sabes leer?

Á PEDANCIO, AUTOR DE UNA OBRA EN QUE LE AYU- DABAN VARIOS AMIGOS.

Pedancio, á los botarates.
Que te ayudan en tus obras,
No los mimes ni los trates:
Tú te bastas y te sobras
Para escribir disparates.

AL MISMO.

Tu crítica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera:
Mas pesadumbre tuviera
Si te gustaran á ti.

A UN MAL BICHO.

¿Veis esa repugnante criatura,
Chato, pelon, sin dientes, estevado,

Gangoso y sucio y tuerto y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

Á UNA SEÑORITA FRANCESA

La bella que prendó con gracioso reir
Mi tierno corazon, alterando su paz,
Enemiga de amor, inconstante, fugaz,
Me inspira una pasion que no quiere sentir.

COMPOSICIONES DIVERSAS

LOS PADRES DEL LIMBO.

Coro.

¡ Oh! cuánto padece de afanes cercada (1),
Merced al engaño de fiero enemigo,

(1) *¡ Oh! cuánto padece de afanes cercada.* Hay críticos que desaprueban sin distincion toda obra poética de asunto sagrado, suponiendo que nuestra religion no presta materia al canto, y que su austeridad no consiente las flores de Helicon. El que no trate de reducir á formas poéticas las cuestiones de la teología, no dejará de hallar, si sabe buscarlos como otros lo han hecho, argumentos sagrados, no indignos de la lira, de la epopeya ó del coturno trágico. Los hebreos nos ofrecen abundante materia para la poesia. La creacion, el paraíso, el diluvio, los amores de Jacob, la interesante historia de Josef, la fuga de los hijos de Israel, retirándose el mar para facilitarla y hundiendo en sus abismos al ejército de Faraon; Josué, dilatando el dia para dar término á su victoria. David, aplacando al son de las cuerdas al feroz Saúl; Jezabel despedazada, la soberbia Atalía, la humilde Ester, el paciente Job. Los que no hallen modelos poéticos en tales historias, no los busquen mejores en todas las fábulas del paganismo.

No son abundantes los que ofrece la ley de gracia, cuyos misterios, donde son meramente dogmáticos, nada prestan á la composicion; pero en los que son históricos no sucede lo mismo. La Anunciacion, el Nacimiento de Jesucristo, la Descension al Limbo, la Ascension, el Juicio final, bien pueden excitar la imaginacion del poeta. Bien pueden mover su sensibilidad los incidentes de

En largo castigo la prole de Adan!
 Oh! vuelva á nosotros la luz deseada,
 Y de sus promesas el Cielo cumplidas
 Que ya repetidas en sombras están.

voz 1.^a

¿Cuándo, Señor, la esclavitud y el llanto
 Cesará de Israel? Llegando el dia

mayor interes, que elevan á un alto grado de heroísmo la constancia maravillosa de muchos mártires. El infierno, y el serafin rebelde, que amenaza en su desesperacion la ruina del hombre; los tormentos que allí padecen los que menosprecian en el mundo las leyes eternas de la justicia y la virtud, presentan objetos terribles, que han sido ya digna materia para el Dante, para el Tasso y Milton. El cielo, morada de los justos, descanso de tanto afan, premio del inocente, del oprimido, del humilde; la presencia del inefable Númen; los ángeles, ministros suyos, que le adoran y le bendicen, muchas imágenes ofrecen al estro poético. Una mujer, la mas perfecta de las criaturas, la mas inmediata al trono de Dios, medianera entre él y la naturaleza humana; madre amorosa, amparo y esperanza nuestra, ¿qué objeto se hallará mas digno de la lira y el canto? La Grecia, demasiado sensual en sus ficciones halagüeñas, no supo inventar deidad tan poderosa, tan bella, tan pura, tan merecedora de la reverencia y el amor de los hombres.

Cierto es que, prescindiendo de algunas pocas composiciones sagradas, obra de nuestros mayores poetas, son las demas tan defectuosas, tan pueriles, tan chabacanas y ridículas, que no parece sino que sus autores se propusieron escarnecer lo mas respetable de nuestra creencia. Pero no fué su intencion el origen de tanto yerro; fué su ignorancia: no eligieron bien su argumento, no acertaron á desempeñarle. Ó él no se prestaba á las formas poéticas, ó ellos eran poetas ineptísimos, de cuyo talento nada podia esperarse que no fuese absurdo.

Lo peor es, que esta clase de obras, no sólo ha entretenido la ociosidad del vulgo en las plazas y callejuelas, sino que auxiliado de la música, ha resonado en nuestros templos, introduciendo en ellos una culpable profanacion. Véanse las colecciones de motes y vilancicos cantados de muchos años á esta parte en las principales iglesias de España, y diga el que lo alcance, cómo ha podido sufrir el clero (tan rígido censor de las libertades del teatro) lo que se ha cantado y se canta delante de los altares interrumpiendo con episodios tan indecentes y groseros la religiosa pompa de sus misterios y sacrificios.

En que aparezca el vencedor, el santo,
 El que rompa la bárbara cadena
 Que en servidumbre impía
 Lleva tu pueblo. El hombre inobediente
 Perdió de Eden la habitacion serena :

Espada refulgente

Vibró en sus puertas Serafin airado,
 Y á la inocencia sucedió el pecado.

Mas no de tus piedades

Pudo la culpa humana

El raudal extinguir, que es infinito,
 Y tú, Señor, el númen poderoso

Que goza en perdonar. Tu soberana

Diestra sepulta móntes y ciudades

En abismo profundo

De universal diluvio proceloso,

Que de los hombres castigó el delito ;

Pero diste á la tierra Adan segundo.

Grato admitiste su obediente celo

Y sus ofrendas puras,

Y el iris de la paz brilló en el Cielo.

Si en el Egipto ardiente

Padece servidumbre

La estirpe de Jacob, tú la aseguras

En la fuga que intenta portentosa,

Tú disipas la fiera muchedumbre

Que la persigüé en vano.

Abre su centro el mar, y en espumosa

Tumba sepulta al pertinaz tirano,

Sus carros y caballos precipita :

Das á tu pueblo, sin lidiar, victoria

Y al estruendo del tímpano sonante

Himnos te canta de alabanza y gloria

VOZ 2.ª

Mucho, Señor, hiciste ;

Y prometiste mas. Debe la tierra

Ver un caudillo en venturoso dia,

Que los furores de discordia y guerra

Calme, y en alegría

De amor y dulce paz domine eterno.

Las puertas del Averno

Cederán á su voz omnipotente ;
 Quebrantarán las bóvedas oscuras,
 Huyendo el monstruo que se esconde en ellas,
 Abrasada la frente
 Con rayo vengador. El poderoso,
 El grande, el hijo de David, las puras
 Auras rompiendo, llevará sus huellas
 Adonde el astro de la luz preside,
 Y mas allá del sol, acompañado
 De la turba de justos numerosa,
 Que los caminos de virtud siguieron,
 Y del primer pecado
 Sufren la pena en cárcel pavorosa.

CORO.

Huyan los años en rápido vuelo,
 Goce la tierra durable consuelo,
 Mire á los hombres piadoso el Señor.

voz 3.^a

Ven, prometido
 Jefe temido.
 Ven, y triunfante
 Lleva delante
 Paz y victoria :
 Llene tu gloria
 De dicha el mundo.
 Llegas, segundo
 Legislador.

CORO.

Huyan los años con rápido vuelo,
 Goce la tierra durable consuelo,
 Mire á los hombres piadoso el Señor.

LA ANUNCIACION.

voz 1.^a

¿Qué nuncio divino
 Desciende veloz,
 Moviendo las plumas
 Dé vario color?

voz 2.^a

El bello semblante
En risa bañó,
Que inspira alegría,
Disipa temor.

voz 1.^a

El rubio cabello
Al hombro esparció :
Diadema le ciñe
De extremo valor.

voz 2.^a

Ropajes sutiles
Adorno le son,
Y en ellos duplica
Sus luces el sol.

voz 1.^a

¡Feliz habitante
De la alta region !

voz 2.^a

¡Alado ministro
Del sumo Hacedor!

voz 1.^a

En hora bendita
La tierra te vió.

voz 2.^a

Su dicha pendiente
Está de tu voz.

voz 1.^a y 2.^a

Que tú solo anuncias
Favores de Dios.

voz 3.^a

Lleva á la santa Nazaret su vuelo
El Ángel del Señor, y resplandece
La estancia de María :
De fragrantés aromas se enriquece

El aire en torno, y suena melodía
 Igual á la del Cielo.
 La honesta Virgen, ruborosa y muda,
 Se postra absorta al paraninfo hermoso ;
 Ve tanto bien, y merecerle duda.
 Él, con acento grave y amoroso,
 « No temas, no, la dice,
 De las hijas de Adan la mas felice.
 Llena de gracia estás : está contigo
 El Dios que adoras inefable, eterno ;
 Y el fruto santo que de ti se espera
 Se ha de llamar Jesus. » Dijo, y la esfera
 Que en luces arde y arreboles de oro
 Vuelve á romper con ímpetu sonoro,
 Y se estremece el enemigo infierno.

VOZ 4.ª

¡ Oh instante dichoso
 De amor y consuelo,
 Que la tierra al cielo
 Para siempre unió !
 ¡ Y al Dios poderoso,
 Que truena indignado,
 Piadoso, humanado,
 Sumiso le vió !

CORO.

Virgen, madre, casta esposa,
 Sola tú la venturosa,
 La escogida sola fuiste,
 Que en tu seno recibiste
 El tesoro celestial.
 Sola tú con tierna planta
 Oprimiste la garganta
 De la sierpe aborrecida,
 Que en la humana frágil vida
 Esparció dolor mortal.



CÁNTICO Á NOMBRE DE UNAS NIÑAS ESPAÑOLAS DE FAMILIA REFUGIADA EN FRANCIA.

Con motivo de una peligrosa enfermedad de la marquesa de Ariza.

CORO.

Suban al cerco de Olimpo luciente,
Eco doliente, lamentos y voces :
Lleguen veloces al trono de Dios.

VOZ 1.ª

Oye, Señor, el ruego fervoroso
Que humildes dirigimos,
En afliccion y llanto.
Con alma pura y manos inocentes
Ante tus aras á implorar venimos
Favor, piedad, ¡ oh Númen poderoso !
Si súplica mortal merece tanto.
Por ti los orbes giran refulgentes,
Por ti naturaleza
Existe, y á tu voz la muerte dura
Contiene su fiereza.
¡ Ay! no perezca la estimable vida
De la que fué nuestro comun consuelo
En la no merecida,
Constante desventura,
Que á nuestros padres á morir condena
En peregrino suelo,
Y á nosotras con ellos, desdichadas.
Ella fué nuestro amparo : ella serena,
Benigna, generosa,
Lágrimas tantas veces derramadas :
En su favor nuestra niñez reposa.
Si la virtud nos guía,
Si las tinieblas del error desvía
Y aclara nuestra mente
La lumbre del saber, dádiva es suya.....
Viva ¡ oh gran Dios! Tu diestra omnipotente
Al mundo, á nuestro amor la restituya.

CORO.

Si la que fiel se ajusta
Á tu lev soberana,

En leve sombra y vana
 Se debe disipar;
 Antes la parca adusta
 Que la amenaza fiera,
 De crímenes pudiera
 La tierra libertar.

ALOCUCION CON QUE ANUNCIÓ SU BÉNEFICIO FRANCISCO CHINER.

Primer galan de la Compañía cómica de Barcelona, en el año de 1814.

Público ilustre, que benigno siempre
 Sabes suplir la insuficiencia mia,
 Perdonas el error por el deseo,
 Y al mas cobarde generoso animas;

Si el don que te presento no es bastante
 Á igualar los afectos que le dictan,
 Sé que mereces mas; pero no alcanzo
 La perfeccion á que mi zelo aspira.

Tiempo será que en esta escena admire
 Á quien mas docto y mas feliz te sirva:
 Que la suerte reparte desiguales
 Las gracias, los talentos y la dicha.

Á mí me dió humildad: con esta sólo
 Esperar debo tu atencion benigna.
 Damas hermosas, de vosotras fio
 Que mi esperanza se verá cumplida.

Hechiceras de amor, en cuyos ojos
 La libertad del corazon peligra,
 Pues el don celestial de hacer felices
 Es vuestra principal prerogativa.

¿Qué harán los hombres si aplaudís piadosas?
 Las leyes que dictáis, ellos confirman,
 Y el orbe entero en voluntarios nudos
 Adora vuestra dulce tiranía

EL COCHE EN VENTA.

Quiero contarte
 Ou don Miguel,

Aquel pesado
 Que viste ayer,
 Me está moliendo
 Mas há de un mes,
 Sin ser posible
 Zafarme de él,
 Para que compre
 Mal haya, amen)
 Sus dos candongas
 Y su cupé.

Esta mañana
 Salí á las diez
 A ver á Clori
 (No lo acerté) :
 Horas menguadas
 Debe de haber.
 Íbame aprisa
 Hacia la Red,
 Y en una esquina
 Me le encontré.
 Fueron sin duda
 Cosa de ver
 Las artimañas,
 La pesadez,
 Los argumentos
 Que toleré,
 El martilleo
 De somaten,
 Y las mentiras
 De tres en tres.
 « Y, no hay remedio,
 Ello ha de ser;
 Porque, amiguito,
 Mirado bien,
 Sale de balde.
 Parece inglés :
 La caja es cosa
 Digna de un rey
 ¡ Qué bien colgada!
 ¡ Qué solidez!
 Otra mas cuca

No la veréis.
Pues ¿y las mulas?
Yo las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y á los dos meses
Llegó á ofrecer
El marquesito
De Mirabel
(Sobre la suma
Que yo solté)
Catorce duros
Para beber
Á un chalan cojo
Aragones,
Que vive al lado
De la Merced.
Son dos alhajas :
No hay qué temer,
Fuertes, seguras,
De buena ley.
Con que Domingo
Puede á las seis
Ir á mi casa,
Yo dejaré
Las señas..... Pero.....
¿ Tenéis papel?
— No tengo nada,
Ni es menester :
Dejadme vivo,
Sayon cruel,
Si ya os he dicho
Que os gastéis
Saliva y tiempo ;
Si no ha de ser ;
Si por no hallaros
Segunda vez,
Solo, sin capa,
Me fuera á pié
Hasta la turca
Jerusalen. »
¿ Y te parece

Que le ahuyenté?
 Nunca un pelmazo
 Llega á entender
 Lo que no cuadra
 Con su interes.

Quise cansarle,
 Me equivoqué :
 Sigo mi trote,
 Sigue tambien,
 Suelto de lengua.
 Ágil de piés,
 Siempre á la oreja
 Como un' ebrel.
 Lloviendo estaba
 Y á buen llover ;
 Calles y plazas
 Atravesé,
 Charcos, arroyos...
 Voy á torcer
 Por la bajada
 De san Gines ;
 Hallo un entierro
 De mucho tren ;
 Muerto y parientes
 Atropelle.
 Él, por seguirme,
 Dió tal vaiven
 Á un monaguillo,
 Que sin poder
 Valerse, al suelo
 Cayó con él.
 Tal del pobrete
 La rabia fué,
 Tal cachetina
 Siguió despues,
 Que malferido,
 Zurrado bien,
 Allí entre el lodo
 Me le dejé.

TRADUCCION DE GRECOURT.

El niño ceguezuelo
 Adormeci6se un dia
 En el recinto oscuro
 De los bosques del Ida.

V6nus temor concibe
 Al ver que no volvia
 De tan largo reposo,
 Que al de la muerte imita.

Y en l6grimas hermosas
 Bañando las mejillas,
 Al Padre omnipotente
 Su dolor comunica.

Jove, que tanta pena
 Mitigar determina,
 Á los dioses consulta
 Que en el Olimpo habitan.

Y viendo que en opuestas
 Opiniones vacilan,
 Al medio m6enos tardo
 Su decision inclina.

Manda que al bosque umbroso
 Donde el Amor dormia
 Vayan los celos tristes,
 Y en torno de 6l asistan.

Parten ellos veloces,
 Y al rumor que traian
 De su letargo vuelve
 El ni6o de Ericina.

Mas ; ay! que desde ent6nces
 Perdi6 su paz tranquila,
 Y nunca el dulce sue6o
 Sus p6rpados visita.

TRADUCCION DE PABLO ROLLI.

Diálogo.

• ¿ Quieres decirme, zagal garrido,
 Si en este valle, naciendo el sol,
 Viste á la hermosa Dórida mia,
 Que fatigado buscando voy?
 — Sí, que la he visto pasar el puente,
 Y á los alcores se encaminó:
 Un corderito la precedia,
 Atado al cuello verde liston.
 — ¿ Solo el cordero la acompañaba?
 — Tambien con ella iba un pastor.
 — ¿ Lícidas? — Ese; Lícidas era:
 Mas ¿ qué te asusta? ¿ Qué mal te dió?
 — ¡ Ay vaquerillo! ¡ Qué feliz eres!
 Pues aun ignoras lo que es amor. »

IDILIO Á LA AUSENCIA.

Este es Guadiela, cuyas ondas puras
 Van á crecer del Tajo la corriente:
 Esta la selva deliciosa, donde
 Gozan las horas del ardor estivo
 Las bellas Hamadriades, formando
 Ligeras danzas y festivos coros.
 Inarco, ¡ ay infeliz! ¿ así la cumbre
 Vuelves á ver de aquel nuboso monte?
 ¿ Así á pisar esta ribera vuelves?
 Prófugo, triste, en mi destino incierto,
 Dejé mi choza y mis alegres campos
 Y los muros de Mantua generosa,
 Y al bienhadado Coridon y Aminta,
 Y al constante en Amor Alfesibeo;
 Todo lo abandoné. Por ignorada
 Senda me aparto con errante huella,
 Y atras volviendo alguna vez los ojos:
 « Á Dios, mi patria, sollozando dije;
 Á Dios, praderas verdes, donde oculto
 Entre juncos y débiles cañerlas,

Manzanáres humilde se adormece
 Sobre las urnas de oro. Á Dios, y acaso
 Para nunca volver. » Á la espesura
 De incultos bosques y profundo valle
 La planta muevo apresuradamente;
 Bien como el ciervo al conocerse herido
 De enherbolado arpon las cumbres altas
 Sube, desciende de la sierra al llano
 Y los anchos arroyos atraviesa:
 En vano; ay triste! en vano, que el agudo
 Hierro, teñido en la caliente sangre,
 Cerca del corazon lleva pendiente.

Yo así en el pecho abrasadora llama
 Siento: ni la distancia ni los días
 Alivian mi dolor; que en la memoria
 Mi bella ausente y sus hechizos duran.
 El donaire gentil, la risa, el canto,
 El pié que mueve en ágil danza, honesta,
 Los dorados undívagos cabellos,
 El claro resplandor de entrambas luces,
 Y el alto pecho que suavemente
 Se agita al suspirar: delicioso,
 Cándido seno donde Amor se anida,
 Disculpa de mi ciego desvarío.

Si alguna vez á mi dolor se presta
 Benigno el sueño con amigas alas,
 Hijo de la callada, húmida noche,
 Al fatigado espíritu aparece
 De mi partida el infeliz instante.
 Miro los ojos de esplendor divino,
 Que en lágrimas se inundan amorosas,
 La trenza oncosa deslazada al viento,
 Suelta la veste cándida, y escucho
 La conocida voz, las dulces quejas,
 Que serenar el ímpetu espantoso
 Pueden del mar en tempestad oscura.
 Tiemblo, y en vano la funesta imágen
 Quiero de mí apartar. Ya me parece
 Que con halagos de pasión nacidos
 La linda Isaura mi partida estorba;
 Ya, que indignada á su amador acusa

De ingrato y desleal; ya, que rendida
 Á su afliccion, la voz y el llanto cesan.....
 Yo, mísero! ciñendo el cuello hermoso,
 Y á su labio tal vez uniendo el mio,
 Juro á los cielos que primero falte
 Mi aliento débil, que en ajenos brazos
 Llegue á mirarla, que la pierda y viva,
 Antes que olvide mi pasion primera.
 Mas ya se acerca el trance aborrecido :
 Late oprimido el corazon... Entónces
 Al violento pesar de mí se aparta
 Leve la imágen de la muerte triste,
 Mas que la muerte inexorable y dura.

Vénus, hija del mar, diosa de Gnido,
 Y tú, ciego rapaz, que revolante
 Sigues el carro de tu madre hermosa,
 La aljaba de marfil pendiente al lado ;
 Si hay piedad en el Cielo, si el humilde
 Ruego de un infeliz no vos ofende,
 ¡ Oh ! basten ya las padecidas penas.
 Vuelva yo á ver aquel agrado honesto,
 Aquel dulce reir, y la suave
 Voz de sirena escuche, y sus favores
 Gozando, tornen las alegres horas.
 Pero si acaso mi destino fuere
 Tan enemigo á la ventura mia,
 Que en larga ausencia padecer me manda ;
 Alma Citéres, flechador Cupido,
 Tal rigor estorbad. Falte á mis ojos
 La luz pura del sol en noche eterna,
 Y del cuerpo mi espíritu desnudo,
 Fugaz descienda, en vana sombra y fria,
 Á la morada de Pluton terrible.
 Inarco así, de la que adora ausente,
 Á las Deidades del Olimpo sordas
 Demandaba piedad. Damon en tanto,
 Jóven pastor, que al valle reducía
 Pobre rebaño de manchadas cabras,
 Al pié de un olmo halló sobre la yerba
 Al amante zagal, apénas vivo.
 Le alzó del suelo con amiga mano,

Razones, no escuchadas, repitiendo,
 Por si con ellas aliviar lograrse
 Su grave afan : piadoso le conduce
 A su rústico albergue, y vagaroso
 El fiel Melampo á su señor seguía.

LA SOMBRA DE NELSON.

..... Ite,
 Ferte citi flammæ, date vela, impellite remos.
 VIRG. *Æneid.* IV

Cuando al estrago de naval pelea
 Cayó sin vida el adalid britano,
 Fiero terror del mar, la yerta cumbre,
 Del opulento Gerion sepulcro,
 Toda en las sombras de profunda noche
 Arder se vió con pálidas centellas;
 Y á la dudosa lumbre, pavoroso
 Espectro apareció, de sangre y humo
 Y de mortal amarillez cubierto,
 La frente herida, y á sus plantas rota
 Naval corona y militares lauros.
 Y en voz terrible, que el estruendo pudo
 Y el ímpetu calmar del espumoso
 Piélago hinchado en la tartesia orilla,
 « Llegó, dice, ¡ ay de mí! llegó el temido
 Instante que los Cielos señalaron
 En su furor contra mi patria. ¡ Oh nunca
 Tanto la suerte amiga sublimara
 Tu gloria y tu poder para que fueras
 Ejemplo al mundo en la fatal ruina,
 Que ya cercana, inevitable miro,
 Ambiciosa Albion! Vive, y el trono
 Ocupa que afirmó de Clodoveo.
 El gran caudillo, cuyo nombre adoran
 El Sena y el Tesin precipitado,
 Y dos coronas á su frente ciñe.
 Vive, y sus armas vencen, y al sonido
 De sus trompetas vuelan fugitivas
 Las águilas augustas. Inflamada
 En belicoso ardor la fuerte Hesperia,

Une á las rojas cruces de Pelayo
 El blason imperial, que en sus pendones
 Tiende el frances al aire. ¡ Poderosa
 Union, que tanto aborreciste y temes !
 « Tronó el cañon, y huyendo de las playas
 Corvas, al mar se entregan animosos :
 Entre enemigos vientos, niebla oscura,
 Hórrida tempestad..... Yo vi el sangriento
 Choque, el incendio y la comun ruina :
 Yo de tus armas el honor temido
 Sostuve en tanto que á la suerte plugo :
 Supé en los tuyos excitar crueles
 Alientos, supe acometer terrible,
 Y lidiar y morir. Mas ya en las grutas
 Cóncavas suena del peñasco enorme,
 Gloria de Alcides, funeral lamento,
 Debido á tanto horror. Las crespas ondas
 Sacan bramando á la desierta orilla
 Los que el furor de sus voraces monstruos
 No deformó, cadáveres desnudos,
 Las que no oculta su profundo centro,
 Naves soberbias, que á merced llevadas
 Del huracan, contra su muro embisten.
 ¡ Oh Calpe ! tú, que de esperanzas llena
 Hoy meditabas aclamar festiva
 El triunfo y dar coronas á mi frente,
 Cubre la tuya de cipres funesto
 Y mi cuerpo insepulto, destrozado,
 Vuelve á la patria, y para siempre llore,
 Que es justo su dolor..... No en esta sola
 Víctima, no, los hados enemigos
 A nuestra gente su rigor limitan :
 Mayor desolacion y estragos piden,
 Que al pié del solio del Ibero Augusto
 Próvido asiste de la guerra el númen :
 La espada y el tridente húmido empuña,
 Y la tierra y el mar de numerosas
 Huestes se cubre, y de nadantes pinos
 Al eco de su voz..... Cede á la eterna
 Ley, Anglia altiva, que en diamante duro
 Grabó el destino. Los imperios mueren,
 Su esplendor se oscurece, la fortuna

Que los agrandeció los abandona,
 Y aun la memoria de su nombre acaba.
 Si es dado al tuyo que su fin dilate,
 No el ceño irrites del leon, que ruge
 En su caverna, y de temor desnudo
 Lame las garras con tu sangre tintas.

« Divide y vencerás. Enciende el fuego
 De la discordia, y sientan las naciones
 Del oro corruptor, que los delitos
 Compra, el poder irresistible. Cerque
 Los tronos altos sedicion traidora,
 Y en ellos tiemblen los que adora el mundo.
 Rencores, tu amistad ; tu paz, oculta
 Guerra ha de ser; esclavitud y afrenta
 El favor que los débiles te pidan.
 Ni guardes fe, ni los jurados pactos
 Cumplas : invade, usurpa... » Dijo : y triste
 Voz sonando en el puerto de Mnesteo,
 Á los Cielos clamó : ¡ Guerra y venganza !
 — Venganza ! repitió desde sus muros
 De bronce armados, Cádiz Eritrea,
 Y el Espartario golfo, y la fragosa
 Cumbre que cierra el seno brigantino
 Clamó : Venganza !..... Al gran rumor confusa
 El ánima feroz, gimiendo rompe
 La vestidura fúnebre, y abierto
 En ancha boca el monte hasta el profundo
 Abismo, en él se precipita airada.

Cárlos, la tierra que á tu pié se humilla
 Pide venganza. Cumple los deseos
 De los que imploran tu favor, y esperan
 En nuevas lides, combatiendo audaces,
 Castigar al soberbio que tu nombre
 No reverencie y tu poder insulte.....
 Arma su diestra, y te darán victorias.

AL NACIMIENTO DE LA ACTUAL CONDESA DE CHIN- CHON.

¿ Qué voz, hiriendo la region vacía,
 Turba el silencio de las selvas, donde
 Vivo feliz las fugitivas horas

Que al culto de las Musas, al reposo
 Dedico y al placer? La fama es esta :
 Sí, la conozco. Rápida girando
 Dilata al aire las doradas plumas,
 Suelto el cabello que su frente adorna,
 Desceñida la túnica celeste.

Ya el son escucho de la trompa de oro,
 Y absorta al gran rumor calla la tierra.

¡ Qué grato anuncio el suyo ! Salve, hermosa
 Prole Real, que del Olimpo al mundo,
 Signo de paz el Hacedor envía.

¡ Dos lustros de furor, en llama ardiendo
 Populosas ciudades, devastada

La verde pompa de Pomona y Céres,
 Teñido en sangre el mar, rotas diademas,
 Trastornados imperios!... Ya la estirpe

Humana advierte, de lidiar rendida,
 Que es tiempo cese el funeral estrago.

Ya el dulce nombre de la paz invoca :
 La espera, y naces tú. Si alguna inflama

Pura centella del saber divino
 Á la mente mortal ; si en el futuro

Girar del tiempo investigar es dado,
 ¡ Cuántas debe gozar la patria un día

Mercedes altas de la mano eterna,
 Si, ya depuesto el que vibró indignada

Rayo fulminador, de su inefable
 Suma bondad el don primero es este !

¡ Oh Musas ! adornad de nuevas flores
 La móvil cuna, y al rumor suave

Que al aire esparcen las heridas cuerdas,
 Descanse en oro y púrpura la dulce

Prenda de vuestro númen generoso.
 Grato sueño inspiradla al blando arrullo

De acorde voz, sombra la cerque oscura,
 Reine muda quietud, ni el viento mueva

Fugaz sus alas, ni retumbe el río.

Viva ; y en torno de ella los amores
 Las gracias puras, la inocente risa,
 La virtud y el placer unidos duren.

Y al estrecharla en cariñosos nudos
 La ilustre madre, repetida admire

Su imagen celestial. Vos entre tanto,
 Ninfas del Pindo, á cuyo acento solo
 Dado es cantar los Dioses de la tierra,
 Para el instante en que vigor robusto
 Creciendo en ella su razon se forme
 La voz, la lira prevenid y el verso.

Sepa entónces la estirpe generos
 Que el origen la dió. Verá empuñando
 En larga edad el cetro de Castilla
 Á los que ya de estrellas se coronan
 Abuelos suyos ; sostenido el trono
 Por la justicia y el valor ; vengada
 Con triunfos mil la afrenta de Pelayo,
 Y el Salado y Genil correr sangrientos ;
 África absorta, esclava ; osadas proas
 Al ignorado imperio de Occidente
 Culto y leyes llevar. Verá el terrible
 Poder del Asia que en Lepanto espira,
 Y la victoria oscurecer de Augusto ;
 Del hondo Bétis á los campos frios
 Que al mar usurpa el Belga, del nevoso
 Apenino á las bárbaras riberas
 Que inunda el Marañon, la gente hispana
 Tremolar sus pendones vencedora.

Tales memorias á imitar la exciten
 Altos ejemplos de virtud, y en torno
 Mire admirada en mármoles y bronces
 La gloria de Borbon, á quien el Cielo
 Quiso el dominio conceder del mundo :
 Filipo, que las cumbres de Pirene
 Pasó animoso, á merecer lidiando
 El reino que heredó, y uniendo apénas
 Al blason español los lirios de oro,
 Depone de su frente la corona.
 Muerte infeliz le estorba que en suave
 Quietud repose, y otra vez ocupa
 El solio, y otra vez reina venciendo
 Fernando, á quien las artes reverentes
 Ciñen guirnaldas de amoroso mirto
 Y de olivas pacíficas : y el claro
 Sucesor suyo de una y otra Hesperia
 Dueño temido, soberano y padre.

Ya el Cielo habita, y ya con él permite
 Cárlos que en urna breve los despojos
 Tambien descansen de su digno hermano,
 Dando piadoso á su memoria ilustre
 Tardo honor funeral : que tanto pudo
 Imperiosa opinion, y así condena
 Los errores de amor, si amar es culpa.

Y vos, Príncipe excelso, á quien corona
 De gloria no mortal la amiga mano
 De Cárlos mi señor : si el peso un dia
 Del áureo cetro moderar supisteis,
 Y humillado á sus piés regir su imperio,
 Ved ya del celo y el afan constante
 La adquirida merced, y cuanta anuncian
 Próspera suerte, en su natal felice,
 Á vuestra sucesion esclarecida
 De España el númen tutelar, y aquella
 Que divide con el tálamo y trono
 Suprema augusta. Así la edad remota
 Verá, con nuevos timbres sublimado,
 El nombre vuestro penetrar la oscura
 Sombra de olvido, y á pesar del curso
 De los años veloz, durar eterno.

SILVA A D. FRANCISCO GOYA, INSIGNE PINTOR.

Quise aspirar á la segunda vida,
 Que agradecido el mundo
 Al eminente mérito reserva,
 De pocos adquirida.
 Entre los que siguieron
 La inspiracion de Apolo y de Minerva.
 Vanos mis votos fueron,
 Vano el estudio, y siempre deseada
 La perfeccion, siempre la vi distante.
 Mas la amistad sagrada
 Quiso dar premio á mi teson constante,
 Y á ti, sublime artífice, destina
 Á ilustrar mi memoria,
 Dándola duracion en tus pinceles,
 Émulos de la fama y de la historia.

Á tanto la divina
 Arte que sabes poderosa alcanza,
 Á la muerte quitándola trofeos.
 Si en dudosa esperanza,
 Culpé de temerarios mis deseos,
 Tú me los cumples, y en la edad futura,
 Al mirar de tu mano los primores
 Y en ellos mi semblante,
 Voz sonará que al Cielo te levante
 Con debidos honores,
 Venciendo de los años el desvío,
 Y asociando á tu gloria el nombre mio.

ELEGÍA Á LAS MUSAS.

Esta corona, adorno de mi frente,
 Esta sonante lira y flautas de oro
 Y máscaras alegres, que algun dia
 Me disteis, sacras Musas, de mis manos
 Trémulas recibid, y el canto acabe,
 Que fuera osado intento repetirle.
 He visto ya como la edad ligera,
 Apresurando á no volver las horas,
 Robó con ellas su vigor al númen.
 Sé que negáis vuestro favor divino
 Á la cansada senectud, y en vano
 Fuera implorarle; pero en tanto, bellas
 Ninfas, del verde Pindo habitadoras,
 No me negueis que os agradezca humilde
 Los bienes que os debí. Si pude un dia,
 No indigno sucesor de nombre ilustre,
 Dilatarle famoso, á vos fué dado
 Llevar al fin mi atrevimiento. Sólo
 Pudo bastar vuestro amoroso anhelo
 Á prestarme constancia en los afanes
 Que turbaron mi paz, cuando insolente,
 Vano saber, enconos y venganzas,
 Codicia y ambicion, la patria mia
 Abandonaron á civil discordia.

Yo vi del polvo levantarse audaces

Á dominar y perecer, tiranos :
 Atropellarse efimeras las leyes,
 Y llamarse virtudes los delitos.
 Vi las fraternas armas nuestros muros
 Bañar en sangre nuestra, combatirse,
 Vencido y vencedor, hijos de España,
 Y el trono desplomándose al vendido
 Ímpetu popular. De las arenas
 Que el mar sacude en la fenicia Gádes,
 Á las que el Tajo lusitano envuelve,
 En oro y conchas, uno y otro imperio,
 Iras, desórden esparciendo y lut
 Comunicarse el funeral estrago.
 Así cuando en Sicilia el Etna ronco
 Revienta incendios, su bifronte cima
 Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,
 Turba el Averno sus calladas ondas;
 Y allá del Tibre en la ribera etrusca
 Se estremece la cúpula soberbia,
 Que al Vicario de Cristo da sepulcro.
 ¿ Quién pudo en tanto horror mover el plectro ?
 ¿ Quién dar al verso acordes armonías,
 Oyendo resonar grito de muerte ?
 Tronó la tempestad : bramó iracundo
 El huracan, y arrebató á los campos
 Sus frutos, su matiz : la rica pompa
 Destrozó de los árboles sombríos :
 Todas huyeron tímidas las aves
 Del blando nido, en el espanto mudas
 No mas trinos de amor. Así agitarou
 Los tardos años mi existencia, y pudo
 Sólo en region extraña el oprimido
 Animo hallar dulce descanso y vida.
 Breve será, que ya la tumba aguarda
 Y sus mármoles abre á recibirme ;
 Ya los voy á ocupar... Si no es eterno
 El rigor de los hados, y reservan
 Á mi patria infeliz mayor ventura,
 Dénsela presto, y mi*postrer suspiro
 Será por ella... Prevenid en tanto
 Débiles tonos, enlazad coronas

De cipres funeral, Musas celestes ;
 Y donde á las del mar sus aguas mezcla
 El Garona opulento, en silencioso
 Bosque de lauros y menudos mirtos,
 Ocultad entre flores mis cenizas.

EN LOS DIAS 7 Y 8 DE NOVIEMBRE DE 1810

APROBACION.

« Por comision del señor doctor Vergara de Pádua, catedrático de la escuela de la ciudad de Pádua, vicario por el señor obispo de Salamanca : yo don Juan de Palafox, guardián del convento de San Francisco de la dicha ciudad de Loroño, y convento del Santo Espíritu, vi y examiné una relacion de los profesores y alumnos que se relacionan en el Aula que celebran las sesiones académicas en la dicha ciudad en 7 y 8 de noviembre de noventa y ocho años, y halla ser toda muy conforme á lo que se relata en dicha Aula, y muy conforme de la dicha academia relacion es conforme á las reglas de la dicha y buenas costumbres cristianas, y á las reglas de la dicha academia que venga á noticia de V. M. para que se haga cargo de los señores de Salamanca, y de los señores de Loroño en 6 de enero de 1811. »
 « Fray Gaspar de Palafox. »